



Cuando solo el amor puede
dictar la última palabra.

**LA NOCHE
SOBRE BERLÍN**

Ariadna López-Tévar

D.J.57

**LA NOCHE
SOBRE BERLÍN**

Ariadna López-Tévar

LA NOCHE SOBRE BERLÍN

Título original: *La noche sobre Berlín*

© Ariadna López-Tévar

Primera edición, enero 2019

© Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Después de toda una vida de lectora, y escritora en los ratos en los que su trabajo se lo permite, Adriana López-Tévar presenta su segunda novela, tras el éxito de *La fotografía de viajes* (2018).

NOVELAS DE LA AUTORA

- *La fotografía de viajes*
- *La noche sobre Berlín*

SINOPSIS

Berlín, 2018. Johanna Aldrich es una editora de novelas lésbicas que solo vive para su trabajo. Gracias a su dedicación, ha logrado labrar una importante carrera y convertirse en empresaria de éxito. Algunos hechos insospechados en su empresa, junto a la aparición de una nueva mujer en su vida, conseguirán remover los cimientos que creía sólidos hasta ese momento.

Una novela de misterio y amor que desvelará también muchos de los entresijos del mundo editorial y de la fabricación de libros superventas.

A quienes hacen de escribir, su camino; y del amor, su vida.

Y a quien me acompañará un día a conocer todas las ciudades del mundo.

ÍNDICE

- I. Todo ha de estar preparado
- II. Herida de amor
- III. Johanna Aldrich
- IV. La luna sobre Berlín
- V. La mujer de la que estoy enamorada
- VI. El local de Brays
- VII. Dime, ¿cómo la conociste?
- VIII. Un amor entre páginas
- IX. ¿Quieres escribir para mí?

I.

TUDO HA DE ESTAR PREPARADO

1

La luna sobre Berlín se mostraba inmensa, iluminando tejados, calles y campos, plazas y paisajes, palabras de amor y gestos de enamorados, o ilusiones de quienes llegaron a ella en otra época, saltando muros levantados con ladrillos de discordia.

La luna vigilaba a los navegantes de la noche, a sus vidas y a sus deseos de éxito, desde la posición privilegiada de tener el mundo a sus pies.

En ello y en su lejanía pensaba Johanna Aldrich al observar la gran esfera que se abría entre los rascacielos que coronaban su oficina, en la octava planta de las tres que pertenecían a la editorial, de un elegante edificio en Postdamer Platz, el centro financiero de Berlín. El mismo en el que llevaba trabajando desde los últimos veinte años, cuando llegara con apenas veintidós a realizar unas prácticas de redactora en la Editorial Shesays, y en la que había prosperado hasta convertirse, junto a dos socias más, en una de las directoras ejecutivas de la productora de novelas lésbicas más importante del país.

Con los pies levemente apoyados en el bordillo del ventanal, masticaba deprisa unos bocados de comida preparada, ordenada subir hasta allí para no perder tiempo en acudir al restaurante a cenar.

Consultó su reloj, un Cartier de oro que apenas usaba, pero que lucía aquella noche. Era casi las dos de la mañana y se encontraba agotada, exhausta por el día. El tiempo había corrido deprisa en una jornada maratónica de dieciséis horas, pero la presentación del último libro de la autora superventas estaba preparada.

Era su obligación como editora de la Shesays: Lucretia Lorenz, la escritora estrella, la mujer de los mil triunfos, se presentaría ante el público con los cabos bien atados.

Uno de los camareros del restaurante italiano situado dos manzanas más allá, le subió la consumición.

Lo conocía bien, porque no eran pocas las noches en las que lo había llamado a las once, o a las doce, o incluso más tarde, como ahora, para encargarle pasta fresca, o pizza recién hecha, ya que la cocina de aquel lugar nunca descansaba y era de gran calidad; dos características en las que radicaba

su encanto. Decoración pintoresca, servicio amable y comida excelente. Un lugar altamente recomendable.

—Le he puesto mostaza a las patatas —le dijo el joven cuando Aldrich le abrió la puerta. El chico era moreno, con evidente estilo italiano, delgado y de grandes ojos verdes. No tendría más de dieciocho años, calculaba ella, y hablaba un alemán sin ningún otro matiz.

—Gracias.

—Y tiras de salchichas.

—Eres un encanto. ¿Has traído el puré de guisantes?

—Va en el paquete pequeño.

El olor de la comida comenzó a marearla.

—¿Hace frío ahí abajo? —Observó cómo llevaba los dedos ateridos.

—Mucho, señora. Debemos estar a unos cuantos bajo cero. Es lo que tienen estos meses.

Estos meses era principios de octubre, pero el chico se adelantaba ya a lo que iba a venir: un otoño más frío que lluvioso.

—Toma, te lo has ganado. —Le tendió un billete de cincuenta euros, que el camarero recogió con entusiasmo. Aquel muchacho nunca sentía pereza por subir a una hora intempestiva, ya que la suma de propinas que le aguardaban de la editora solían ser, a menudo, mayores que su propio salario como un humilde pinche.

—¡Oh, gracias! —Guardó el dinero en el bolsillo.

—Cuidado, no lo pierdas. ¿Te queda mucho para irte a casa hoy?

—Tres horas, señora Aldrich. Ya sabe que la pizzería nunca duerme.

—Afortunadamente para mí —bromeó Johanna—. Buenas noches.

Cuando el enviado se marchó, Johanna Aldrich extendió los paquetes y la bebida sobre su mesa, se subió un poco más las mangas de la blusa y se ahuecó el escote, dejando que el cuello respirara; luego se recostó sobre el sillón de cuero, dejando sus pies apoyados sobre el cristal que daba paso a la ciudad.

Así permaneció durante veinte minutos, relajada ante la visión de la urbe y alejando de ella cualquier problema laboral. Ahora restaba tomar un descanso y, quién sabe, continuar con los últimos detalles de la magna presentación que iba a tener lugar al día siguiente por la tarde, en el lujoso salón de actos que la editorial poseía allí mismo y compartía con el resto de empresas, en el edificio donde ahora consumía una pizza y una ensalada, regado todo con una buena botella de agua, solo de agua.

Pensó en cerrar sus carpetas y volver a casa.

Sin embargo, en su interior sabía que no lo haría. Aún quedaban cuestiones que limar y Lorenz no era precisamente una autora de trato fácil. Sus ventas millonarias, su escritura brillante y una mente ágil y afilada, le otorgaban un poder que a menudo derivaba en tiranía, y que la editorial terminaba siempre por consentir. Aldrich, no obstante, era mujer de poca paciencia, y a veces chocaba con el carácter orgulloso de la escritora.

No era el único caso, pero sí el más complejo de sobrellevar. Lucretia Lorenz pertenecía a la editorial desde hacía ocho años, y conservaba un contrato que la unía a ella otros diez más, con el firme compromiso de escribir una novelalésbica de cuatrocientas páginas cada doce meses. Cláusula que la escritora incumplía desde hacía tiempo, algo que la editorial terminaba por pasar por alto.

Aquella mujer, nacida en el centro de Baviera, se había convertido con tres únicas novelas en una de las escritoras más famosa de Alemania, con records de ventas entre el público hetero y homosexual, traducciones a una veintena de idiomas en todo el planeta y varias adaptaciones de sus obras a la televisión. Su pertenencia a la editorial era toda una salvaguarda para esta, que venía a nivelar la balanza de ingresos, compensando otras pérdidas.

Aldrich todavía se dispuso a apurar un poco más su momento de descanso.

Berlín se mostraba ante ella en todo su esplendor, con una vista panorámica con la que se sintió la reina del mundo. Sonrió para sí al recordar que un día aquella ciudad constituyó el núcleo ideológico y militar de una guerra olvidable, y que ahora alumbraba a Europa con su gente de carácter afable y hospitalario, su gusto por la cultura y la vanguardia, y el poder inestimable del dinero de sus bancos.

Terminó de comer y apartó las servilletas y la caja de cartón con los restos de pasta. Bebió un poco de agua y se colocó en su sillón con la espalda recta, dispuesta a afrontar las siguientes tareas aún pendientes.

Volvió a retomar su ordenador portátil, que había quedado en estado de pausa durante la última media hora, y la pantalla se iluminó con los datos de la presentación de Lorenz, los correos de algunos compañeros, las invitaciones enviadas y sus contestaciones, los horarios, el ágape a servir, los discursos de bienvenida y mil y un pequeños detalles que precisaban de toda su atención.

Dada la hora, su teléfono móvil, que normalmente bullía en cualquier jornada normal, había dejado de sonar y de enviar y recibir mensajes de medio país. Las cuantiosas labores que precisaba una presentación lo incrementaban todo aún más. Lo miró un instante, repasó por encima algunos correos electrónicos de su agenda y lo apagó. Al hacerlo, se sintió aliviada.

Estiró los hombros para relajarlos y se concentró en la tarea.

Lo mejor de trabajar de madrugada era el silencio y la tranquilidad de saber que no iba a ser molestada por inoportunas interrupciones.

Concluyó que aún debía continuar ocupándose de algunos asuntos un par de horas. O incluso más.

2

—¿Todo preparado?

El gran salón se encontraba a rebosar, adornado con las mejores galas, en las que los diseñadores de interiores de la editorial habían puesto todo su empeño desde primera hora de la mañana.

Fuera, los taxis y sus distinguidos ocupantes se amontonaban en la entrada, junto a automóviles particulares y alguna limusina conocida por la organización, que se dejaba ver en importante eventos de la ciudad. De todos ellos descendían los invitados, lujosamente ataviados, dispuestos a asistir a la presentación de la novela con mayor proyección del año: *Acerca del infierno*, de Lucretia Lorenz.

¿*Todo preparado?* Oyó el encargado de protocolo, antes de lanzar una mirada de auxilio a su jefa:

—Sí y no, señora —dijo, visiblemente preocupado. Sabía hasta qué punta aquella mujer era una trabajadora sumamente perfeccionista y exigente, incapaz de darse un respiro, a ella o a sus trabajadores, hasta que todo estuviera impecable.

Aldrich, que estaba saludando con una sonrisa a un amigo y editor de la competencia, se volvió a Suhr.

—¿Cómo?

Edward Suhr se acercó a su oído para, con disimulo, expresarle su desasosiego.

—La señora Lorenz...

Los ojos de Aldrich se encendieron. Sabía que de Lorenz podía esperarse cualquier cosa.

—Qué ocurre con ella.

—Pues...

—¡Quiere hablar de una vez por todas, Suhr; me está poniendo nerviosa!

Algunas cabezas cercanas se volvieron a mirarlos; ellos disimularon con una nueva sonrisa.

Suhr se acercó a la editora, contestando mientras mantenía la mirada fija al otro lado de la sala:

—Señora Aldrich, resulta que Lucretia Lorenz está ilocalizable.

Johanna cerró los ojos. Ni en sus peores pesadillas habría podido imaginar

que lo haría de nuevo, después de su última desaparición. Era algo a lo que no terminaba de acostumbrarse; deseaba con todas sus fuerzas que la escritora fuera un día capaz de cambiar y convertirse en una persona responsable.

—Desde cuándo —murmuró entre dientes.

—Desde ayer por la noche.

Aldrich apretó los puños. Hubiera dado cualquier cosa porque Lucretia Lorenz se encontrara en ese momento dentro de su mano.

—¿Has llamado a...?

—A todo el mundo, señora. Amigos, conocidos, familiares, hospitales y hasta la policía. Nada.

La empresaria pensó deprisa.

—¿Quién lo sabe?

—Usted, la señora Montana y yo mismo.

Carla Montana era la segunda de las socias de la editorial, junto a Aldrich y a Virginia Jacob.

—¿Jacob aún no?

—No, señora. Pero debe estar al llegar.

En efecto, la aparición de la oronda Virginia Jacob, una mulata de casi un metro ochenta de altura y más de cien kilos de peso, con su barriga anunciándola dos metros antes y su puro habano humeando, nunca pasaba desapercibida.

—Bien, pensemos. —Aldrich tamborileó sus dedos sobre el muslo de forma inconsciente.

—Señora, si me lo permite...

—¿Qué está mascullando, Suhr?

El eficiente jefe de protocolo, que apenas llevaba cinco años trabajando en la editorial pero que ya había conseguido ser imprescindible en ella, echó un vistazo a la sala. La decoración estaba cuidada hasta el último detalle; las mesas donde se serviría la pequeña cena, preparadas; los micrófonos, carteles y los muchachos de la prensa, perfectamente ubicados.

—No podemos suspender el acto. Creo que nos restaría credibilidad —contestó.

Ambos se miraron con un gesto cómplice, sabedores del embrollo en el que estaban metidos. No solo ellos dos, sino toda la editorial.

—Estoy de acuerdo.

—¿Entonces, señora?

Aldrich inició un movimiento enérgico con las manos.

—Entonces... Haremos la presentación sin ella. Y que nos lleve el diablo si

no lo hacemos bien.

Dos horas más tarde, Johanna Aldrich estaba a punto de concluir su discurso, más improvisado que de costumbre, sobre las excelencias de Lucretia Lorenz como escritora de novela negra y género lésbico. El público asistente pensó desde un principio que al final la autora, de quien conocían sus excentricidades, haría una aparición estelar, al estilo de Hollywood, y dejaría a todos con un dulce sabor de boca ante lo que estaba siendo una presentación brillante.

En la mesa de los ponentes, varios escritores, críticos literarios y un conocido periodista del *Süddeutsche Zeitung*, uno de los diarios más prestigioso de Alemania, acompañaban a Aldrich.

Nadie pensó, ni por un instante, que aquello se terminaría convirtiendo en un acto diferente al que estaba planificado. De cuando en cuando, y mientras alguien hablaba desde ese lado de la mesa, la editora miraba con cara de interrogación a su jefe de protocolo, y al director de comunicación, incluso a sus socias, que estaban lejos aún de enterarse de la ausencia de Lorenz, y que creían que esta llegaría al final de la velada, como otra de sus muchas singularidades. Pero Suhr se encogía de hombros, declarando así no saber nada y tener tampoco la menor idea de lo que hacer.

En una de las breves pausas de los ponentes, uno de los periodistas alzó la mano y dijo, sin esperar a que le concedieran el turno de preguntas:

—Señora Aldrich; la señora Lorenz nos obsequiará con su presencia, supongo.

Era el comentario que ella no hubiera querido escuchar en toda la noche, y sobre el que no tenía respuesta. Decidió atajar el asunto cuanto antes. Después de todo, la novela lucía en los carteles y sobre las mesas de todos los invitados, incluida la prensa.

—La señora Lucretia Lorenz está indispuesta. Ha llamado a última hora para cancelar su asistencia. Se encuentra bien, pero no le ha sido posible venir. Ruego que la disculpemos.

Todos la miraron atónitos, comenzando a murmurar, pero Aldrich se sintió liberada. ¿Qué podían hacer? El evento estaba próximo a terminar y todo había discurrido con normalidad, a pesar de la ausencia de su principal estrella. Por otro lado, una indisposición era siempre una buena excusa. Alguien se encontraba mal, por muy escritora y diva que fuera, y no era posible hacer mucho al respecto.

—¿Acudirá en otra ocasión?

—¿Cuándo podrá ofrecernos una entrevista la señora Lorenz?

—¿Se encuentra bien de salud?

La batería de preguntas a las que Aldrich tuvo que enfrentarse por parte de los periodistas le produjo una pereza inmensa, equivalente a la cara de desconcierto de algunos de los editores destacados del panorama literario berlinés.

Por su parte, Carla Montana y Virginia Jacob, las dos socias de la Shesays, se removían incómodas en sus asientos.

—En qué cloaca se encontrará esa arpía de Lorenz... —le susurró Carla Montana a su compañera. La ejecutiva, cuyo pelo comenzaba a clarear en las sienes, pero que conservaba el temperamento y el vigor de una hija de emigrantes argentinos llegados en los años cuarenta a Centroeuropa, no podía ocultar su indignación.

Jacob, tranquila como un mastín, se limitó a cortar el próximo puro que iba a encender no mucho tiempo después, cuando toda aquella gente, pensó, dejara de escuchar cosas que en realidad no le interesaban y se dispusieran a comer.

—No te preocupes, aparecerá. Como siempre.

—Más le vale. Aún no sabe lo que hemos invertido en este lanzamiento.

Acerca del infierno, una ácida novela negra que haría las delicias de sus miles de seguidores en todo el mundo, era el libro estrella de la temporada presente, y aún del siguiente año para la editorial. Un retrato en la América profunda que describía la inquietante relación entre un hombre solo y la familia que se mudaba a vivir enfrente de él, cuyos miembros iban desapareciendo uno a uno sin que nadie pudiera culpar nunca a su vecino. Vecino que, al final, y como giro literario digno de Lorenz, era inocente, mientras el asesino pertenecía a la propia familia.

—La novela es muy buena. Sabe mantener la tensión hasta el final y jugar con el lector. —Jacob asentía satisfecha. Sabía que tenían entre manos un nuevo diamante.

—Lorenz en estado puro.

—Como en sus mejores tiempos. Será un éxito, no lo dudes, con o sin ella. Todo el mundo es consciente de que sus locuras son parte del negocio.

Pero la visceral Carla Montana no estaba feliz.

—A veces creo que es demasiado consciente de ello. La mimamos en exceso, y esto ya es demasiado.

A pocos metros de distancia, Johanna Aldrich, tras responder con diplomacia a las dudas de la prensa, saludó a unos y a otros, y terminó de gestionar algunos imprevistos de última hora en la asistencia de sus invitados.

Después, dio por concluida la velada para dar paso a los asistentes al sabroso ágape, cortesía de la editorial.

—¿Se me nota que estoy tan cansada como realmente estoy, o aún soy capaz de disimular? —preguntó a Virginia Jacob.

—Eres buena disimulando, tranquila. Solo Carla y yo nos hemos dado cuenta.

—Gracias a Dios. No me gustaría parecer una mujer derrotada a las primeras de cambio.

—El día no ha sido fácil. Te mereces poder huir de aquí —aprobó Carla.

Aldrich suspiró. Se encontraba tan agotada por la presión de las últimas horas que ni siquiera se quedó a la cena. Saludó con amabilidad a los presentes que se acercaron y a sus dos socias, y se despidió cortésmente para salir.

—¿Nos dejas ya? —preguntó Michael Jung al adivinar su intención, un editor de la competencia con el que solía coincidir tanto en eventos como en los escaparates de las librerías de Berlín con sus mejores novelas—. Ahora queda lo mejor.

—Necesito dormir un poco —sonrió y se dirigió hasta la puerta, procurando no coincidir con nadie demasiado conocido.

Carla apuraba allí su copa, antes de regresar a la fiesta con la mejor de sus sonrisas.

—Descansa. Te lo has ganado. Y si por el camino te encuentras a la más diva de entre todas las escritoras, arrástrala de los pelos, o dale una patada en el trasero, si lo prefieres, pero envíanosla para que ajustemos cuentas con ella.

—Lo haré.

—Y he sido muy benigna. No tengas tantos miramientos.

3

Lejos de marcharse a su casa, como había prometido, Johanna Aldrich giró su coche hacia el norte de la ciudad, donde conocía un local de ambiente donde pasar unas horas agradables. Se trataba del *Die Haut* (La piel), un espacio nocturno donde la buena música, las mujeres y la cocaína rodaban a la par. El estilo de la música le era indiferente, y la cocaína solo la había probado en sus primeros años de editora, cuando el estrés por conseguir resultados le llevaron a hacer locuras. Lo cierto es que aquel mundo oscuro nunca le subyugó, y más aún al ver a algunos de sus compañeros y mejores amigos sucumbir en él. Pero las mujeres sí eran su perdición. Hacía tiempo, demasiado tiempo, que no estaba con una, y pensó que tras aquellas jornadas maratónicas, se merecía un relax.

Dejó su Mercedes en la puerta del club, desde donde se divisaba el espacioso aparcamiento donde se agrupaban otros automóviles, y entró con decisión. El portero del local ya la conocía y le dispensó un saludo cordial.

—¡Señora Aldrich!

—Hola, Samuel —correspondió la aludida—. Qué hay de bueno por aquí.

Samuel Bird era un sudafricano llegado en algún momento a Alemania y reconvertido a partir de su pasado oscuro en los guetos de la ciudad, que trabajaba desde hacía quince años como portero y guardaespaldas de la jefa, controlando a clientes de dudosa conducta o apaciguando peleas, si llegara el caso. Todo cabía en el mismo sueldo. Y su aspecto de boxeador de pesos pesados, nariz rota incluida, le ayudaba en el empeño.

—Lo mejor de lo mejor. Como siempre.

—¿Está la dueña esta noche?

—No falta nunca, señora.

Aldrich terminó de empujar la puerta metálica con ribetes azulados del local que Samuel le tendía medio abierta. Traspasó el umbral hacia la creciente oscuridad, solo quebrada por las luces rosáceas que daban color a la sala de baile.

Echó un vistazo rápido en cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Pronto vio lo que esperaba: mujeres deslumbrantes, casi todas muy jóvenes, con vestidos escotados o imposibles, bailando, charlando en pareja o contoneándose en el centro de la pista. Allí se solía reunir lo mejor de lo mejor de la esfera homosexual femenina de Berlín.

Reconoció a Inés y a Vilma, dos treintañeras con las que había departido en no pocas ocasiones, aunque nunca llegara a más, y a otras muchas mujeres cuyo nombre no recordaba, pero con las que trató en noches como aquella, donde el alcohol, la compañía y el sexo corrieron a la par.

Una de ella, especialmente joven, rayando poco más de los veinte años, se acercó melosa.

—Hola.

La joven la estudió de arriba abajo, admirando su traje caro sobre una figura estilizada, que Johanna Aldrich se cuidaba mucho de conservar con sesiones semanales de gimnasio y partidos de tenis cuanto tenía ocasión. A sus cuarenta y dos años se encontraba en forma, y con un aspecto más que saludable, a pesar del estrés que le imponía a menudo la editorial.

—Hola —respondió Aldrich sin mucho entusiasmo.

—¿Eres nueva aquí?

La editora sonrió. No creyó que debiera tener aspecto de primeriza, así que supuso que se trataba solo de una forma de acercamiento. Nada nuevo bajo el sol.

—Creo que no. Yo venía aquí cuando aún tú no habías nacido.

No exageraba. Conocía el local al menos hacía veinte años, cuando lo frecuentaba en su juventud, buscando saciar amores clandestinos de una noche, o en la búsqueda de una relación más duradera.

La muchacha, algo molesta por el desdén de Johanna, se retiró hacia una presa más fácil.

—Si sigues ahuyentando así a las mujeres, nunca volverás a tener pareja.

La voz procedía de su espalda, y la reconoció al instante. Se volvió:

—¡Brays!

—Hola, Johanna. Qué alegría volver a verte.

Se abrazaron, primero, y se dieron después un beso en los labios, como siempre que se veían, sin importarles el tiempo que hacía de ello.

Brays Wood, la dueña de aquel antro de lujo, mitad soprano, mitad diva, maquillada como una vedete, con un diente de oro que relucía cada vez que abría la boca y más collares gruesos al cuello que la reina de Saba, la miraba tan curiosa como risueña.

—Cuánto bueno ven mis ojos.

Johanna se dejó querer. Era cierto que hacía casi un año que no pisaba el club, pero nada podía empañar la sólida complicidad de ambas mujeres.

—Unos ojos cada vez más cansados, te diré —reforzó Wood, antes de abrazarla con tanto cariño como fuerza, hasta parecer querer quebrantarle los huesos. Siempre recordaba los duros momentos que ambas habían compartido con sendos desamores, y que habían terminado por ahogarlos en noches eternas de vodka en el *Die Haut*.

—Los míos también están cansados.

—Johanna, amiga. Lees demasiado.

—Sí, últimamente no hago otra cosa.

—Y hoy, ¿has venido a encontrar buena compañía?

Ambas caminaron abrazadas hasta un reservado del local. Un lugar privado donde poder hablar sin ser molestadas por el resto de la clientela.

—Vengo a olvidar las últimas semanas.

—Espera, entonces. Voy a traerte la mejor botella que tengamos. ¿Sigues sin beber cerveza?

—Sigo —asintió, orgullosa de no caer en la tentación de la bebida más popular del país, que a ella nunca le agradó.

Wood hizo un gesto a uno de sus camareros y este entendió de inmediato. Johanna Aldrich era una mujer siempre bien recibida allí. No solo por ser durante muchos años clienta habitual, sino por la especial complicidad que mantenía con la dueña.

A los pocos minutos, el joven apareció con una botella de vodka, que sirvió en dos vasos con hielo. La dueña del local le indicó que las dejara solas:

—Bebe. Esto te reanimará —le indicó después a su amiga.

—Por cosas como estas mantengo tu amistad, Brays.

Ambas rieron con ganas, y brindaron, y comentaron temas que habían dejado de confiarse desde que no se veían, pero que siempre estaban ahí, aguardando a reencontrarse para hablarlos. Pasaron así más de una hora, que les pareció en realidad un suspiro, mientras las dos se lamentaban por no haberse encontrado en los últimos meses, dejando pasar un tiempo precioso.

—A veces siento envidia de ti, Brays. —La segunda botella lucía medio vacía en la mesa—. Eres feliz aquí y ofreces esa felicidad, mientras yo pierdo mi vida en un gremio lleno de cuchillos afilados y puñales que tratan de clavarte en cuanto vuelves la espalda.

—No es oro todo lo que reluce, amiga mía, pero, si tengo que serte sincera,

tampoco me cambiaría por ti.

—Eso demuestra tu inteligencia. —Alzó su vaso para brindar.

—Aunque todo ese mundo de fiestas y glamour, de famosos y dinero, no voy a negarte que me atrae mucho.

Aldrich rio, a pesar del agotamiento que comenzaba a sentir, y que, junto al vaho del alcohol, comenzaba a nublarle la vista.

—Es todo falso. El glamour, las fiestas, el dinero... Todo ficticio. Tan ficticio como los argumentos de las novelas que publicamos.

—Vosotros, los empresarios de la cultura, os quejáis siempre de todo lo que os rodea, pero vuestro mundo es deseable y a todos les gustaría permanecer cerca. ¿Quién no quiere tener a un escritor como amigo?

—Yo no soy escritora. Quizá por eso nadie quiera estar conmigo.

Brady Wood le guiñó un ojo, cómplice.

—No digas eso, porque además sabes que no es verdad.

—Hace muchos años que no estoy con nadie en serio.

—Lo sé.

—Al menos tú has encontrado a Sandra.

—Sí, la fortuna la puso en mi camino. Si no, creo que vagaría como un fantasma más entre los túneles del subsuelo de esta ciudad. ¿Y tú? ¿Quieres que te presente a alguien? Tenemos una nueva chica de relaciones públicas que ha traído hasta el local a mucha gente.

Aldrich dejó el vaso sobre la mesa.

—Siempre creciendo, eh, Wood. Eres la dueña de la noche en Berlín.

—Si no dinamizas el negocio, mueres, ya sabes. Esto es como todo. Como tu editorial, seguramente.

—Lamentablemente, allí no tenemos tantas mujeres como aquí, a pesar de tratarse de una empresa que publica libros de mujeres que aman a mujeres.

—Veo que no predicas con el ejemplo.

—No, es cierto. Estoy muy desentrenada.

—¿No encuentras nada interesante en todo Berlín? No me lo pudo creer. La ciudad está llena de mujeres maravillosas.

—Estoy segura de ello, pero yo no tengo tiempo para descubrirlas.

—Oh, el trabajo.

—Sí, el odioso trabajo, que todo lo engulle. Aunque lo cierto es que ese odioso trabajo también me encanta.

—Siempre preferiste el trabajo al placer, Johan.

—Quizá ese fue mi error, ¿no?

Se miraron en silencio, sin querer continuar la conversación por aquel camino que les podría llevar, tal vez, a viejos reproches. Y ninguna de las dos lo deseaba.

Después, Wood continuó:

—Volvamos al presente. ¿Qué me dices?

—¿A qué? ¿A seguir el ejemplo?

—A que te presente a alguien.

Aldrich no lo dudó. El momento no era el propicio para nada que no fuera irse a descansar.

—No, hoy no me apetece conocer a nadie y darle conversación.

—¿Y tener sexo?

—Eso mucho menos.

—Te haría dormir aún mejor. Al menos te relajaría.

—No lo dudo, pero en otro momento, quizá. Me voy a casa —dijo, mientras buscaba la billetera en el interior de su bolso.

Su amiga la detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando dinero para pagar.

—No digas tonterías.

—Brays...

—¿Desde hace cuánto que no te dejo pagar en mi establecimiento? ¿O me falla la memoria?

—Quizás deberías empezar ya a hacerlo.

—De momento, estás invitada.

—Muchas gracias.

—Lo estarás ahora y siempre. Además, me has pagado con la alegría de verte. Y anda, sí, ve a dormir. Tienes cara de haber asistido a un funeral esta misma noche.

4

Llegó a su apartamento en uno de los barrios residenciales más caros de la ciudad, Charlottenburg, con buenas vistas entre arbolado y edificios antiguos bellamente restaurados, que le ofrecía tranquilidad cuando los problemas y el estrés por el trabajo le agobiaban hasta el extremo.

Dejó los objetos personales sobre la mesa y se dirigió a la cocina, una habitación amplia que había encargado de ensanchar aún más para dar rienda suelta a su gusto por la gastronomía. Ahora se encontraba desordenada. Ni siquiera había tenido tiempo de arreglarla en los dos últimos días. Suspiró al verla y cogió de la nevera una botella de agua. Pasó al salón y comenzó a desnudarse allí mismo, observando las luces encendidas de las farolas, como pequeñas luciérnagas alumbrando los sueños en la lejanía de la urbe.

Tras una reconfortante ducha caliente y de ponerse un pantalón de algodón y una camiseta blanca que le quitaba años de encima, se tumbó sobre la cama. Una cama de dos metros por dos, mullida y con el edredón más esponjoso que había podido encontrar. Aquel lugar había sido testigo de noches fogosas y otras románticas, y más aún noches en completa soledad. Ahora se sentía cansada, perdiendo la ilusión a chorros, y sin más retos vitales que sacar adelante los proyectos de trabajo que se amontonaban todos los días sobre su escritorio.

De pronto, cayó en la cuenta de algo importante. Lucretia Lorenz seguía sin dar señales de vida, y se la imaginó esnifando cocaína en algún antro de las afueras de la ciudad, como otras veces. O borracha como una cuba en la cama de alguna mujer a la que triplicaba la edad. Cogió su teléfono móvil y buscó el número de la escritora, aun sabiendo que era muy improbable que respondiese. Al menos, sobria.

El aparato dio siete tonos, al final de los cuales Aldrich colgó, contrariada. Después le puso un mensaje de texto, que confiaba que fuera leído en algún momento. Era escueto. Tan solo un: «*¿Pero dónde demonios te has metido? Llámame*». Añadir más leña al fuego no iba a servir de nada, lo sabía bien, y lo importante es que la gran diva de la Shesays diera por fin la cara.

Ni la llamada ni el mensaje fueron contestados. A esa hora, era imposible saber dónde se había metido, y se sentía totalmente incapaz de buscarla. Estaba demasiado fatigada para revisar todos los locales nocturnos de los bajos fondos o los de lujo. Y no le parecía buena idea enviar a ninguno de sus empleados. Cuanta menos gente supiera detalles de la conducta de Lorenz, tanto mejor.

¿Qué podía hacer? La cabeza le dolía y notaba la lengua pastosa y espesa, producto sin duda del vodka. Todo se tornaba confuso y desquiciante.

En estas agitadas tribulaciones se encontraba cuando, sin poder remediarlo, a los pocos minutos le invadió un sueño aún más denso que sus propios desvelos.

La claridad de la mañana se introdujo sin pedir permiso, como los ininterrumpidos tonos de su teléfono. El aparato sonaba y Johanna no conseguía desertarse. Cuando al fin lo hizo, descolgó y, aún adormilada, respondió sin mirar quién era su interlocutor.

—¿Sí?

La voz de Carla Montana sonó rotunda al otro lado.

—Johanna, soy yo.

Aldrich se incorporó y trató de parecer lo más despierta posible.

—¿Qué hay, Carla?

—¿Dormías?

—Eso parece.

Montana dejó aflorar un leve gesto de cargo de conciencia.

—Lo siento, no me he dado cuenta de qué hora era. Y del hecho de que debes estar rendida. En estos días te has ocupado tú de todo.

El reloj de la mesilla reflejaba las nueve de la mañana.

—No te preocupes. Veo que ya son las nueve.

—Por quien estoy preocupada de verdad es por Lorenz. ¿Sabemos algo de Lucretia?

Los ojos de Aldrich se desentumecieron de repente. Lorenz.

—No, no sé nada.

—Maldita bruja. Pues hay que buscarla.

—Lo sé. Iba a ponerme a ello esta mañana.

—Déjalo de mi cuenta. Tú organizaste toda la presentación de ayer. Tómate unos días libres y márchate de viaje para desconectar.

—Creo que me va a costar desconectar incluso para eso.

—Es tu premio y te lo mereces.

—Visto el resultado, lo de ayer no fue muy bien. La estrella principal no asistió —se lamentó.

—¡Tonterías! ¿Has visto la prensa? No, claro, aún no te ha dado tiempo. Pues te resumo: éxito total. No solamente por la brillante charla y la manera en la que llevaste de la mano a cada uno de los ponentes, sino porque la ausencia de Lorenz... ¡Les cautivó! Pensaron que era parte de la fiesta. Algo así como una estrategia de márquetin —rió con ganas.

—¿En serio? —Se desperezó.

—¡Absolutamente! Los muy bobos. ¿No te he dicho mil veces que a grandes males, grandes remedios? Muchos críticos no distinguen entre lo preparado y lo absolutamente improvisado. Piensan que ahí está de verdad el trabajo. En cuanto al público, este es más honesto: solo quieren leer una buena novela. El envoltorio y todo tipo de ambages les trae sin cuidado. No quieren distracciones, sino buenas tramas.

—Vaya, pues esto sí es una sorpresa.

—Lo que no quita para que encontremos a esa mujer y nos dé una buena explicación.

—Estoy seguro que tendrá mucho que contarnos.

—Más le vale. Y esta vez no vamos a ser tan condescendientes.

—Ya lo ha hecho otras veces. No nos sorprende.

—Eso es lo malo. Si no fuera porque vende miles de ejemplares cada vez que escribe una línea, yo misma le daría la patada en el culo. Pero estamos hablando de mucho dinero.

—Miles de libros y de lectores —asintió Aldrich.

—¿Sabes lo mejor? Que con estas estupideces incrementa su fama de autora rebelde.

—Lo sé. Por eso se lo permitimos, ¿no?

—Y porque es buena, muy buena, y eso termina por marcarlo todo. Bien, me encargaré de ver dónde me la encuentro esta vez —anunció Carla.

—Te lo agradezco, estoy molida. Me duele todo el cuerpo; hasta las ideas.

—¿Saliste ayer? —se interesó su amiga.

—¿Estás loca? Estaba tan agotada que no podía ni respirar. Me fui a la cama enseguida.

—¿Sola? —Le lanzó una sonrisa pícaro que, por supuesto, Aldrich no pudo ver.

—Abrazada a una botella de agua.

—Una noche de pasión, por lo que veo.

—Y de las buenas.

—Deberías salir más y dejar de encerrarte en la oficina.

—Debería.

—Lo digo por tu bien. No tienes por qué hacerlo todo en la editorial. Tenemos doscientos empleados.

—Ellos hacen su trabajo y yo el mío.

—Eres muy cabezota.

—No, es que me gusta mi trabajo, eso es todo.

—Sí, pero no a costa de tu salud.

Aldrich claudicó, bajando los hombros como una niña buena.

—Está bien, me relajaré un poco.

—Eso está mejor.

—Pero no me des mucho tiempo o me aburriré.

—De acuerdo, seré buena y te encargaré pronto nuevos proyectos. De esos que te gustan a ti, los que te ocupan meses —ironizó.

—Esos son mis favoritos.

—Lo tendré en cuenta. Por lo pronto, yo me encargaré de Lorenz. Cuando la encuentre, le daré una ducha helada, la pondré en remojo o la bautizaré en el Jordán, lo que sea, pero la devolveré a la normalidad, no te preocupes.

—No seas muy dura con ella.

—Eres increíble. ¿Dónde está Johanna Aldrich, la dama de hierro?

—Creo que me estoy ablandando.

—Necesitas un buen descanso, amiga. O mejor, crear de una vez por todas una familia. Mírame a mí: me casé con una mujer maravillosa, me divorcié, y tan feliz.

—El ciclo de la vida —bromeó Johanna.

—Hay que pasar por él, supongo. Ya va siendo hora de que te toque a ti.

Aldrich sonrió, antes de continuar:

—En cuanto a Lorenz... Cuídala también. Lucretia es muy vulnerable.

—Sí, escucharé mi lado bueno y desoiré mi diablillo interno.

—Tu diablillo es un santo también; todas lo sabemos.

Carla puso los ojos en blanco.

—Ya no puede una tener secretos. Bien, tú tranquila. Quiero verte en la oficina dentro de unos días. Tengo que ganarte por fin al póquer.

Se despidieron citándose a cuatro días vista. Cuando colgó el auricular, Johanna Aldrich se quedó quieta sobre la cama por espacio de unos segundos, pensando. Se frotó después la cara; las últimas palabras de su socia aún resonaron en su cabeza.

Una sensación distinta le recorría el cuerpo.

Por primera vez no tenía que ser ella quien se encargara de los asuntos más sucios de la editorial.

II.

HERIDA DE AMOR

5

Edda Kittel se miró al espejo con cierto sonrojo. O quizá era angustia. Lo cierto es que lo que veía no le gustaba. Había terminado por fin su fiesta de cumpleaños y la había celebrado como si fuera una niña, llenado su pequeño apartamento de nuevos y viejos amigos, de globos, pasteles y regalos. Todo en orden y una manera muy divertida de festejar un acontecimiento como aquel. El problema estribaba, según reflexionó al día siguiente, en que cumplía treinta y seis años, una edad en nada considerada infantil, pero aquellos instantes en los que podía volver a la felicidad de su niñez, le daban la vida.

—Treinta y seis años —se repitió mientras observaba los estragos en sus ojeras, y en algunas nuevas arrugas recién creadas a cada uno de los lados de sus párpados—. Treinta y seis.

No se sentía muy bien, y no solo por el agotamiento al haber trasnochado. También mermaba sus fuerzas el trabajo de organizar un encuentro social como aquel, capaz de reunir a medio edificio y parte del vecindario, sin contar amigos de la editorial y gente que no sabía de parte de quién había venido, pero que fueron igualmente bien recibidos.

Sin embargo, su desasosiego también era otro. Tenía años, y el estrés de sus jefes en los momentos en los que había aglomeración de pedidos, gestiones o documentos que tramitar con urgencia, pero no el amor con el que soñaba cada noche.

—Estás acabada, Edda. —Una voz interna se encargaba de recordárselo con cierta crueldad.

—¿Tú crees? —se contestó a sí misma.

—Sí, lo estás —oyó decir.

Salió del baño y se tumbó en la cama. El sueño le vino a salvar de aquella impresión pegajosa de encontrarse al principio de un domingo triste y gris.

Sobre su cama, con el cuerpo húmedo y la toalla anudada a la cabeza, comenzó a soñar con imágenes absurdas. Después advirtió que la casa se le venía encima y que un grupo de personas sin rostro caminaba entre sus

escombros. No era solo su edificio el que se había derrumbado, sino también los de alrededor. Sentía frío, quizá porque algunas gotas de agua de la ducha aún estaban presentes en sus piernas, o porque el clima onírico en el que se encontraba era bastante despacible.

De entre los restos de las torres, surgió una figura femenina, incluso por encima del gentío. Se trataba de ella misma, con un ridículo traje de heroína que a nadie parecía extrañar. Al contrario, el público batía palmas y palabras de alivio al advertir su presencia, como si la conocieran muy bien; como si se hubiera presentado en otras ocasiones en idénticas circunstancias.

Y Edda, con un aire garboso y esbelto, caminaba sorteando piedras, y pedazos de calzada o restos de semáforos, buscando a alguien.

A veces levantaba trozos de su propia casa, cuadros del pasillo o el sofá de su salón, sin importarle saber que eran sus propios objetos domésticos. Nada de ello distraía su objetivo, para lo que empleaba su potente visión láser. Sin embargo, fue la ayuda de la gente lo que permitió que la encontrara:

—¡Ahí, ahí! —Señalaban con la mano.

—¡Ahí está!

Y Edda Kittel, convertida en la salvadora del mundo, o quizá solo en la de su amor, apartaba las pesadas losas que obstruían el asfaltado de las calles para, entre los edificios humeantes, localizarla al fin.

Estaba tendida en el suelo, inconsciente y con una gran brecha en la sien, de la que brotaba una sangre espesa y oscura.

A Edda el corazón le dio un brinco. Se acercó corriendo, sujetándose con una mano la capa morada de su traje, a juego con las mallas y en contraste con el azul cielo de la parte superior, y se acercó a ella. Se arrodilló, entre las miradas expectantes de unas figuras sin expresión.

—¿Está bien? —preguntó alguien.

—¿Cree que se recuperará? —oyó decir.

—Menos mal que ha llegado a tiempo.

Las palabras se sucedían sin que Edda fuera capaz de escucharlas, en un murmullo que se fue disolviendo poco a poco. Porque únicamente tenía oídos para la respiración, más que entrecortada, de la dueña de su desvelo.

—Johanna... —susurró.

Johanna Aldrich no se inmutó. Con los ojos cerrados, todo lo que sucedía a su alrededor le era ajeno.

—Johanna, mi amor —repitió.

—Bésela. Quizá así despierte —completó alguien con toda naturalidad. Lo

había dicho como si aquello fuera lo más corriente del mundo.

Al escucharlo, el público, arremolinado en torno a ellas como si estuvieran visionando una película, la alentó a ello. Edda sintió que se ruborizaba. Ser una heroína no le salvaba de ser invadida por la timidez.

—¿Có... cómo?

—¡Sí, es una gran idea! —añadió otra figura.

—No..., no sé si debo —dijo ella, levantando la cabeza ante las siluetas, que por primera vez aparecían con una sonrisa en sus rostros.

—¡Oh, claro que sí!

—¡Sí, sí! ¡Hágalo!

—¡Vamos, hágalo!

Edda dudó por un momento. Aquella gente, y ella misma, lo estaban deseando. Por otro lado, quizá fuera la única solución para sacar a Johanna de su marasmo.

—Está bien —asintió, y una ristra de aplausos atronó la calle, y los huecos de los escombros, y el sueño, y el mundo entero.

Edda besó despacio, solo un roce en los labios, a la mujer que yacía entre sus brazos. De pronto, tras aquel gesto aparentemente ingenuo, una explosión de color, como una tormenta de luz, lo sacudió todo.

Absolutamente todo.

La calle se recompuso en sus estructuras, las figuras tomaron forma humana, y expresión, y movimientos naturales, dejando de parecer autómatas. Y ella misma, Edda Kittel, la salvadora Edda, sintió un calor inmenso e inesperado por todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies. Como un torrente de energía muy cálida recorriéndola por completo e insuflándole una alegría muy placentera.

Entre sus manos, el rostro de Johanna Aldrich pareció revivir. Después de un leve parpadeo, abrió los ojos despacio, muy despacio y, tras un primer gesto de aturdimiento, la miró. A ella, a Edda Kittel y su arrobamiento inesperado. Entonces, intentando comprender la situación, o quizá para preguntar por ella, la garganta de Johanna se movió levemente, con la clara intención de formular algún sonido.

Pero Edda la retuvo.

—Descansa.

Colocó con cuidado su dedo índice en los labios, mientras de sus ojos brotaban unas pequeñas lágrimas.

—Descansa —repitió con dulzura.

Johanna se recostó de nuevo entre sus manos, con los ojos cerrados,

dejándose ir. Mecida por un sentimiento maravilloso. ¿Estaría ya en el cielo?, se preguntó.

Una leve sonrisa nació de sus labios, envolviendo a su salvadora en una sensación indescriptible, mientras Edda maldecía el momento en el que aquel maravilloso sueño llegara a su fin.

6

Johanna Aldrich dejó su automóvil en el aparcamiento del edificio y se adentró más allá de las puertas de hierro del garaje. Sabía que le esperaba un día difícil en la oficina, pero la alegría de que la presentación de la pasada noche hubiera sido bien acogida por la prensa, le insufló valor.

Atravesó el amplio vestíbulo, con las letras del nombre de la editorial reluciendo en el frontal, junto a otras empresas del edificio, y se dirigió hacia el ascensor. Se tocó el cuello con cierto disimulo. Lo tenía entumecido y unas punzadas de dolor se clavaban como alfileres traspasando la piel. Tendría que volver a sus ejercicios matutinos de yoga si no quería que sus músculos se agarrotaran de nuevo como un trapo mojado. Siempre había acusado el estrés, obligándole a realizar una actividad física incesante para paliar los daños que producía en su cuerpo.

Los otros, los del alma, sabía desde hacía tiempo que no tenían solución.

Edda Kittel la vio pasar, como cada día. O mejor dicho: conocía exactamente la hora de entrada de Johanna Aldrich y, como decidía siempre, se hizo la encontradiza.

No siempre resultaba fácil buscar una excusa para bajar hasta el vestíbulo, o dirigirse a la planta del despacho de la editora con el pretexto de gestionar unos documentos o comunicarle algo su secretaria. A menudo empleaba la máquina del café de los pasillos de la octava solo para estar más cerca de ella, y rezaba a todos los dioses porque saliera de un momento a otro.

—El café aquí sabe mejor, no está tan aguado —solía contestar cuando alguien se extrañaba al encontrarla allí.

Pero lo cierto es que tan solo un día la vio pasar justo por delante, mientras Edda luchaba contra aquella maldita máquina y sus propios nervios. En aquel instante, la directora ni siquiera reparó en ella. Metidos los ojos entre un montón de papeles, fue Edda la que tuvo que apartarse para que ambas no tropezaran. *No sabe que existo, se dijo, dolida. Y yo no soy capaz ni de cerrar el grifo del café*

cuando se acerca.

Después, regresaba a su anodina mesa, compartida con otros tres compañeros, en la que pasaba sus horas corrigiendo manuscritos, mandando correos de rechazo editorial a cientos de aspirantes a escritores y realizando labores administrativas tan grises como sus propios pensamientos.

Solo veía la luz cuando aparecía ella, envuelta en destellos que solo Edda era capaz de distinguir.

Adoraba aquel caminar, y una cadencia de paso que conocía de memoria. Se contoneaba muy levemente, apenas el movimiento justo para desarrollar la zancada, sin ningún ánimo de destacar o de ser admirada. Le era familiar su colección de zapatos, o el modo en el que los conjuntaba con los vestidos o trajes de chaqueta. En otoño, prefería los tonos grises, y el beige para suavizar el invierno. En primavera, la ejecutiva escogía el blanco y los tonos pastel. Y en verano, alternaba todos los colores.

También los diversos complementos le eran reconocibles. Usaba pocas joyas, tan solo algunas pulseras de plata. Aún recordaba el disgusto que se llevó cuando la vio aparecer una mañana con un anillo nuevo en su mano derecha. Creyó morir de celos. Nada se sabía en su departamento sobre el hecho de si Johanna Aldrich se había comprometido o no.

Kristin Anderson, su compañera de mesa, no daba crédito a las preocupaciones de Edda:

—Esa mujer tiene fama de bruja. Puedes estar segura de que nadie la va a querer aguantar.

Edda se llenó de ira:

—No hables así de ella.

—No hablo yo, ¡habla todo el mundo!

—Nadie la conoce.

—¿Y tú sí, Edda?

—No, pero lo sé.

—Nosotros también. Todos sabemos de ella, y lo que se cuenta...

—¿Qué se cuenta?

—De todo. Que es insufrible, por ejemplo. Que no deja respirar a sus colaboradores, que es ultra exigente...

—Son todo mentiras, producto de la envidia.

—¿De verdad crees que la conoces?

Edda no lo dudaba, ¿cómo no iba a conocerla?

—A la perfección. Nadie como yo.

Este y otros diálogos similares se sucedían muchas mañanas en el departamento de Administración y Contenidos. A veces le tocaba discutir con Kristin, otras con Fred, pero Edda tenía muy claro que sabía cómo era realmente Johanna Aldrich, la impoluta y severa editora de la mejor y más importante empresa de libros de temática LGTB de Alemania.

¿Cuánto llevaba en aquel trabajo? Un año y ¿ocho meses? ¿Nueve? Había perdido la cuenta. Porque la cuenta comenzaba realmente para ella en el momento el que la descubrió, cuando la vio entrar por primera vez en el vestíbulo de la editorial para dirigirse hasta uno de los dos ascensores.

Fue un flechazo y un torrente de emociones, una pasión arrebatadora o un amor sin cuartel, qué más daba cómo llamarlo; el hecho era el mismo: se había sentido atraída por aquella mujer de una manera incontrolable, salvaje y feroz, sin atisbo alguno de explicación. Después de todo, eso es el amor: un sentimiento imposible de descifrar.

—¿Quién es? —preguntó aquel día, marcado a rojo en su calendario, a Fred, con el que Edda mantenía una distendida conversación, cuyo núcleo más importante trataba de discernir sobre qué cafetería sería la elegida para ir a desayunar.

—¿No la conoces?

—Pues no.

—Ah, no, que eres nueva.

Y tras darse cuenta de su propia apreciación, continuó explicando:

—Pues es la editora ejecutiva de la Shesays. Una de las tres de las que se compone esta empresa, vamos.

—Entiendo. La que pone la pasta, ¿no?

—Una de las que pone la pasta y decide. La editorial está dividida en tres socias capitalistas, que lo llevan todo. Y en este mundillo, donde las comidillas y las críticas perversas están a la orden del día, créeme que no lo hacen nada mal.

—Parece una mujer fuerte.

—*Fuerte* es un eufemismo fantástico —rio el chico—. Pero bueno, dejémoslo así, en *fuerte*.

—Y carismática.

—Tampoco te pases. Quedaba bien ya con lo de fuerte

—A mí sí me lo parece.

—Creo que no la vemos con los mismos ojos.

Carismática y fuerte para ella, ahora, aquella mujer dura, o extremadamente severa a la hora de trabajar, Johanna Aldrich, aguardaba a que el ascensor llegara

a su planta, sin sospechar siquiera que una trabajadora de su empresa conocía hasta el más mínimo detalle de su vida. Internet era para ello una herramienta inestimable y todas las noticias publicadas en la red habían sido convenientemente cotejadas. Su aparición en fiestas y en eventos, tanto sociales como de la editorial, los pocos detalles que trascendían de su vida privada, entre los que traslucían algunos pequeños romances con mujeres conocidas, y que nunca había tratado de ocultar, entrevistas, fotografías... Todo, absolutamente todo, había sido estudiado con voracidad por Edda Kittel.

Aldrich llegó a la octava planta. Con la luz del día, todo cobraba una vida distinta a la que había dejado la noche anterior. Ante su puerta, con la mesa llena de papeles, una sonriente secretaria levantó la cara del ordenador nada más verla y le tendió un manojo de folios.

—¡Buenos días, señora Aldrich! Precisamente estaba...

—Buenos días, Sunny.

—Estaba terminando su dossier.

—¿Qué es esto? —Se había parado ante la mujer, de mediana edad y media vida en la editorial. En realidad, la conocía desde el mismo instante en el que había puesto sus pies como ejecutiva en aquel edificio. Era servicial y trabajadora, cumplía con creces su labor y sabía ser discreta ante los chismes que siempre circulaban por la empresa.

—El resumen de los periódicos, señora Aldrich —comentó, muy sonriente.

—¿Buenas noticias?

La secretaria se tragó el chicle que estaba masticando. No le había dado tiempo a tirarlo y conocía lo estricta que era su jefa al respecto. Reconponiendo su saliva, espetó:

—¡Sí! ¡La presentación de ayer fue todo un éxito!

—Eso parece. O, al menos, es lo que me han dicho.

Un enorme ramo de rosas blancas lucía sobre la mesa. Aldrich enseguida se percató de ello.

—¿Y esto? —señaló las flores.

—Se las envía la señora Montana, jefa. Y otro tanto ha hecho a la señora Jacob. Dice que para felicitarlas con el triunfo.

—Ah, bien. —Comenzó a echar un vistazo rápido por la cuidada selección de noticias fotocopiadas de los principales diarios nacionales.

—Por su parte, la señora Montana se ha autofelicitado regalándose una botella de champán. Lo he visto subir hace un rato.

Aldrich rio para sí, tanto por la ocurrencia de su socia como por la

confidencia de la secretaria.

—Eso está aún mejor. Ella no es muy de rosas.

—Eso me parecía a mí.

Aldrich recordó cuando, quince años atrás, las dos empresarias habían mantenido un corto romance de unos meses, en el que quedó clara la aversión de Montana a regalos que fueran distintos a una joya o a una botella del mejor champán. Una corta historia de amor que se había diluido en el tiempo, y de la que apenas quedaban migajas, polvo que el viento había terminado por dispersar.

—Parece que hay buenas críticas, Sunny. —Aldrich todavía no había levantado la vista del memorándum. Miraba satisfecha, a pesar de que aún no era capaz de mostrar una sonrisa abierta.

—No se habla de otra cosa en las secciones de cultura. ¡Todo el mundo alaba el misterio de la señora Lorenz!

—Sí, fue fascinante —murmuró, irónica.

—¡Somos la comidilla del país!

—Que hablen de nosotros, aunque sea mal. Gran frase de Oscar Wilde.

—La noticia sale hasta en las portadas, señorita Aldrich.

—Tendríamos que despedir a los chicos de márquetin. Hemos logrado así más publicidad que con todas sus estrategias.

Sunny no supo si su jefa lo dijo o no en serio, así que se mantuvo en silencio.

Aldrich leyó por encima algunos titulares. Todos comentaban lo mismo y en similares términos.

Uno de los cuales, rezaba:

«¿Dónde está Lucretia Lorenz?

La famosa escritora de novelas lésbicas se oculta el día de la presentación de su último libro».

Levantó entonces la vista, sin dirigirla en realidad a ningún sitio en concreto, preguntándose: sí, ¿dónde diablos estaba?

7

A las 8.55 horas.

Exactamente a esa hora, todos los días llegaba Aldrich a la editorial, pulcramente vestida y con cara despejada, sosteniendo un maletín marrón de cuero o un pesado fardo de folios de algunas novelas e informes. Y todos los días desde el primero en el que la vio, Edda procuraba tener algo que decirles a las chicas del mostrador de recepción de la entrada, o en la octava planta del edificio. Buscaba excusas para salir de detrás de su mesa y se las ingeniaba para hacer algo, o coincidir alguna gestión con la hora señalada.

La bajada de las 8.55, desde la planta sexta al vestíbulo central, se había convertido en una rutina a la que intentaba no faltar jamás.

Esa mañana, en la editorial no se hablaba de otra cosa que no fuera de la presentación de la tarde anterior, y de la ausencia no justificada de la gran Lucretia Lorenz. Los pasillos se habían convertido en una comidilla de rumores, y todo el mundo se aventuraba a exponer su opinión al respecto. Incluso los mensajeros más jóvenes, que la empresa empleaba para sus envíos por la ciudad, querían saber lo ocurrido.

Edda vio pasar a Johanna de prisa, pero con el gesto menos serio que últimamente. Tampoco ella era ajena a las buenas críticas vertidas por el acto y por la novela presentada. Recorrió su cuerpo con la mirada, como si estuviera contemplando una estrella en el cielo, sabedora de no poder llegar a tocarla nunca.

—Como sigas con esa cara de boba, hasta la competencia va a hacer mofa de ello.

Edda se dio la vuelta de un respingo. Quien le hablaba era Max, uno de los maquetadores de publicidad; un hombre con menos años de los que aparentaba y más desparpajado del deseable.

—¿Qué dices?

Max, o Maximilian Akori, contaba con treinta años, y era abiertamente gay, como el ochenta por ciento de los trabajadores de la editorial. No se trataba este

de un requisito indispensable, pero las tres accionistas habían llegado desde hacía tiempo a la conclusión de que era más sencillo integrarse en la problemática de la empresa siendo homosexual. Y Max lo era de la cabeza a los pies, sin ganas de disimularlo.

—La dueña —señaló con un movimiento de barbilla.

De espaldas, Aldrich esperaba el ascensor charlando con un empleado de otra empresa del edificio.

—Sí, la dueña —dijo ella, tratando de disimular mirando las cartas que tenía en las manos. Había pedido voluntariamente bajarlas ella misma a recepción para su envío, a pesar de que los encargados de la recogida de correspondencia tenían fijado todos los días su cita a las doce de la mañana en cada uno de los departamentos.

—Ya, por eso digo —completó, con un gesto entre pícaro y risueño en los labios.

Entregadas las cartas, los dos se volvieron para regresar a su planta. Edda miró con terror si ante el ascensor se encontraba todavía Aldrich. Normalmente esperaba a que ella desapareciera para subir, pero la inesperada visita de Max le obligaba a cambiar los planes. Quizá algún día se atreviera a coincidir con la editora en el elevador. Por ahora, el momento no había llegado.

A esa hora, eran muchos los trabajadores que aguardaban para llegar a sus puestos, así que Edda agradeció que su compañero no siguiera la conversación. ¿Sería verdad que había descubierto los sentimientos que le despertaba Johanna Aldrich? Entró en pánico. Si era así, cabía la posibilidad de que todo el mundo estuviera al corriente. No quiso ni imaginarlo. Ser el centro de atención de los chismorreos era lo último que podría desear, y aún más cuando el objeto de su amor era la presidenta de la editorial.

Tragó saliva.

Max siguió hablando por los pasillos de algunos cambios que se avecinaban en la empresa, y que a Edda le tenían sin cuidado. Su mente se encontraba demasiado saturada de pensamientos e imágenes que iban en otra dirección, y los problemas laborales, ni siquiera los suyos, le inquietaban poco. Simplemente, porque no tenían cabida.

Se sentaron ante sus respectivos ordenadores.

—Hay que fijar las fechas de las próximas tiradas. —Ahora era Fred quien se dirigía a ella. Su compañero era uno de los encargados de componer la compleja agenda de la editorial con respecto a los plazos de imprenta. Un chico alto y bien parecido, de quien Edda pensaba muchas veces que bien podría haberse ganado

la vida como modelo, posando en las pasarelas de medio mundo, en vez de enterrado detrás de una pantalla.

Kristin levantó la vista. Masticaba chicle con la misma intensidad con la que siempre abordaba los temas del día: con una entrega total. Le apasionaba su trabajo y no le gustaba perder un solo segundo.

—Te pasé ayer la plantilla.

—No sé si nos dará tiempo a terminar los carteles —terció Max.

—Pues nos los pedirán en unos días, así que tenéis que ir espabilando.

Edda escuchaba de fondo la conversación de sus tres compañeros de mesa. A su lado, Kristin emborronaba un papel con notas, fechas, números de teléfono y nombres con los que acotar las premuras de plazos. Todos llevaban allí más tiempo que ella y contaban con mayor experiencia, pero ninguno podía ganarle en su capacidad para la realización de contenidos y en su talento para la redacción.

—¿Y qué pensáis que le habrá pasado a la buena de Lucretia? —Max sonrió con maldad. No era un secreto que la superventas de la editorial no caía bien en muchos planos.

—Estaría de resaca después de una juerga —contestó Fred.

Las sospechas sobre la vida personal de la diva estaban más al día que lo que sus presidentas hubieran deseado.

—¿Y no tiene derecho? Con uno solo de sus libros gana más que nosotros cuatro juntos en un año. Es una diosa de las letras y lo sabe.

—No digo que no, pero no presentarse ayer estuvo muy feo.

—¡Pero si con ello ha incrementado la publicidad! Yo les daría un severo correctivo a los de márquetin.

Rieron los tres la ocurrencia, ya que no se llevaban especialmente bien con aquella otra sección, cuyos compañeros, conscientes de su influencia dentro de la editorial, y del presupuesto que manejaban, solían mirarlos frecuentemente por encima del hombro. Edda también sonrió, aunque por momentos se encontrara muy lejos de allí.

—¿Y tú, Edda, qué opinas?

Kristin se había vuelto a ella, oliendo a chicle de fresa y a colonia de jazmín. A Edda le caía bien. Le parecía una buena chica, sin grandes pretensiones en la vida, pero trabajadora al máximo y eficiente. Vestía siempre perfectamente conjuntada, con un esmero que rayaba en la perfección, y la redactora siempre se preguntaba cuánto tiempo dedicaría a ello cada mañana.

—¿Sobre qué? —abrió los ojos y preguntó cuando volvió definitivamente en

sí.

—Nena, siempre estás en la luna. ¿Sobre qué va a ser? ¡Sobre lo de ayer!

—¿Hablas de la presentación?

—Hablo del desplante de Lucretia.

—Pues... —titubeó.

—Edda, por favor, ¿no me digas que lo viste bien? —casi acusó Kristin.

—No, no he dicho eso.

—Fue una falta de respeto a todos, empezando por quienes le pagan, que son los lectores.

—Y a sus jefas —añadió Fred.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones?

Max entró en la conversación para rescatarla.

—A mí tampoco me pareció mal. Que les den a los críticos. Al menos, han tenido sobre lo que escribir hoy.

—Algo le tuvo que pasar. Estoy segura —continuó Edda.

—Siempre le pasa algo. Te recuerdo que no es la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que lo hace. Esa mujer será la salvación de la editorial o su ruina. ¿Os acordáis cuando se mantuvo casi un mes ilocalizable, y la editorial movilizó a medio país, pensando que le había ocurrido algo? —Kristin volvió a la carga, divertida.

—Sí, —contestó Fred— y se había ido a celebrar el cumpleaños de una de sus amantes a España. ¡La encontraron un día saliendo de una fiesta en Ibiza!

—¿Y aquella otra vez que se marchó de crucero justo la tarde en la que tenía una entrevista en televisión?

—Arrestos siempre le ha echado. ¿Y cuando se quedaba hasta el amanecer en algún local? A la mañana siguiente era la comidilla de las redes sociales y de toda la sociedad berlinesa.

—Podía permitírselo —salió Max al quite—. Vendía más que el resto de escritores alemanes juntos.

A todos les divirtieron las anécdotas, aunque Edda quedó pensativa. No tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido. Se conocían bien los devaneos de la escritora, y mucha gente en la editorial, por su trabajo, tenía contacto con ella. El tema no le era ajeno a nadie, y más teniendo en cuenta que parte de la empresa se sostenía gracias a Lorenz.

Pero aquella mañana, Edda Kittel solo tenía una preocupación en mente, que era lo que nublaba cualquier otro tipo de pensamiento: llegar dos plantas más

arriba, en la octava del edificio, para ver de nuevo sonreír a Johanna Aldrich.

8

Aldrich y Virginia Jacob departían sobre el asunto del día en el despacho, ante una bandeja llena de dulces de todo tipo y sándwiches varios, que ambas comían con fruición. Por unos instantes, Jacob había dejado en el cenicero el puro habano que siempre le acompañaba.

—Estos almuerzos tuyos me van a matar —bromeó la oronda presidenta.

—Lo hago para que pienses mejores técnicas que márquetin, ya lo sabes.

—Y además, sin fumar.

—Te hará bien no hacerlo durante media hora, Virgi.

—No estés tan segura. El humo me aclara las ideas.

—Debes ser la única a la que no se las nubla.

—No, a mí no —continuó la mulata—. Todo lo contrario. Debe ser la sangre jamaicana que corre por mis venas.

Virginia Jacob mostró sus dientes pequeños en una sonrisa franca. Su traje de chaqueta y pantalón encajaba perfectamente en el inmenso cuerpo de aquella mujer elegante, de labios carnosos y pinta de arrancarse a cantar jazz de un momento a otro. Aldrich la apreciaba de verdad, y en no pocas ocasiones le había servido de confidente y paño de lágrimas.

—¿Tenemos noticias?

—Aún no —respondió Johanna.

—No me gustaría encontrarme en la piel de Lucretia cuando Montana la encuentre. Creo que no tendrá piernas suficientes para correr.

—Seamos prácticas. Mira. —Le mostró algunas copias de periódicos—. Podremos incrementar las ventas en muy poco.

—De hecho, así ha sido.

Los ojos de Aldrich rebosaron de felicidad.

—¿Cómo dices?

—Que esta misma mañana ya nos han solicitado 20.000 ejemplares más para todo el país. Las librerías, y no solo las LGTB, quieren tener en sus escaparates la novela. Y todo en cuestión de unas horas. En cuanto han leído la sección de

cultura.

—¡Es fantástico!

—Lo es, lo es —Jacob solía mostrarse siempre más fría en sus demostraciones, pero rebosaba el mismo entusiasmo.

—¿Lo sabe Carla?

—No, está aún muy preocupada afilando sus cuchillos para cuando dé caza a Lorenz.

—Creo que más que cazarla, le va a organizar una fiesta de agradecimiento. Espera —Aldrich cogió el teléfono, aliviada por el respiro económico que se avecinaba—. Voy a pedir que traigan el plan de plazos de imprenta. Esto hemos de ponerlo en marcha de inmediato.

—Y quizá, una nueva presentación, Johanna. Y esta vez con la autora.

—Nos incorporaremos también a los festivales. Nos recibirán con los brazos abiertos.

—Y no solo en Alemania, sino en otros países. Se nos abre un buen abanico de posibilidades en este trimestre.

Aldrich marcó de memoria los dígitos que le comunicaban con el departamento de administración. Una voz masculina se puso al otro lado. La ejecutiva se presentó. No solía ser ella quien llamara directamente, sino su secretaria, pero la impaciencia por solicitar aquellos informes de inmediato le hizo realizar la gestión ella misma.

—Soy Johanna Aldrich. Por favor, tráigame los datos completos de las fechas concertadas para nuevas impresiones.

Al reconocer la voz, Max se puso nervioso. Algunas veces, las propias presidentas solicitaban personalmente algunos datos de su interés al personal de las distintas secciones, pero no era lo habitual. Y en cuanto a él, era la primera vez que atendía el teléfono en una ocasión así.

—Por supuesto, señora Aldrich. Se lo haremos llegar de inmediato.

—¿Están actualizados?

—Sí, están al corriente.

—Está bien. Le agradeceré que me lo suba todo en papel y no por correo electrónico. He de hacer algunas anotaciones.

—Enseguida, señora Aldrich.

Cuando colgó el auricular, Max respiró hondo.

—Caray, esta mujer me sigue poniendo nervioso.

—¿La Aldrich en persona? —inquirió Fred.

—Pero ha sido muy cortés, chicos, no penséis mal.

—¿Se ha dignado a llamar ella?

—¿Y qué quería? —preguntó expectante Kristin, que había dejado por un momento de teclear en su ordenador.

Max se detuvo un momento antes de continuar.

—Las planillas actualizadas de fechas y plazos con las imprentas. Las tenemos, ¿verdad? —Max interrogó a sus compañeros con la mirada, aguardando su respuesta.

Asintieron. Siempre contaban con todas las gestiones al día para no quedar en evidencia ante peticiones sorpresa como aquella.

Lo imprimió todo y lo guardó en una de las carpetas que tenía sobre la mesa. Después, se la tendió a una cada vez más tensa Edda Kittel.

—Edda... —comenzó Max.

Ella intuyó que el siguiente comentario de su amigo le iba a dejar de piedra, como así fue:

—Ten, Edda —le comunicó, con una mirada cómplice que lo venía a decir todo, y antes de que nadie se ofreciera para realizar el encargo—. Súbesela al despacho tú.

9

Edda no encontraba el botón del ascensor. Estaba tan nerviosa que no sabía siquiera si había cogido los informes correctos. Tampoco dónde estaba su estilográfica, ni sus anotaciones. Afortunadamente, el ascensor llegó con solo dos personas dentro. Pensó que quizá no se percataran de su azoramiento, así que, con disimulo, se atusó la melena en el espejo y se pellizcó las mejillas para ganar color que no necesitaba.

Cuando llegó a la planta, sus nervios estaban tan desbocados que temió que fuera a caerse. Comenzó a faltarle la respiración, y un incómodo calor se asomó a su rostro cuando se personó ante la mesa de Sunny. La secretaria levantó la vista:

—¡Hola, Edda! ¿Qué te trae de nuevo por aquí? —dijo al reconocerla. No era extraño que ambas coincidieran cada vez más, sobre todo con los pretextos de la redactora para acercarse a la oficina de Aldrich.

—Hola, Sunny.

—¿Has subido por la escalera? Te falta oxígeno.

Edda intentó no descubrir su turbación.

—Sí —mintió—. Son solo dos plantas.

—¿Vienes a hablar con la señora Aldrich.

—Acaba de pedir un informe. —Le mostró la carpeta.

—Muy bien. Ahora se lo paso.

Edda retiró de inmediato la mano con el documento.

—No, he de dárselo yo. Tengo que aclararle algunas cifras.

Sunny pareció convencida por la explicación y claudicó.

—De acuerdo. Ahora está reunida, pero voy a ver.

Se levantó y llamó a la puerta. La voz de Johanna le dio paso. Edda la escuchó, incluso vio en el espacio dejado por la puerta entreabierta a la figura de las dos mujeres sentadas. Se encontraban una frente a otra, aunque Virginia Jacob, con las piernas cruzadas y fumando, se hallaba inclinada levemente hacia

la entrada.

La secretaria salió.

—Pasa. Te atenderán ya.

Edda comenzó a temblar como una flor azotada por un viento huracanado. Entró, visiblemente temerosa, pero con la convicción de que no podía fallar en aquella ocasión que el destino le brindaba.

—Buenos días —dijo, con una voz que deseaba que denotara seguridad.

Virgina Jacob tomó la iniciativa:

—Deje el informe ahí, por favor.

Edda se lo tendió. Jacob lo recogió y se lo cedió a Aldrich, quien se mantenía ensimismada en los papeles que se encontraba relleno con rapidez.

—Puede marcharse, muchas gracias —le instó Virginia desde su lado de la mesa.

¿Marcharse? ¿Con lo que le había costado poder entrar en aquel despacho soñado, donde la mujer que amaba pasaba la mayor parte del día? ¿Marcharse ahora? No pensaba hacerlo.

Unos segundos después, una sorprendida Virginia, al ver a la mujer apostada delante de ella, sin mover un músculo, le preguntó:

—¿Tiene algo más que decirnos, señorita...?

—Kittel. Edda Kittel.

Edda pensó con rapidez. Debía alargar aquel momento como fuera, aun a costa de equivocarse. Mejor esto que no intentar nada y perder aquella oportunidad para siempre.

—Sí, señora —dijo, sin saber cómo iba a continuar.

Fue en aquel momento cuando Johanna Aldrich levantó la mirada y, por primera vez, la mujer que tenía delante captó toda su atención. La observó sin disimulo. No había reparado en ella hasta ese momento. Le agradó su presencia. Una corriente de simpatía le abordó. ¿Era cierto que trabajaba allí? *Es esbelta; algo flacucha, pero tiene encanto*, se dijo para sí. Vestía con estilo, aunque de una forma excesivamente discreta, la melena larga y las manos agarrando una libreta como si la fuera a exprimir.

De pronto, y solo de una manera fugaz, sus miradas se cruzaron. Para Johanna solo fue un gesto de curiosidad; para Edda, un instante que le detuvo el pulso y la respiración. El tiempo paró en seco, el mundo se hizo pequeño y los siete planetas dejaron de girar bruscamente. En medio de todo aquel caos, la redactora no fue capaz de reaccionar.

Pasado el breve encuentro visual, la editora se sumergió de nuevo en sus

papeles y Edda se quedó allí, sin saber qué hacer ni tener la iniciativa para inventar algo.

—¿Sí? —interrogó Jacob.

Continuaba paralizada, aunque se tranquilizó al no advertir ya la mirada sostenida de Johanna.

—Bueno, he traído aquí algunas notas a modo de conclusiones para un mejor lanzamiento de los próximos libros.

Sin esperar a que le otorgaran el permiso, y con cierto aturdimiento, Edda extrajo unos folios y se los tendió a Johanna. Hubiera dado los dedos de su mano derecha porque se los rozara al cogerlos, pero solo pudo dejar los papeles sobre la mesa.

—Muchas gracias. —Aldrich volvía a mirarla.

—De nada. —Se dio por fin media vuelta y casi corrió hacia la puerta, que abrió y cerró tras de sí con rapidez.

Fuera, apoyó la espalda contra la madera, apretando los ojos con fuerza.

—¿Todo bien? —se interesó la secretaria al verla.

—Sí, sí. —Volvió en sí.

—Pues no lo parece. —Sunny meditó si hacerle traer a aquella mujer una tila o algún tipo de infusión.

—Estoy bien, de verdad. Gracias.

Se precipitó de vuelta al ascensor, adentrándose en el elevador como una niña en una casa de chocolate. Una vez en él, respiró tantas veces seguidas, y tan fuerte, que los trabajadores que bajaban a la planta de salida pensaron que estaba hiperventilando.

En el despacho, y una vez quedaron solas, Johanna, con cierto aire distraído y sin levantar la vista, preguntó a su compañera:

—¿Quién es?

Virginia la miró sin comprender.

—¿Quién?

—La chica que se acaba de ir.

Virginia se encogió de hombros.

—Una empleada de la sección de Contenidos, ¿por qué?

Johanna repasó de nuevo el dossier que tenía entre manos.

—Redacta muy bien. Está todo muy bien explicado y con una gran claridad de ideas.

—Así debería ser. Es su trabajo.

—Me gustaría leer más informes suyos.

—Me parece bien. ¿Quieres que la llame de nuevo?

—No, no importa. No nos distraigamos. Tenemos muchos asuntos por delante.

Sonó el teléfono. Aldrich lo descolgó con interés, previendo que una nueva alegría vendría a acumularse en aquellas horas. Sin embargo, su rostro fue mutando conforme escuchaba las palabras al otro lado del hilo.

Cuando colgó, miró fijamente a una anhelante Jacob.

—¿Y bien? —preguntó esta.

Aldrich aguardó a tomar aire un segundo antes de responder.

—Era Carla.

Jacob se recostó pesadamente en su butaca, estirando levemente unas piernas acostumbradas a soportar demasiado peso.

—Gracias a Dios.

Pero Aldrich no dijo nada.

—¿Y qué hay de nuevo? ¿Noticias? —continuó Jacob.

—Sí. Acaba de encontrar a Lucretia.

—¡Bien! ¡Buen trabajo! —Casi aplaudió la editora. Pero al ver la cara de su compañera, se irguió levemente. Tuvo miedo de pronunciar la siguiente pregunta:

—¿Dónde?

Aldrich dudó, subiendo después levemente la barbilla, en un gesto que intentaba disimular su temblor de labios.

—¡Por Dios, Johanna, habla! —le animó Jacob.

Su socia la miró fijamente, horrorizada:

—En su apartamento. Muerta.

III.

JOHANNA ALDRICH

10

Edda Kittel sorteó el tráfico de la mañana cuando salió del Metro, camino de la editorial. Lucía un pelo tan revuelto como sus propios pensamientos, y un vestido cómodo bajo el abrigo grueso, al que acompañaba unas zapatillas deportivas blancas de moda.

Caminó lo más deprisa que pudo. Su pasado de atleta en la Universidad de Berlín, donde había cursado estudios de Literatura, le había asegurado unas piernas ágiles y con suficiente fondo como para adentrarse sin perder el aliento por las calles de la ciudad. El aire de la mañana le devolvió un soplo que le alivió el gesto. Le gustaba aquella hora, donde las mentes se mantienen frescas y las ideas comenzaban a despertarse.

Los sentimientos eran los que no dormían. Al menos lo suyos. Le arañaban el estómago y, a menudo, no le dejaban descansar. Sentía una desazón que no conseguía evitar; una lumbre encendida que quemaba las entrañas despacio, como una tortura.

Cuando llegó a su trabajo, tan temprano como de costumbre y antes de su hora, supo que algo iba mal.

Se apostilló en el vestíbulo y se quedó allí, observando durante unos minutos, tal como hacía siempre hasta verla pasar.

No sabía con exactitud lo que era, pero la entrada al edificio de Johanna Aldrich no fue aquella mañana normal. Solo su habitual elegancia no parecía trastocada. Con un vestido negro ajustado y una americana gris encima, sus zapatos altos y sus medias negras, la ejecutiva vestía con aquel porte que tanto le embelesaba, sujetando un maletín de cuero más abultado de lo que Edda reconocía cada día.

La notó crispada, con un gesto en el rictus poco habitual, no de enfado, ni de su típica seriedad, sino de una preocupación añadida. También se preguntó si aquel gesto de ceño fruncido era solo la constatación del estrés de las últimas semanas o venía a descubrir su interior. El éxito, el reconocimiento social y la vida acomodada de la editora podían no ser más que un gran telón que ocultaba

detrás otra realidad.

—¿No te has enterado? —le susurró Kristin al oído al pasar. Había llegado por detrás sin que se diera cuenta.

—¿El qué? —preguntó Edda, sin apenas volverse. La imagen de Aldrich le absorbía por entero.

—Lo de Lorenz.

—¿Lorenz? —Su suerte en aquellos instantes le interesaba muy poco.

—La encontraron anoche muerta en su apartamento.

Edda se giró bruscamente, aterrada:

—¿Cómo?

—El rumor lleva corriendo horas por todo el edificio, ¿debajo de qué piedra estabas tú? Ya lo saben hasta las columnas.

Edda no se tomó a mal el descaro de su amiga.

—No tenía ni idea —dijo, sinceramente abatida.

—Ya lo veo.

—¿Y cómo... cómo ha sido?

—Ni idea. No ha trascendido nada. ¿De verdad no te habías enterado?

—De verdad. Acabo de llegar.

—Lo hemos compartido por whatsapp.

—Tenía apagado el móvil. Cuando llego a casa, desconecto.

—En eso te felicito. Pero claro, cuando pasan cosas importantes, eres la última en enterarte.

—Me ha impresionado lo de Lorenz. —Bajó la cabeza, abstraída por un instante.

—A todos nos ha impresionado.

—Y tu mujercita —dijo, señalando con el gesto a la figura de espaldas de Aldrich, que, hablando con otros directivos, aún esperaba al ascensor—, debe estar de los nervios.

—No le digas *mi mujercita*.

—Perdona, tu jefa.

Edda suspiró.

—No me gustaría encontrarme en su pellejo —reconoció apesadumbrada, sintiendo como suya la preocupación de Johanna.

—Ni nadie, con todos los lobos de la prensa encima. Y encima, perdiendo a la mayor superventas de la editorial.

Al otro lado del vestíbulo, Aldrich desapareció engullida por el vientre metálico del ascensor. Tenía concertada una rueda de prensa apenas una hora

después, y unas leves ojeras descubrían que se la había preparado hasta altas horas de la madrugada. Edda fantaseó con ser ella la que le había dispuesto la ropa y ayudado a vestirse, calmando sus bufidos de ira. La que acariciaba el cuerpo de la mujer mientras esta se colocaba la falda y las medias.

Desechó de una sacudida de cabeza aquellos pensamientos y se reprimió las ganas como pudo. Imágenes como aquellas, lejos de proporcionarle placer, le sumían en una profunda tristeza. Como le recordaba su compañera, la realidad le aplastaba el corazón al volver en sí y darse cuenta de que Aldrich era solo eso: su jefa, tan lejana como una estrella en el firmamento.

Kristin le contó que las otras dos socias de la empresa se encontraban desde hacía quince minutos en la Sala de Juntas, junto a algunos importantes consejeros y los compañeros de Comunicación de la editorial.

Sintió unos deseos irrefrenables de poder entrar en aquel salón y escuchar lo que Johanna Aldrich iba a decirles, previo a lo que después comunicaría a la prensa. Se hubiera sentado allí, en silencio, para atender hasta la última de sus palabras y acariciar con la mirada cada uno de sus gestos. Le serviría de consuelo en los instantes en los que Johanna flaqueara, y besaría sus labios dulcemente para infundirle ánimo. *No te preocupes, amor, todo va bien.*

Pero Aldrich había desaparecido de su vista, con su maletín repleto de informes y explicaciones, y su talle de ejecutiva elegante de presencia adusta y perfecta, sin que fuera capaz de transmitirle lo que sentía por ella. Lo que llevaba ocultando desde hacía tanto tiempo y muy pocos conocían en detalle.

Quizá aquel era su sino, el de amar en secreto a una mujer inalcanzable. El de llorar en una almohada que se moría por compartir con ella.

Y de nuevo, como tantas otras veces, se juzgó pequeña, muy pequeña, como un pez en medio de un océano. Como un espíritu sin vida en todo aquel entramado en el que discurrían sus días, repletos de horas lentas e insoportables, siendo invisible para la mujer a la que amaba.

Sufriendo lo indecible. Muerta de amor en vida.

Johanna Aldrich, ajena a todo ello, pensó que sería capaz de dar toda su fortuna por no verse en aquel atolladero que le creaba tanta tensión. Sin embargo, formaba parte de su trabajo, así que, al llegar ante la puerta de la sala, la empujó levemente, sin llamar, consciente de que allí le esperaban los peces gordos de la empresa, mezclados con las miradas reconfortantes de sus dos socias y amigas.

Conocía cada palabra, cada explicación que tenía que ofrecer ante una pantalla gigante. Controlaba aquella intervención como sabía que después

controlaría la cita pendiente con la prensa: con todo bajo control y los nervios de acero.

No era eso lo que le preocupaba, sino la pereza de volver a dar la cara por Lorenz, aunque esta vez fuera diferente. Una sensación de hondo cansancio.

Y, mientras traspasaba el umbral para saludar con la mirada a sus compañeros, deseó con todas sus fuerzas no ser ella quien en aquel momento caminara hacia la enorme mesa que presidía el habitáculo, ni ser el objeto de todos aquellos ojos escrutadores. A menudo, y aunque le apasionaba su trabajo, algunas tareas le conducían al hastío y le incomodaban en exceso.

Deseó dejar allí mismo la cartera en la que un grueso informe iba a ser desmembrado, quitarse los zapatos de tacón, que endurecían sus tobillos y las plantas de sus pies, y correr descalza rumbo de vuelta a aquel ascensor que tanto sabía de sus ansiedades.

Se vio en un segundo en una arenosa playa del Caribe, con un mar cristalino detrás, paseando de la mano de una mujer a la que ni siquiera conocía; una mujer a la que no le ponía cara, pero con la que se veía por fin libre e inmensamente dichosa. Se trataba de alguien joven, o no tanto, pero qué importaba, que impregnaba a su corazón de una alegría desconocida. Una alegría que solo el amor puede conceder.

—Déjame que me empape en tus ojos y que lime las aristas que te hagan daño. Yo te protegeré, mi amor. O lo harás tú, porque solo tú eres mi refugio.

Volvió en sí cuando escuchó las voces de los ejecutivos de la editorial saludándola. Sacudió la cabeza.

Aquello eran solo fantasías, se dijo. Otra vez fantasías.

La realidad es una y se impone, Johanna; la empresa te necesita para que este barco no se vaya a pique. Para que siga flotando por todo el mundo en un mar de nuevas ventas, estadillos y resúmenes que hablen de que todo va bien. Que todo discurre con normalidad. No puedes permitirte fallar.

Tus sueños son solo eso, sueños; y no van a venir ahora a hablar por ti.

11

En el Royal, el restaurante frecuentado por Aldrich y sus consejeros, Johanna se relajaba charlando con Robert Davis, un conocido crítico literario de la ciudad. Habían quedado para cenar, tras una breve charla telefónica en la que la mujer apenas había sido capaz de ofrecerle mucha más información de la que aparecía en los periódicos.

Davis escuchaba ahora a la editora atentamente, consciente del trago por el que debía estar pasando, y en calidad más de amigo desde hacía treinta años que de profesional del periodismo. Cuando algo preocupaba de verdad a Johanna, lo llamaba a él, un dandi que aún utilizaba sombrero y bastón caro, impecable en sus formas de actuar y, por encima de todo, alguien en el que confiar de verdad.

—Ha sido para todas un mazazo, Robert —se lamentó ella, mientras daba vueltas con el tenedor a su ensalada de pasta, sin ningún apetito.

—Me imagino la situación.

—Todas nos encontramos muy tristes. Aparecíamos a Lorenz, a pesar de sus agravios y sus faltas de disciplina.

—¿Y qué se sabe, Johan?

—Poca cosa. Lo que nos ha dicho la policía. Que tomó más pastillas de lo habitual, posiblemente mezcladas con alcohol.

Davis puso los ojos en blanco. Aquel abominable mundo de fármacos y drogas varias no le era tan desconocido.

—Esta vez se pasó de la raya, ¿no es cierto? —Sus ojos denotaban sincera compasión por la fallecida, a la que había llegado a conocer y admirar.

—Eso parece.

—Antes siempre fue capaz de controlarlo.

—Vivía en un eterno abismo desde hacía años. Y era muy difícil penetrar en él. Se ausentaba durante días, semanas, sin contestar al teléfono. En la editorial ya no sabíamos qué hacer.

—¿Un juguete roto?

—Un alma en pena.

Aldrich se sentía culpable, de alguna forma, aunque sabía que hacía mucho tiempo que Lucretia Lorenz no dejaba entrar a nadie en su vida.

—La encontró una amiga con la que había quedado al día siguiente — continuó—. Se alarmó cuando Lorenz no le abrió la puerta y llamó a la policía. Lucretia estaba tendida en la cama, con un montón de botes de somníferos en su mesilla.

—¿Suicidio?

—Nunca lo sabremos. Quizá solo depresión y mala suerte.

—Una pena de vida y de talento desaprovechado.

Aldrich retiró el plato. Era incapaz de comer nada.

—¿Por qué, Robert? ¿Por qué alguien que lo tiene todo, dinero, talento, amigos, es capaz de caer en el abismo más absoluto? Nunca lo entenderé.

—Porque no todo el mundo es fuerte, querida. —Le tomó las manos.

—Siempre le ofrecimos nuestra ayuda. Sabíamos de sus problemas, pero ella se mostraba tan distante...

—No fue culpa vuestra, Johan, no te tortures. A menudo, los escritores son los seres más vulnerables del mundo. Los creemos semidioses porque crean universos enteros, pero después descubrimos que son incapaces de recomponer sus propias vidas.

—¿Demasiado sensibles?

—Eso me temo.

—Llevo tratando con ellos toda mi vida, Robert, y hay tantas personalidades como puedas imaginar. Al final, creo que el problema es que la industria editorial es ahora, más que nunca, industria, y menos editorial.

—Es un negocio donde todo el mundo recibe su contraprestación. No hay nada malo en ello.

—Pero no se trata de un negocio de tornillos, ni de cajas de latón. Hablamos de ideas, sentimientos, sueños, lectores.

—Y en todo ello, Lorenz era buena, muy buena. *Acerca del Infierno* me ha parecido magnífica.

—Lo es —añadió Johanna con pesadumbre, como si la valía del libro recientemente publicado de su autora *bestseller* fuera más una losa que una alegría.

—Es fresca, como sus primeras obras, aquellas con las que se presentaba ante el gran público y nos dejaba a todos con la boca abierta.

—Es cierto. Parecía haber vuelto a sus mejores tiempos, aquellos en los que sus escritos derrochaban naturalidad y una manera entusiasta de narrar.

—Pondré una reseña generosa en las páginas culturales. No porque Lucretia haya muerto, sino porque creo que su novela es brillante.

—La editorial invertirá al menos setenta mil euros en publicidad y en comprar espacios en prensa y televisión. También vamos a colocar la novela en todos los puntos de venta posibles: aeropuertos, principales estaciones de ferrocarril, grandes centros comerciales, librerías... Tenemos ya apalabrados los principales escaparates del centro, con treinta ejemplares para ser colocados en cada uno de los cristales que dan a la calle. Todo. Un lanzamiento a toda plana.

—No tardaréis mucho en amortizarlo. Entre la calidad de la novela y el hecho de la muerte de su autora, los lectores se lanzarán en masa.

—Creo que será así, aunque me duela. A la pena humana de su pérdida, se une la literaria. Pensar que ya no va a regalarnos más su arte...

A Aldrich se le humedecieron los ojos. Davis le apretó aún más fuerte la mano.

—Maldito negocio, Robert.

—Son cosas que pasan. No debes pensar más en ello.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Dónde está la dama inflexible de la Shesays? La ejecutiva inquebrantable —bromeó su amigo.

—Supongo que pronto volverá a ver la luz.

—Pues claro. ¿Quieres que demos una vuelta por la ciudad? Así podrás tranquilizarte un poco.

La mujer asintió.

Se levantaron y se dispusieron a salir.

Davis, con casi dos metros de altura en un cuerpo que no había llegado a los cincuenta años, lucía con soltura su porte atlético. De todos era conocida su preferencia por los muchachos jóvenes, esbeltos y bronceados, a poder ser con cuerpos esculpidos en gimnasios y poco seso en la cabeza, quienes no duraban más de unos noventa días en su vida. Johanna nunca le había conocido un romance de cuatro o cinco meses. *Tener muchos amores me hacer sentir joven*, solía decir. *Y tener muchísimos, eterno*.

Para Johanna, pasear con Robert y escuchar sus bravuconerías siempre tenía un efecto sedante, que era en aquellos momentos lo que precisaba. Se reía de sus ocurrencias y sus frivolidades, de sus comentarios jocosos y de las desternillantes historias con algunos de sus amantes.

Otras veces, Robert Davis se ponía serio y escuchaba con atención las tribulaciones de su amiga. Se sumía en un silencio cavernoso y atendía a

Johanna como si no fuera a hacer otra cosa en el mundo. Como si lo más importante fuera eso, que su amiga le confesara lo que le inquietaba, o aquello que le dolía, haciendo de esos momentos un espacio único en un mundo propio e inalcanzable.

—¿Sabes una cosa, Robert? Me tenía que haber casado contigo hace treinta años.

—Lo sé, querida. Nadie te llevaría a la cama un té con una pizca de canela y limón con tanto cariño como yo.

12

Edda estaba aturdida por la noticia de la muerte de Lucretia Lorenz.

Su mente bullía en contradicciones, y su corazón no dejaba de sangrar por el amor hacia Johanna Aldrich. Se sentía terriblemente alicaída y triste, muy triste, y estaba decidida a abandonar su puesto de trabajo: no podía soportar más el dolor de no ser nadie para la editora, de pasar desapercibida en su vida, mientras ella se moría en cada rincón.

Verla todos los días no ayudaba mucho. A veces preferiría no hacerlo y olvidarla de una vez por todas. No esperarla cada mañana para ver cómo entraba en el edificio, cruzaba el vestíbulo y esperaba a que el ascensor la llevara hasta su despacho.

Pero no podía.

Cada noche se lo prometía a sí misma. Se decía que ya estaba, se acabó, hasta ahí, pero después un llanto incontrolable le devolvía a la realidad para decirle que eso no era posible. Que, para bien o para mal, estaba perdidamente enamorada de esa mujer, sin saber por qué ni cuál había sido el motivo por el que el destino le había jugado tan mala pasada.

La quiero, se decía; ya está. Me atrae como un inmenso imán, mientras yo soy un metal a corta distancia.

Tenía que alejarse de allí. Debía iniciar una nueva vida, apartada de aquel ambiente que la estaba consumiendo. No era sano mortificarse día tras día, con un solo pensamiento en la cabeza; con una única obsesión. Si no lo hacía, pronto su salud se terminaría resintiendo. De eso estaba segura.

Adiós, Johanna Aldrich. No soy tan fuerte como para aguantar mucho tiempo más esta situación.

Armada de valor, le pidió por teléfono una cita a Sunny para que la secretaria organizara un encuentro en el despacho de la editora.

—Que sea cuanto antes, Sunny, por favor.

—Haré lo que pueda, pero últimamente la señora Aldrich está muy ocupada.

—Lo sé, lo sé, pero esto también es importante.

—¿Quieres que le adelante algo?

Edda dudó, pero finalmente contestó que no era necesario.

—Prefiero decírselo en persona.

—¿Es un aumento? Si es así, ya te digo que no deberías perder el tiempo. No está la situación para ello.

—No, no es un aumento.

—Está bien, haré lo que pueda.

—Muchas gracias. Y avísame en cuanto sepas algo.

Colgó con la impresión de que todo aquello desembocaría en un final anunciado. Quizá aquella vez fue la última en la que pudiera hablar con Johanna. La primera a solas y la última, triste paradoja. Se sintió derrotada, con una sensación de fracaso que a duras penas pudo disimular durante toda la jornada.

A media tarde, el teléfono de su mesa sonó con la llamada de Sunny.

—Edda, mañana a primera hora puede recibirte un momento.

—¡Oh, Sunny, muchas gracias! —Su corazón se desbocó de emoción.

—Me ha preguntado para qué quieres la cita, y no he sabido qué decirle.

—¿Y eso ha supuesto un problema? —preguntó preocupada.

—Supongo que no. Cuando quiere, Aldrich puede llegar a ser muy accesible.

Sin proponerlo, las últimas palabras de la secretaria le habían llenado de felicidad. *Cuando quiere*. Imaginó que este debía ser el caso, puesto que la cita estaba concertada, a pesar de no figurar con un orden del día. Solo una empleada que necesitaba hablar con su jefa de un asunto.

Aunque esta desconociera que la empleada era una mujer profundamente enamorada.

Las horas del día, tanto en la editorial como en su casa, transcurrieron lentas, muy lentas. Y Edda no sabía muy bien cómo matarlas. Comió poco, cenó menos y durmió mal. Se maldijo por las presumibles ojeras que adornarían el bajo de sus ojos a la mañana siguiente, pero la emoción del encuentro podía más que su deseo de aparecer ante Johanna con el mejor de sus aspectos.

A la mañana siguiente, se vistió con un bonito traje de algodón y paño y se peinó de la forma más natural posible. Saber que solo dos horas después se encontraría frente a frente con ella, le llenaba de una inmensa alegría, aunque fuera para decirle que se marchaba de la empresa, que se esfumaba de su vida, que era lo mejor, puesto que aquella ilusión no tenía ningún viso de convertirse en realidad. No se lo diría así, sino disfrazado de un *lo siento, dejo este trabajo porque he de cuidar a mi madre; o he de irme fuera de la ciudad por motivos*

familiares, o una excusa parecida. Algo que resultara convincente. Sea lo que fuera, necesitaba decírselo en persona. Quizá solo para tener la dicha de verla, aunque fuera la última vez.

—Aguarda un momento, Edda. La señora Aldrich te recibirá enseguida.

Esperó a que la puerta del despacho de la editora se abriera de par en par, pero, en vez de eso, a los diez minutos una voz avisó a Sunny. Era la de la propia Johanna.

Al regresar, la secretaria le guiñó un ojo a su amiga:

—Tienes suerte, hoy está de buen humor.

Entró en la sala. Al otro lado de la mesa, como la primera vez que la viera, Johanna Aldrich despachaba asuntos que, por la atención que le prestaba, debían ser de su máximo interés. Estaba más guapa que nunca, pensó, Edda, con la melena recién cortada y un maquillaje muy sutil. Tenía el rostro fresco y cierto aire de serenidad que le tranquilizó un poco.

Dejó los papeles a un lado y la miró.

—¿Y bien, señorita Kittel?

¿Señorita? ¿Daba por sentado que estaba soltera? Por un momento, las reflexiones de Edda, unido a su nerviosismo, retardaron más de la cuenta el comienzo de la conversación.

—¿Sí? —le apremió de nuevo.

Hacía algo de frío en aquel lugar, y sintió cómo todas sus ideas se congelaban en un instante.

—Señora Aldrich —dijo a bocajarro—. Quería poner punto y final a mi trabajo en esta empresa.

Pensó que la editora se encogería de hombros y la enviaría al departamento de Recursos Humanos para que tramitaran su caso, que era el cauce habitual. O le daría sucintamente las gracias por los servicios prestados. Pero ni una ni otra cosa sucedió. Muy al contrario, Johanna se sorprendió vivamente.

—¿Cómo dice?

—Pues...

—Siéntese, se lo ruego —la invitó con la mano.

Edda se acomodó lo más recta que pudo en la cómoda silla situada al otro lado de la mesa, y continuó:

—Venía a agradecerle la oportunidad de poder aprender en esta gran editorial y...

—Y quiere irse.

Edda sintió un nudo en la garganta.

—Sí.

—¿Y cuál es la razón, si puede decírmela?

¡Tú, Johanna!, le hubiera gustado gritar. Tú eres mi razón, tú y este amor que no me deja vivir. Llevo mal que los compañeros murmuren a mis espaldas, y me da la impresión de que media empresa conoce ya mis sentimientos. ¿Qué puedo hacer, Johanna, dímelo tú, por favor?

Fue la editora la que atajó:

—Si es porque no está a gusto, podemos estudiar su caso. También un aumento de sueldo. Pero, señorita Kittel, no es mi deseo que usted nos deje.

Lo había dicho con sinceridad y sin dejar de mirarla, con el corazón en la mano.

—No se trata de eso, señora Aldrich.

—¿Entonces? ¿Es algo personal?

—Debo marcharme, eso es todo.

Aldrich se recostó en su sillón, mirando a aquella mujer. Tenía algo que sacudía su interior, pero no sabía exactamente el qué. La contempló durante unos segundos, y se dio cuenta de cuánto tiempo hacía que no miraba así a alguien. Llevaba tanto sin estar con una mujer en la intimidad que había olvidado lo que sentía al tener a una cerca, muy cerca, a solas en una habitación. Aunque ahora era una empleada de su editorial quien tenía delante, nada más. Solo que se trataba de una trabajadora brillante a quien no tenía intención de dejar marchar.

—Me gustaría discutir eso con más detalle.

—¿Cómo dice?

Edda notó cierta intención de cercanía en aquellas palabras, o quizá eran solo figuraciones suyas. Se mantuvo callada, dejando que su jefa continuara su charla.

—Leí con atención las conclusiones que trajo el otro día, ¿recuerda?

—Sí.

—Me parecieron magníficas.

Una sonrisa inundó el rostro de Edda. Que Johanna hubiera puesto su interés en algo escrito por ella, le hizo palpar.

—¿De verdad? Era solo un esbozo de algunas ideas.

Aldrich se acercó de nuevo a ella, como si quisiera romper bruscamente la barrera que las separaba, que era una enorme mesa de despacho llena de papeles, carpetas y libros.

—Pues para ser un esbozo, estaba muy bien, se lo aseguro.

—Muchas gracias —se sonrojó.

—Señorita Kittel. Edda. ¿No es ese su nombre?

—Sí.

—Oh, ¿puedo tutearte? No me gustan estos tratamientos.

—Por supuesto, señora Aldrich.

—Bien, te lo agradezco. Además, veo que eres mucho más joven que yo. ¿De nuevo Aldrich jugando? Debía salir de allí en cuanto pudiera.

—Tampoco me gusta ver que se aleja gente con talento para escribir. Y con la cabeza llena de ideas. Esto es una editorial —sonrió la empresaria.

—Me gusta escribir y trato de expresarme lo mejor que puedo. Es mi trabajo hacerlo con corrección. Me pagan para ello.

—No quiero gente desaprovechada en mi empresa, y creo que puedes dar mucho de sí en otras áreas.

Un túnel. O un callejón sin salida. Había llegado hasta aquel despacho para pedirle a Aldrich dejar su trabajo y, en vez de eso, se veía abocada a prolongarlo.

Y la editora continuaba disparando a matar:

—Edda, además de tu labor en la editorial, ¿tienes escritas más cosas?

—¿Cosas mías? Pues...

—Intuyo que sí. ¿Me equivoco?

Edda dudó.

—Sí, tengo algunas historias.

—¡Lo sabía! ¿Escribes ficción? ¿Novela?

—Lo intento con la novela, señora Aldrich.

—Vaya sorpresa.

—No mucha gente lo sabe.

—Pues me lo tienes que contar con detalle.

—¿Quiere que le cuente...?

—Si no tienes inconveniente.

—No, no, claro...

—Espera, se me ocurre una idea mejor. —Se levantó con ímpetu—. ¿Qué tal si almorzamos juntas mañana y me lo explicas?

Podría haberse desmayado allí mismo. Podría haberse caído redonda, sobre el suelo del despacho, ante su mirada. Podría haberlo hecho y nadie hubiera sospechado el motivo. Y el motivo era ella, ella y su invitación. Ella y su mirada fija; sus ojos clavados en los suyos.

Estaba perdida y sin remisión. ¿Cómo saldría de todo aquel atolladero?

Al terminar la jornada, Edda llegó a su casa presa de la emoción más intensa. Había quedado con la señora Aldrich, pero no solo con la famosa editora de algunos de los superventas de los últimos años en Alemania, sino con Johanna, la persona. Era una cita meramente profesional, desde luego, pero donde se dejaba traslucir también el empeño personal de su jefa.

La mujer de la que estaba enamorada quería comer con ella, solas, frente a frente, sin más testigos que sus corazones.

Y tenía miedo.

Sentía un miedo atroz e inexplicable.

No de ella, ni de su poder, ni de la imagen que traslucía, sino de sus propios sentimientos, de su deseo, de ese fuego que le nublabla la razón y le impedía pensar, y tomarse las cosas con calma cuando debía meditar y tomar decisiones.

Sonrió amargamente. Había deseado tanto ese momento que ahora se le antojaba una burla sentirse así. ¿Por qué temía enfrentarse a la situación? ¿Por qué se sentía tan vilmente cobarde? ¿Por qué le daba tanto pavor amar?

La respuesta era solo una: porque el episodio que vendría a continuación sería de sufrimiento. Un sufrimiento y un dolor intenso por no verse correspondida en la misma medida. Por darle todo y recoger solo una parte de lo ofrecido. Miedo a sentir celos de todo, del aire, de sus palabras, de las miradas ajenas...

No quiso seguir. No pudo seguir.

Le atormentaba pensar en un futuro incierto, a la deriva. ¿Podría Johanna Aldrich, la poderosa editora de la Shaesays, enamorarse de ella, una pobre infeliz con ínfulas de escritora?

La cabeza le dolía de tanto pensar. El rumor del motor de los coches le irritaba. Necesitaba descansar. Después, a última hora de la tarde, aprovecharía para reflexionar con detalle sobre qué se iba a poner en la cita. Recorrería las tiendas del centro para comprarse algo acorde. Quizá un vestido ajustado, quizá un traje de chaqueta. Quizá los mejores zapatos. Qué importaba, lo trascendente era no parecer aburrida la primera vez que tenía la oportunidad de estar con ella.

Estar con ella.

Debía superar sus miedos y olvidar sus temores. Iba a almorzar con Johanna

y todo lo demás no podía importarle. Ni mostrarse ansiosa por querer perderse entre aquellos brazos que le invitaban a dejarse llevar, a no atender a razones por primera vez en su vida.

Las oficinas de la editorial bullían de actividad en aquellos días de otoño. Todo se preparaba para una nueva temporada editorial, después de la noticia de la presentación de Lucretia Lorenz.

Edward Suhr, como jefe de protocolo, acondicionaba algunas salas para un próximo evento en menos de una semana. Los empleados de distintas secciones atestaban los pasillos con encargos de publicidad y contenidos, organización de encuentros y nuevos envíos de la novela de Lorenz, que seguía vendiéndose a un ritmo frenético.

Johanna bebía un café a media tarde en su despacho. Se mordió el labio inferior, intentando concentrarse en lo que estaba leyendo, pero le era imposible. Las páginas del último manuscrito llegado a su mesa se le hacían anodinas. No era capaz de valorar su interés, ni su calidad o estilo. Incluso había pedido en varias ocasiones el hilo de la trama. Cuando trataba de regresar al argumento, las imágenes de los personajes cobraban vida, y sus escenas revoloteaban juguetonas entre los márgenes de los folios.

Pasó horas trabajando sin grandes resultados, hasta que decidió que ya había perdido suficiente tiempo.

Por la noche, regresó a su casa con aquel volumen de cuatrocientas páginas en su cartera de cuero, cenó poco, se preparó después un té y se tumbó en su inmenso y acogedor sofá. Desistió de poner una película clásica, como le gustaba, e intentar sumergirse de nuevo en el argumento de la novela que había dejado comenzada unas horas antes. Atendió luego la llamada de su amigo Robert Davis y su mensaje en el teléfono.

—¿Quedamos mañana, Johan?

—Lo siento, mañana es imposible. Tengo un día de perros.

—No desaparezcas, te lo advierto —le dijo, fingiéndose el ofendido.

—Lo siento, Robert. Tenemos mucho lío ahora en la editorial.

—¿Por lo de Lucretia?

—Entre otras cosas.

—¿Cosas de la editorial o cosas tuyas?

—De la editorial —contestó sin dudar, aunque no estaba muy segura de ello.

—Pues debes empezar a pensar en las tuyas.

—Creo que ahora no es el momento —intentó sonreír, y lo consiguió a pesar del cansancio.

—Siempre es el momento, querida. Lo de Lucretia fue un *show*, un verdadero espectáculo, digno solo de ella, pero tienes que volver a dirigir el tuyo propio, ¿no crees?

—Lo intentaré.

—Eso está mejor. ¿Quedamos pasado mañana?

—Hecho.

—Mientras, no dejes que los personajes de las novelas con las que trabajas te engullan.

Apagó la luz a las tres de la madrugada, cuando sus párpados eran ya incapaces de seguir abiertos y sus ojos de continuar las líneas escritas en ningún folio. Sabía que Robert tenía razón, que dedicaba un tiempo desmedido a la empresa, y que desde hacía años, demasiados, había olvidado mirarse a sí misma.

Cuando se despertó a las seis, la mañana ofrecía una espesa bruma que oscurecía el tránsito por las calles. El vaho impreso en los ventanales le produjo una fuerte sensación de frío. Se duchó con agua muy caliente, con mil cosas en la cabeza en las que distraerse.

Mientras conducía su coche rumbo al centro de la ciudad, el rostro de Edda Kittel le sonrió desde el cristal delantero, lo que le produjo una extraña felicidad interior.

La esperó a la salida de la Shesays para recogerla en su coche y llevarla a almorzar. La esquina cercana era el lugar de encuentro concertado. Edda había cuidado en no decírselo a nadie, y la propia editora también se había mostrado discreta.

—Iremos a un restaurante que conozco y que no se encuentra muy lejos.

El hecho de tenerla tan cerca, sentada en el asiento contiguo, hizo que la piel de Edda Kittel se erizara por completo.

Tras serpentear la ciudad junto al borde del río Esprea, y dejar a un lado el Parlamento y la inmensa catedral, llegaron en menos de veinte minutos. En el trayecto, Edda consiguió por fin hablar sin tartamudear y sin parecer rematadamente tonta. Simplemente, había logrado controlar sus nervios.

El local lucía una fachada elegante, muy al estilo renacentista, que daba paso a un salón sofisticado, de altos techos con molduras, decorado con lujo y con gusto. Johanna sintió un placer íntimo cuando vio la cara de admiración de su acompañante.

—Este lugar es precioso —acertó a decir, intentando cerrar una boca abierta de puro asombro.

—Me alegro de que te guste.

Se sentaron en una mesa que Aldrich había reservado la tarde anterior. Edda se dio cuenta de cómo su pulso se desbocaba de nuevo cada vez que Johanna se dirigía a ella. Un solícito camarero se acercó y les tendió la carta. De inmediato, y quizá para romper un poco el hielo y el nerviosismo que todavía planeaba entre ambas, la editora bromeó con el nombre de algunos de los platos, así que se decidieron por uno típico de codillo de cerdo con puré de patatas.

Qué bella está cuando ríe, pensó Edda. Durante los primeros minutos, apenas consiguió escucharla. Solo era capaz de seguir el movimiento de sus labios vocalizando cada sílaba.

—Me gustó mucho tu análisis, de verdad. Era lúcido e inteligente —le confesó la ejecutiva, mirándola a los ojos. Unos ojos bellos y expresivos, de un castaño verduoso coronado por tupidas pestañas.

—Gracias, solo quise aportar algo desde mi experiencia.

Aquella candidez entusiasmaba a Aldrich. La mujer que tenía delante, detrás de una imagen sencilla, se le antojaba fascinante. Intentó no distraerse con sus manos, ni siquiera con el leve baile de su melena al girar la cabeza en una mueca.

—Me decías ayer que pensabas dejarnos.

—Eso es.

—He estado pensando y...

La llegada del camarero para servirles vino desbarató la reflexión. Cuando se hubo marchado, Aldrich continuó:

—Como te decía, he estado pensando y me gustaría convencerte para que lo reconsideraras. Me pareces una mujer muy válida en estos momentos difíciles para la editorial.

Edda se sintió halagada. Johanna quería retenerla. Dio gracias al cielo por atreverse a plantearle aquella decisión en su despacho. Ello había removido todas las energías de la situación.

Johanna se sintió, por primera vez, insegura ante sus propias palabras. No quería que, por nada del mundo, se pudieran interpretar de otra manera que escapara a la esfera laboral. Todo el mundo en Berlín sabía que ella era lesbiana; jamás lo había ocultado. Incluso, años atrás, había sido fotografiada por la prensa en compañía de alguna de sus parejas. Pero desconocía por completo la orientación sexual de Edda Kittel. Y hubiera dado años de su vida por saberlo en aquel instante.

—Bien —respondió la aludida, radiante—. Me lo pensaré.

—Nada de eso. —Aldrich alzó su copa—. Vamos a brindar ahora mismo por tu continuidad. Es más, a partir de ahora estarás a mi lado como consejera en los asuntos referentes a las nuevas publicaciones y sus planes de acción.

Lejos de agradecerle aquella deferencia, Edda comprendió que no podía aceptar. No deseaba alcanzar ese estatus en su trabajo sintiendo lo que se sentía por aquella mujer, ni quería que nadie pensara que había seducido a la editora con la única finalidad de medrar. Lo mejor, pensó una vez más, era separarse de ella.

—Lo siento, señora Aldrich, pero no puedo aceptarlo.

Johanna sintió que el arrullo del alcohol le incitaba a decir cosas que no debía. La negativa de la muchacha, además, la enervó aún más.

—¿Estás rechazándolo?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

¿Cómo confesar a aquella mujer que la amaba, y que trabajar con ella cada día, codo con codo, no sería más que un suplicio añadido a su situación?

—Porque sí.

—Vaya una razón.

—Creo que es lo mejor —se limitó a responder.

IV.

LA LUNA SOBRE BERLÍN

14

—Hola —saludó Aldrich, satisfecha por haber conseguido finalmente que Edda se mantuviera en su puesto unas semanas más, acordando dar una tregua a su deseo de dejar la empresa.

—Hola —replicó Edda, con el rubor de nuevo subiéndole por las orejas. Odiaba aquella sensación de timidez suprema, o de bobería a la orden del día, que en el fondo suponía mostrar lo mismo.

Johanna asintió con una amplia sonrisa. Se fijó de nuevo en los ojos de aquella mujer, sinceros y cristalinos como el agua del mar. Le ofrecían calma. Era muy afortunada la persona que pudiera descansar en ellos.

—Como ve, he venido —se señaló a sí misma, en un mohín divertido.

—Algo que me alegra mucho.

Las dos aguardaban al ascensor del vestíbulo, a las 8.55, hora en la que la ejecutiva solía entrar al edificio. Pero, en esta ocasión, Edda no se había limitado a verla pasar desde un rincón.

—Me gustaría que vinieras al despacho a las 11 para departir algunos asuntos.

A Edda aquello le sonó a excusa para verla, pero no tenía ningún inconveniente en que así fuera.

—Tengo un contrato al que tengo que echar un vistazo y me gustaría que luego te encargaras de hacérselo llegar al escritor, y concertar una cita con él —añadió.

La empleada sabía que aquel trámite podía hacerlo perfectamente Sunny, por ello el ofrecimiento le hizo muy feliz. Por su parte, Johanna Aldrich sintió la necesidad de conocer más el mundo de aquella mujer, cómo era, qué pensaba. ¿Sería homosexual? Aún no lo sabía, pero algo dentro de ella, quizá por la manera en la que Edda la miraba, lo intuía. Y también lo deseaba.

Apartó súbitamente los ojos. Era más joven que ella, unos cuatro o cinco años, quizá, con un atractivo que la madurez le estaba regalando; cándida y sensual a la vez. Se ruborizó al descubrirse mirándole el escote y la cintura.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que no lo hacía con nadie.

—A las 11 en punto, ¿de acuerdo? —Quiso romper la inercia que le estaba llevando peligrosamente hacia el abismo.

—De acuerdo —aceptó Edda—. Allí estaré.

La puerta del despacho se abrió a la hora acordada. Como arrastrada por una suave brisa, Edda Kittel entró y se colocó a la altura de la editora. Esta experimentó una sensación de bienestar desconocido, una energía a su alrededor que envolvía el ambiente y lo purificaba.

¿Qué significa poder trabajar todos los días junto a la mujer que amas? Sin duda, un gran sacrificio, concluyó Edda, que venía dado porque el objeto de tu amor desconocía serlo. Y ello lo complicaba todo hasta la desesperación.

—Edda, te he preparado tus cosas para trabajar aquí, a mi lado.

Le señaló la mitad de la inmensa mesa donde la propia editora despachaba sus asuntos, incluso con el resto de socias.

Edda tragó saliva.

—Oh, no es necesario. Puedo traerme una mesa pequeña ahí. —Se volvió para señalar al otro lado de la sala, ante un ventanal al cielo de Berlín.

Johanna estalló en una carcajada.

—¡No digas tonterías! ¿Quieres que me pase la jornada caminando de un lado a otro del despacho para consultarte algo o llevarte algún papel? Necesito que estés a mi lado, y que tus ojos sean mis ojos.

Sin aguardar respuesta, recolocó algunas de las carpetas amontonadas y la invitó a sentarse.

—¿No me tendrás miedo, verdad?

Edda hubiera contestado que sí, pero no por lo que ella creía, sino por unas causas mucho más íntimas.

—Claro que no —mintió.

—Ya sé que se dicen de mí muchas cosas por ahí, aunque no debes hacer caso de ello. No tienen mucho fundamento.

—Lo supongo.

—Soy una editora exigente, es cierto, pero no un monstruo. Me crees, ¿verdad?

Lo dijo con un mohín de niña mala que juega a ser buena que a Edda le pareció encantador.

—Las críticas y las murmuraciones dentro de una empresa son normales. No creo que haya una sola jefa que se salve.

—Tienes razón. Envidias, competencia, medio para pasar el rato... Supongo

que como en cualquier otro tipo de comunidad. Después de todo, el ser humano es chismoso por naturaleza y tiende a desprestigiar lo que no conoce.

Edda se sentó a su lado. Siempre se había imaginado el olor de su perfume. Sin embargo, Johanna no parecía usar ninguna fragancia. Lo único que le llegaba era la de su piel, un bálsamo suave y natural, terriblemente erótico, que le puso aún mucho más nerviosa. Hubiera preferido aspirar uno fuerte y rechazable, y no algo que le nublara aún más cada vez que se aproximaba a ella.

—¿Te encuentras bien? Pareces mareada.

La hubiera besado allí mismo. No solo eso, en realidad la hubiera tumbado sobre aquella maldita mesa, repleta de papeles perfectamente ordenados, y quitado la blusa de dos zarpazos, para a continuación hundir su boca en cada centímetro de aquella piel que le volvía loca.

—¿Mareada? No, no.

Intentó no mirarla a los ojos. La tenía a pocos centímetros y nada era fácil, ni siquiera contestar. Cuántas veces había soñado con un momento así. Y cuántas veces lo creyó improbable. *Qué vas a hacer, Edda. Estás mucho más enamorada de lo que piensas.*

Johanna también se sentía a gusto. Tenía dos horas después una reunión con sus consejeros, en un acto que siempre conseguía sacarle su mal humor y, sin embargo, apenas le importaba. Solo por el hecho de que tendría que levantarse, dejarlo todo aparcado, incluso la compañía de Edda, y dirigirse a la Sala de Juntas, o *Sala de Tortura*, como era jocosamente conocida entre los miembros de la cúpula editorial.

—Mira, quiero que eches un vistazo a este manuscrito. Necesito un informe exhaustivo de sus puntos débiles y sus puntos fuertes, de cara a una posible publicación.

—¿Es el de esa autora argentina?

—Sara Pozo, sí.

—Tuve oportunidad de verlo hace unas semanas. Yo misma lo dejé en la bandeja de publicables.

—Ajá. Así que te gustó.

—Sí, me pareció muy bueno, aunque escribe con una prosa que ya no está de actualidad.

—¿Qué quieres decir?

Aldrich se retiró un poco y cruzó sus brazos sobre el pecho, dispuesta a escuchar con la máxima atención. Edda continuó, con la dificultad que le suponía que Johanna estuviera centrada en ella.

—Que sería perfecta para una novela de los años cuarenta, o cincuenta. O más tardía, incluso. Se centra mucho en las descripciones y menos en la acción. Y el lector de hoy está acostumbrado al impacto de la acción, a escenas rápidas y contundentes que te corten el alma. Así. —Hizo el gesto de una espada seccionando el aire.

—Muy directo, ya veo.

—Es lo que demanda el lector actual: calidad, movimiento, emoción. No podemos estar leyendo tres páginas sobre cómo se cae una hoja de un árbol. Eso ya no funciona.

—Y, sin embargo, su estilo te gusta.

—Sí, porque veo mucho potencial en ella. Tiene una gran técnica literaria, y sabe de trucos para llevar al lector donde quiere. Su vocabulario es amplio y su dominio gramatical y sintáctico, más que correcto. Puede hacer grandes cosas.

—Si mejorara lo de la hoja cayendo del árbol, supongo.

Edda rio. Le volvía loca la ironía de Johanna. Y esa capacidad de decir cosas muy divertidas con un semblante tan serio.

—Bien, pues la tendremos en cuenta. A pesar de que usa demasiadas tramas. Al final, eso termina distrayendo a las lectoras. —Encajó el manuscrito en una nueva carpeta, con una nota donde escribió unas líneas. Ahora, la que trataba de no distraerse en exceso, o al menos no demostrarlo, era ella misma.

—A las lectoras les interesa que esté bien escrito.

—Y que haya una historia de amor. La literatura no es como la vida. En los libros ha de existir siempre una historia de amor en ellos. Algo que dé color a los personajes —añadió Aldrich.

—¿Y en la vida no?

Aldrich se encogió de hombros, antes de aventurarse a contestar.

—No siempre. No. Quizá no.

Y tras una pausa, que a Edda se le hizo dolorosa, continuó:

—O sí. Por el momento, ahora necesito que me ayudes con la reunión de esta mañana. Mira, he preparado esto.

Y mientras la todopoderosa Johanna Aldrich le desmenuzaba su próxima intervención, Edda Kittel la miraba, intentando no derretirse y quedar convertida en agua allí mismo, en la silla en la que estaba sentada, a cincuenta centímetros de la editora.

A pesar de sus esfuerzos, no estaba muy segura de poder conseguirlo.

15

La reunión con socias, consejeros y contables de la editorial, en total ocho personas, no era el mejor plan por el que hubiera apostado aquella mañana. Hubiera preferido seguir charlando con Kittel. La encontraba bellísima a esas horas del día, y se dijo que también le gustaría comprobar esa lozanía por la noche.

Se sorprendió de sus propios pensamientos. Hacía tiempo que no experimentaba un deseo más allá que el de satisfacer sus necesidades, y aquella emoción lasciva le recorría ahora la cintura sin querer detenerse.

Realmente, y sin que pudiera evitarlo, Kittel le atraía, y mucho. En ello meditaba mientras se dirigía a la reunión. Portaba en su maletín la explicación en *PowerPaint* del esquema completo del balance de las últimas semanas, que habían experimentado un incremento más que significativo desde la desaparición de Lucretia Lorenz.

—Las ventas en Europa aumentan exponencialmente cada día —dijo en su disertación, señalando con un punto la gráfica que así lo confirmaba.

—¿Y Latinoamérica? —interrumpió uno de los consejeros ejecutivos de la empresa.

—La misma fórmula para el continente, la emplearemos en América. Un aumento de la publicidad localizada, en mayor medida que en la red, y más presentaciones de la editorial. Europa se mueve en Internet, pero en América, a excepción de los Estados Unidos, que son un capítulo aparte, prima el contacto personal y tangible.

Tras ello, hizo llegar a cada uno de los asistentes un plan de actuación por continentes, que fue aprobado sin grandes preguntas.

—¿Qué haremos ahora, con la ausencia de Lorenz? —preguntó Jacob, quien garabateaba algunas frases en el informe presentado por Aldrich.

Carla Montana tomó la palabra:

—Creo que debemos reeditar toda su obra. Recopilar sus libros anteriores y el resto de escritos, entre relatos y artículos de prensa, y hacer una edición

especial. Será un bonito homenaje a la autora, más que un recurso publicitario. Aunque nos ofrezca beneficios.

—A la gente le gustará eso. Me parece una gran idea —corroboró Aldrich.

—También crear paquetes temáticos por novelas. Añadir elementos de márquetin, como agendas, etc. —añadió Jacob.

—Y plantearnos un homenaje a Lucretia, señores —apuntó Aldrich—. Ha sido nuestra superventas durante una década.

Todos aplaudieron la última propuesta, como la del resto de medidas encaminadas a ser ejecutadas en los próximos meses.

Cuando hubo terminado su exposición, Johanna se sentó al lado de Jacob, quien no había parado de coger notas de todo lo dicho.

—Muy buen trabajo —afirmó Virginia Jacob—. Los patrocinadores se rifarán entrar a apoyarnos.

—Eso espero. Los números hablan, y no están muy contentos. Solo se mantienen al alza las ventas de Lorenz.

—Paciencia, es cuestión de tiempo. También nosotras lo necesitamos para superar la noticia de su muerte.

—Condenada mujer, cómo echo ahora de menos sus excentricidades...

Bajaron los ojos, apesadumbradas, con la imagen de la escritora en sus mentes durante unos segundos.

Jacob se despidió:

—¿Quieres comer algo?

—Muchas gracias, tengo un compromiso.

—De acuerdo. Te veré mañana.

Se marchó sin añadir más, pensando en las últimas palabras que le hubiera dicho a Lorenz de seguir viva. El resto de la reunión se disolvió con rapidez. Desde una esquina, Carla Montana se despidió de Aldrich. Se encontraba seriamente entristecida y esperó a Jacob para marcharse juntas. Johanna sabía cuánto le dolía la dureza de algunas de las aseveraciones que había pronunciado últimamente sobre la escritora.

Regresó al despacho, deseando volver con Edda. Necesitaba verla, hablar con ella. Le ofrecía tranquilidad y una sensación muy cercana a la felicidad. Saldrían a comer juntas para olvidar la pena de hablar de las circunstancias que rodeaban a Lucretia.

Solo esperaba que ella aceptara la propuesta.

La aceptó con gusto, sin saber que Aldrich quería charlar con ella de lo divino y de lo humano, y con una curiosidad por encima de las demás.

—Edda, ¿estás contenta con tu nuevo trabajo?

—Por supuesto. Para mí es todo un privilegio.

Acababan de sentarse ante la barra de un local que de noche se trasmutaba en lugar de copas, pero que a aquella hora de la mañana daba paso a una clientela sosegada y familiar.

Edda se había recogido el pelo, mostrando el comienzo de los hombros bajo un jersey escotado que a Aldrich le pareció muy sugerente.

—Y otra cosa —comenzó.

—No, no voy a pedir un aumento de sueldo, si eso es lo que teme.

La editora sonrió. Aquella mujer le encantaba de principio a fin. Se dijo que sería muy afortunada la persona que compartiera su vida. Y de eso se trataba su mal llevada curiosidad: simplemente, Aldrich necesitaba saber si Edda era o no lesbiana.

—Te mereces un aumento conforme a tu nuevo puesto. Eso déjalo de mi cuenta y no acepto objeciones. Pero no era eso.

Las dos mujeres se miraron con cierto temor. Una por la manera de formular la pregunta; la otra, por el tipo de pregunta de la que se trataba.

—Verás —sintió cierto pudor al comenzar a hablar—, sabes que en la editorial no exigimos ningún tipo de condición sexual específica a nuestros trabajadores, y ni siquiera se la preguntamos. Nos parecería una intromisión inadmisibles a su privacidad. Esto no es óbice para que, tratándose la línea empresarial de nuestros libros encaminada exclusivamente al colectivo LGTB, sobre todo de mujeres, nos plazca que nuestro personal entienda de lo que hablamos. No sé si me explico.

—Como un libro abierto.

—La cúpula da muestra de visibilidad al respecto. Yo misma lo hago. Soy homosexual y no lo escondo. No pido que los demás lo hagan, naturalmente, pero para mí sería muy satisfactorio rodearme de mujeres que piensen y reivindiquen lo mismo que yo.

—Johanna, lo entiendo perfectamente. Yo también soy lesbiana.

Sabía que era aquello lo que quería escuchar Aldrich, y lo que ella misma necesitaba hacerle saber. Sí, Johanna, soy igual que tú, puedo amar hasta la desesperación a una mujer y ahora te amo a ti. ¿Es eso lo que querías saber?

El semblante de la editora experimentó una sutil mueca de alegría, que se cuidó mucho de traslucir.

—Bien, eso nos acerca a la hora de debatir líneas de actuación de próximas publicaciones.

Aquello había sido una manera empresarial de explicar una sensación que le bullía en su interior, y que se traducía en algo mucho más prosaico: le atraía alguien que también era lesbiana. Otra circunstancia hubiera derivado en el desastre, así que existía una posibilidad; quizá remota, pero existía. Edda podría fijarse en ella como mujer. Tal vez no fuera su tipo, siguió mascullando, pero si conseguía convencerla de que no se trataba del ogro que medio edificio pensaba que era, quizá le prestara atención.

Se mordió el labio inferior. Por un momento, el deseo de poder tener a Edda desnuda en su cama le nubló la vista. No era una simple silueta, sino la inteligencia que albergaba esa mente y que se encerraba en un cuerpo que intuía maravilloso.

Aún le faltaba por descubrir algo más y no quiso perder el tiempo con rodeos. Algunas preguntas ambiguas podrían ofrecerle la misma respuesta; sin embargo, optó por evitar circunloquios que acarrearán una demora en los resultados. Decidió entrar por la línea directa.

—¿Y tienes familia?

—¿Hijos?

—Hijos, consorte... No sé, tampoco quiero resultar indiscreta.

A Edda le encantó la pregunta que, lejos de parecerle indiscreta, se le antojaba muy oportuna. Por fin podría darle a conocer sin tapujos que se hallaba soltera y sin compromiso. Libre para amar a quien quisiera.

—No, no tengo en estos momentos.

—Ah —lanzó un suspiro Aldrich sin poder evitarlo. —¿Y eso es desde hace mucho tiempo?

—Bastante. O más que bastante —reconoció. Sincerarse así delante de Johanna le suponía una sensación confusa.

—Vaya, lo siento. —Pero el lamento sonó demasiado forzado.

—¿Supone eso algún tipo de problema para mi trabajo? —preguntó con toda la intención.

—¿Problema? No, no —se apresuró a contestar la editora. —Por qué iba a serlo.

—No sé.

Aldrich concluyó:

—Se trataba solo de mera curiosidad. No tiene mayor importancia. Tampoco yo tengo familia. Ya digo, una pregunta banal.

Se miraron un segundo, sin tener más palabras que decirse pero habiéndoselo dicho todo. Hasta que Aldrich bajó los ojos para consultar la carta, o para

disimular que otra cosa acaparaba su atención:

—Todo aquí está siempre exquisito.

—¿Qué me aconseja? —Edda cogió a su vez la lista de sabrosos preparados y dulces. Estaba nerviosa, y con el corazón bombeando como un loco.

—Si comienzas por fin a tutearme, te lo diré —bromeó.

—De acuerdo —sonrió.

—Propongo pedir pastel de zanahoria.

En aquel momento, Edda Kittel pensó que se hubiera comido algo más que ese pastel de zanahoria. Y no precisamente de la carta de la cafetería.

16

Las semanas transcurrieron con una agilidad dichosa. Las jornadas en el despacho discurrían entre las noticias de ventas de los libros de Lorenz, peticiones de presentaciones a cargo de la editorial, el pago por publicidad a gran escala y la incorporación de nuevos autores.

Edda se sentía ya cómoda con la editora, quien no dudaba en halagar cada una de sus virtudes y solicitarle consejo ante asuntos administrativos. La experiencia de Kittel en la sección, además de un innegable ojo para vislumbrar soluciones novedosas a problemas viejos, hacía que Aldrich buscara más que nunca su compañía.

A veces se sorprendía a sí misma observando la manera en la que su colaboradora redactaba alguno de los informes.

—¿Hago algo mal? —preguntó esta al darse cuenta.

—Oh, no perdona. Miraba tu manera de escribir.

—¿Mi manera de...?

—De coger el bolígrafo. Es maravillosa.

Edda se miró la mano.

—Y... ¿y cómo lo hago? —preguntó, atribulada.

El rostro de la editora se encendió con una sonrisa.

—Te debe parecer absurdo, ¿no es cierto?

—Pues, no lo sé —contestó Edda.

—Perdóname, es una tontería —sacudió la cabeza.

—No, no lo es. A ver, explícamelo.

Dejó la estilográfica sobre la hoja de papel y se recostó levemente sobre el respaldo de su silla.

—¿Quieres que te lo explique? —replicó Johanna, divertida.

—Sí —contestó Edda un tanto altanera, sin darse cuenta de su insolencia.

—Está bien. En realidad, es muy fácil. Nos pasamos el día tecleando el ordenador y ya casi nada se hace a mano. Por eso te observaba.

—Es una manera diferente de escribir.

—Es muy dulce tu manera de coger notas. Dice mucho de ti.

Edda parpadeó:

—¿Y qué dice, exactamente?

Aldrich supo que se encontraba metida en una encerrona, pero no le disgustaba. No había más que una manera de salir de allí, y de la forma más ventajosa.

—¿Comemos algo y te lo explico?

Johanna siempre tenía la facultad de llevarla a Cafés y restaurantes distintos, pensó Edda. Conocía bien los entresijos de aquella ciudad, levantada para disfrutar de la vida desde que había superado las consecuencias de la guerra y el muro que dividía dos maneras distintas de concebir el mundo. Ahora, Alemania era una; y Berlín, una ciudad alegre y jovial, incluso en días tan fríos como aquel.

Se sentaron ante una pequeña mesa redonda, que las separaba apenas medio metro. Las mejillas de Edda estaban rojas, tanto por el frío exterior como la sensación de cercanía con la editora. En cualquier caso, su sensación térmica se estaba viendo alterada en minutos.

Aldrich la miró fijamente. La tenía muy cerca, y la impresión que descubrían sus pupilas no podía ser mejor. Intentó dirigir la conversación al plano laboral, aunque lo que le interesaba verdaderamente era bucear en la vida de aquella mujer.

—Inventar historias que reflejen tu propio mundo solo puede crearse en soledad, buscando en ti aquello que necesitas transmitir.

—El mundo de los escritores debe ser fascinante —contestó Edda.

—Aunque mi trabajo sea de mera correa de transmisión, adoro a las personas que son capaces de generar belleza. Y tú lo haces con las palabras porque la llevas por dentro.

Edda se sonrojó súbitamente.

—Gracias. Me lo tomaré como un cumplido de cortesía.

—Más bien como una muestra de la realidad. O de lo que me contagias.

—¿Te contagio eso?

—Sí. Y creo que mucho más.

Edda se puso nerviosa. Comenzaron a temblarle las manos al coger su copa. Necesitaba cambiar pronto de conversación o iba a derretirse allí mismo.

—El tiempo a veces es implacable con la belleza —dijo al fin.

—Depende. —Johanna mantenía la mirada fija y el talante frío, un poco divertida observando las tribulaciones de la mujer.

—Sí, supongo que depende.

—El tiempo no solo no marchitará muchas cosas, sino que las hace eternas, ¿no crees?

Edda Kittel no supo qué contestar. Entendía lo que la editora quería decirle, pero no se sentía con fuerzas, ni con argumentos, como para contestar algo sensato. Solo podía ver las palabras, y los pensamientos, y las razones por las cuales estaba allí, en los ojos avellanados de Johan Aldrich.

—¿No piensas igual?

La pregunta sonó como un aldabonazo en su cabeza.

—¿Cómo?

Johanna rio, feliz.

—Estabas distraída.

—No, no.

—Confiesa que un poco sí.

—Bueno, quizá un poco...

La editora pidió una segunda botella de vino.

—Gracias —se alarmó Edda cuando vio hacerle un gesto al camarero—. Creo que yo no voy a poder beber ni una gota más.

—Inténtalo —recibió como sugerente respuesta.

El camarero no tardó en llenar las copas de ambas. Aldrich alzó la suya.

—Por ti, Edda Kittel.

Unas cosquillas extrañas le recorrieron la boca del estómago. No solo era la primera vez que alguien brindaba por ella, sino que lo hacía una de las personas más importantes del mundo literario en Berlín. Y una mujer que le gustaba muchísimo.

—Gracias. Por esta velada, más bien.

—Por esta velada, si lo prefieres. Pero también por ti.

Johanna Aldrich la observó mientras bebían. El efecto del alcohol le estaba desinhibiendo, y un calor desconocido le subió desde los muslos hasta las ingles. Aquella mujer era atractiva, tenía encanto. No era una belleza, pero tenía un rostro agradable, que se acentuaba cuando hablaba. Unos ojos pequeños y oscuros se volvían saltarines cuando reía, confiriéndole un aspecto alegre y desenfadado.

El resto de la cena transcurrió entre un silencio tenso y algunas frases que evidenciaban una creciente tensión sexual.

—Me gustaría acercarte mañana a casa —dijo la editora, que percibía cómo aquella atracción le estaba trastornando en exceso.

Edda sintió que una emoción indescriptible gravitaba entre ambas. Era una mezcla de excitación y miedo latente que vagaba sobre sus cabezas.

—Oh, no es necesario.

—Insisto. Mañana por la tarde tengo concertadas unas entrevistas fuera de la editorial, pero vendré a por ti a las siete. En la misma esquina que hemos quedado hoy para almorzar.

Tal apreciación no parecía dejar lugar a más interpelaciones, así que Edda no se resistió más.

—De acuerdo. A las siete.

17

Allí estaba Johanna Aldrich, en el lugar convenido por ambas, recibiendo la llegada de Edda con una sonrisa.

—Hola —saludó esta, tras abrir la puerta del auto.

—¡Hola! Has sido muy puntual, pero te hubiera esperado igualmente.

—Gracias —se sonrojó Edda. A la editora le entusiasmaba aquel gesto de timidez.

—¿Nos vamos, pues?

Sin esperar respuesta, metió la primera marcha y salió del lugar donde había estacionado. Condujo con rapidez, comiéndose las curvas de las calles.

—¿Estás bien? —preguntó a Edda.

No lo estaba. Se había pasado toda la tarde inquieta por lo que podía suceder unas horas después. Había aceptado la invitación de Johanna en un impulso incontrolable porque necesitaba cada vez más su proximidad, pero sentía miedo.

¿Estaría preparada para todo? ¿Aldrich la dejaría a la puerta de su casa y se marcharía? ¿Debía invitarla a entrar?

Abrigaba un mar de dudas, que le provocaba un insoportable ardor en el estómago. Tenía pánico al hecho de que para Johanna todo aquello no fuera más que una distracción, una manera de pasar el tiempo después de la tensión que imprimía el trabajo en la editorial. Y ella, una tonta enamorada y, a la postre, engañada y ahogada en sus propios sentimientos.

—Sí, es que vas un poco deprisa, ¿no? —disimuló sobre lo que realmente le preocupaba.

—Tal vez. Estoy deseando llegar y poder sentarme tranquilamente.

—¿No estás cansada de permanecer sentada todo el día?

—Sí, pero hoy no he estado sentada contigo.

Edda quiso pasar por alto la apreciación. Aquellos comentarios de la editora, aunque los deseaba, conseguían mantenerle en un estado de tensión.

Tras unos minutos, Edda volvió a iniciar el diálogo:

—¿Y qué tal los asuntos que debías hacer hoy?

—Aburridos.

—¿Todos?

—No, acercarte a casa me parece apasionante. Por cierto, me dijiste que vivías por aquí...

Señaló con la mano, una mano firme y de piel bellísima que Edda Kittel no hubiera dudado en coger y besar allí mismo.

—Sí —dijo, con un hilillo de voz.

—Espera, quiero llevarte a un sitio.

Ante el asombro de su acompañante, viró hacia el lado contrario, cogiendo una avenida por la izquierda que le alejaba de la casa de Edda.

—¿Dónde vamos? —preguntó inquieta.

—¿Te espera alguien?

—No.

Johanna respiró aliviada. No sabía cómo hubiera reaccionado en caso de escuchar un sí por respuesta.

—Entonces, tranquila.

Tres calles más allá, la editora aparcó por fin su coche al final de una travesía.

—Sal, por favor —le indicó.

Edda no conocía la zona, y había perdido completamente la orientación.

—¿Dónde estamos?

En el horizonte, la luna se ofrecía grande y jugosa en la noche sobre Berlín, como jugosos le parecían a Johanna los labios de Edda. Esta notó cómo la editora la miraba y, simplemente, no pudo reaccionar.

—En el cielo —susurró Johanna.

Salieron en silencio. Caminaron calle abajo, a veces rozándose y a veces evitando hacerlo. Johanna sentía un furor que achacaba al vino, y Edda se sentía mareada, pero no por efecto del alcohol, sino por una placentera sensación que anegaba sus sentidos.

En la estrechez de la calle, con portales apagados y empedrado gris y antiguo, Edda tuvo la sensación de estar saliendo de la ciudad para adentrarse en un lugar sorprendente.

—Qué bonita es la noche de hoy, ¿verdad? —Quiso romper así la tensa cautela que crecía entre ellas, que no era sino la constatación de la tormenta que podía estallar en cualquier momento. Como esas horas calladas que terminan rompiéndose al anunciar la borrasca.

—Berlín es siempre bella.

Solo algunas viejas farolas alumbraban la calle y ofrecían su luz tenue. En una calle medio oscura, al lado de la editora, no se sentía la mujer más fuerte del mundo. Sabía que si Aldrich le proponía una locura allí mismo, no la iba a poder rechazar.

—Quiero enseñarte algo. Mira.

Aldrich le había cogido la mano y, con la otra, le señaló el horizonte de la urbe: una ciudad iluminada por una intensa luna que hacía de ella un espectro mágico.

—El alma de la ciudad. Desde que descubrí esta vista, he venido algunas veces en noches de luna llena para comprobar que la vida es bella, después de todo, y que existen cosas maravillosas que contemplar. Pero, ¿sabes qué? Me faltaba venir acompañada. No es lo mismo llegar hasta aquí en soledad que hacerlo con alguien a quien aprecias. Y yo quería mostrarte esto.

—Es muy hermosa... También lo que me has dicho.

Los ojos de Edda se llenaron de emoción contenida. La voz de aquella mujer, entre sensual y dolorida, sus palabras, la ternura que había en cada uno de sus gestos... todo ello conformaba un paisaje perturbador en el que sumergirse. Y ella estaba dispuesta a tirarse de cabeza.

—Solo quería enseñártelo a ti. Eres la primera persona a la que traigo.

Sus mejillas comenzaron a acercarse peligrosamente. Johanna se volvió y la miró como si estuviera descubriendo en ese momento todos los secretos de la vida en el rostro de su acompañante.

—Edda —susurró.

La tierra comenzó a temblar bajo los pies de Kittel, que se sintió la persona más frágil del mundo.

Un deseo de besarla allí mismo se apoderó de ella con tanta fuerza que olvidó que se encontraba frente a su jefa, una conocida empresaria cuyo nombre aparecía con demasiada frecuencia en los titulares de los suplementos de cultura, y que cualquiera de sus pasos figuraba al día siguiente en los artículos de sociedad de cualquier periódico.

Lo olvidó todo por unos instantes; y todo lo que recordaba no le importaba. Solo era capaz de percibir el aliento de aquella boca que le atraía hasta el delirio.

—Johanna —se oyó decir Edda en un gemido, sin estar segura de si había sido escuchada.

Ambas sintieron parar el tiempo, y el frío que las atenazaba en un principio y que soportaban ahora sin apenas percibirlo. Un clima gélido sofocado por el calor de la proximidad de sus cuerpos, porque su mundo en aquellos momentos

se hallaba inmerso en una luminaria gigantesca.

—Bésame —murmuró la redactora.

Aldrich cerró los ojos y a punto estuvo de marearse. Advirtió que el deseo podía más que su voluntad, y que la locura por amar a aquella mujer le sacudía el alma.

Se acercaron aún más, rozándose casi los labios.

De repente, y como si se hubiera despertado de un espeso encantamiento, Edda Kittel volvió en sí y se apartó bruscamente.

Su gesto fue áspero, casi violento.

El momento fugaz y mágico se esfumó, y ante Aldrich apareció una Edda distante y desconocida, atemorizada por ser solo un juguete en manos de su pigmalión.

Bajó el rostro, casi avergonzada.

—Vámonos, o se hará tarde.

—Pero Edda...

—Por favor —suplicó.

—Está bien.

Sí, ya era tarde, muy tarde. No por la noche, que seguía su curso estrellado, sino porque el embrujo del instante se había disipado por completo, disolviéndose como agua entre los dedos. Quizá para siempre.

Qué pocos segundos había durado la felicidad.

Ambas regresaron sin hablar hasta el coche por la misma calle por la que habían llegado. No hubo roces, ni estremecimientos ante cualquier sensación; solo silencio y vacío.

—Johanna, me ha gustado mucho que me trajeras hasta aquí. Me ha parecido un detalle precioso.

Lo dijo con tristeza, sabiendo que esa era la realidad que le tocaba vivir, y no la acontecida hacía unos minutos.

—Gracias —dijo la aludida, con la vista fija en el horizonte.

—En cuanto a lo sucedido antes...

—¿Qué ocurre? —preguntó Johanna, sin saber muy bien lo que Edda quería decirle.

—Ha sido muy bonito, pero...

—Sí, lo ha sido.

—No debería repetirse, ¿no crees?

Johanna fingió no haber escuchado nada.

Y Edda tampoco hizo ademán alguno de contestar a su propia pregunta.

V.

LA MUJER DE LA QUE ESTOY ENAMORADA

18

La luz del mediodía se abría cálida y blanquecina, un tanto tenue por el frescor del ambiente. A esa hora, el centro de Berlín rebosaba de actividad y vida. Los cafés se encontraban atestados de gente leyendo, charlando mientras comían o siguiendo el cotidiano deambular de la calle.

Johanna y Edda no habían vuelto a mencionar lo sucedido la noche anterior. Como en un pacto no escrito, las dos lo evitaban de forma consciente.

Para romper aquella frialdad, Aldrich la invitó a dar un paseo y a almorzar en un restaurante discreto y un tanto apartado de la vorágine comercial de la ciudad. Después de una mañana complicada de trabajo, le apetecía poder hablar con ella con total tranquilidad.

En él, y al otro lado de una pequeña mesa de madera de haya, saboreando un puré de guisantes y ensalada de patatas, Edda miraba a Johanna con sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

La redactora no se lo podía creer, por eso hizo tontamente una pregunta retórica:

—¿De verdad te gustaría leer algo mío?

Johanna no vaciló. Le había dolido su rechazo al contacto físico de la noche pasada, pero le gustaba la frescura de aquella mujer, aún no contaminada por el basurero en el que podía convertirse el mundo literario. Y por eso, y porque conocía su talento, le había pedido un manuscrito propio.

—Pues claro que sí. ¿Por qué te sorprende? Leo mucho. Me dedico a ello.

Era cierto, y Edda se sintió torpe. No había nada de extraordinario en que una editora pidiera un manuscrito original a alguien que escribía. Sin embargo, la sola pretensión de que Johanna quisiera leer cosas suyas le llenaba de una felicidad distinta, que iba mucho más allá de la relación normal entre profesionales.

—Lo sé, pero a veces me siento insegura. ¡En la editorial entran decenas de manuscritos todas las semanas! Es como si todo estuviera ya dicho, como si nada

fuera capaz de sorprender.

—Eso tiene una parte de razón: quizá ya esté todo escrito. Amor, odio, venganza, traición... Son los temas clásicos que se vienen contando desde que el ser humano comenzó a narrar historias, cuando aún se vestía con pieles de animales y vivía en cuevas. Es la manera de decirlo la que marca la diferencia.

—El estilo.

—Eso es, tu estilo, tu sello a la hora de saber traspasar el corazoncito de los lectores. Atrápalos con tus palabras y serán tuyos para siempre.

—¿Y qué te hace suponer que el mío lo tiene?

—¿Estilo? No me cabe ninguna duda.

Edda miraba a la editora con una mezcla de amor y admiración. Observó la elegancia de sus manos, moviéndolas sin cesar al hablar, y el encantador rictus de su rostro cuando conversaba sobre cosas que dominaba. No podía imaginarse qué sería de sus días sin la presencia de aquella mujer. Solo concebir que no se hallara en ellos le sumía en una desazón incontrolable.

—¿En qué piensas ahora? —le preguntó Johanna, sacándola de su mutismo.

—En nada.

—Te has quedado como... embobada —rio.

—Meditaba en lo que decías. —Azorada, intentó salir de aquel brete sin parecer estúpida.

—¿En qué de todo ello?

—En que presuponías que te iba a gustar mi estilo.

—Así es.

—¿Y por qué lo crees, si aún no has leído nada?

—Tienes razón, pero empiezo a conocerte.

—Yo a ti también —confesó, no pudiendo ralentizar los latidos de su corazón, que estaba segura que podían ser escuchados hasta por el camarero.

—Me vas conociendo... —Partió un trozo de pastel de queso y salchichas.

—Sí, ¿y sabes? No eres la persona difícil que dicen por ahí, aunque ya lo sospechaba.

Aldrich arqueó las cejas, entre sorprendida y halagada.

—Ah, y por eso te has quedado embobada por mí hace un momento. Quizá aún sigues.

Aquello supuso un trallazo en la línea de flotación. La intención con que habían sido pronunciadas, unido al gesto pícaro de la editora, la desarmaron por completo.

—¿Cómo?

—Tranquila, era solo una broma.

—No, no —se revolvió en su silla—, es que no sé por qué...

—Edda, no he dicho nada.

—Claro que sí.

—No, no lo he dicho —corroboró.

—Que yo estaba embobada por ti.

—Era solo un comentario.

Edda suspiró antes de contestar:

—Es que es verdad.

Ya está, ya lo había dicho.

Y sin que, por primera vez, le temblaran hasta las pestañas. Muy al contrario, sintió una corriente de energía cálida atravesándole la espalda y girando para asentarse en su abdomen. Una electricidad purificadora, desconocida hasta entonces, con la que se sintió más atractiva.

Tuvo conciencia de sí misma, de su cabello brillante, de sus ojos pequeños y expresivos, de su cuerpo atractivo, pero delgado como el tallo de una flor. Y desde esa atalaya miraba a la mujer que tenía enfrente, a la que ya no admiraba como a una diosa, ni le aturdió su conversación hasta embelesarla.

El hecho de trabajar con ella día a día, cerca, compartiendo problemas y buscando soluciones a problemas triviales, le había despojado de aquel halo de estrella lejana hasta llevarla hasta la palma de su mano, desde donde podía mirarla sin que se le cayeran las lágrimas.

Porque ahora amaba a una mujer, no a una heroína de cuento. La conocía, hablaba con ella, podía tocarla y bromear sobre lo frío que habían servido el bistec y lo caliente de la ensalada.

Era Johanna Aldrich. No la famosa y hermética editora, a quien todo el mundo reverenciaba, con una agenda repleta de contactos de gran nivel, sino una mujer normal, que reía y se mostraba a veces pícara, o a veces maravillosamente insolente.

Y se lo había dicho.

Lo reconozco, estoy embobada por ti, y se lo repetiría mil veces porque era verdad, y así había sido desde el primer momento en el que la vio y sintió una sacudida que no había experimentado jamás. Una atracción tan física, incluso química, que no permitía que su pensamiento se desligara de la figura de una mujer a veces tan enigmática, pero siempre deslumbrante.

Aldrich dejó el tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca. En vez de eso, y sin dejar de mirar a Edda, bebió unos sorbos de agua.

—¿Embobada por mí?

Edda sabía que ya no había vuelta atrás y que era inútil disimular. Tarde o temprano se daría cuenta de sus sentimientos, si es que no lo había hecho ya.

—Eso he dicho. ¿Te ha molestado?

Johanna parpadeó. Era ahora ella la azorada. Simplemente, no se esperaba una reacción así de su compañera de mesa.

—No, en absoluto. Al contrario.

—¿*Al contrario* significa que te ha gustado?

Johanna Aldrich cogió aire y lo expulsó despacio, como si necesitara que sus pulmones estuvieran totalmente limpios para ayudarle a respirar con normalidad y no con agitación.

—Sí, me ha gustado.

Edda sintió que las tornas habían cambiado, y que era ella la que mantenía la posición de poder, mientras la editora se resguardaba como un cervatillo asustado.

—Lo celebro —dijo, con una creciente fuerza en cada una de sus palabras. El rostro, entre asustado y sorprendido de Aldrich, le regalaba una iniciativa que siempre creyó imposible.

Pero la editora era una mujer con experiencia, y sabía cómo moverse en cualquier tipo de conversación, incluso aquella en la que el flirteo sobrevolaba por encima de las cabezas de las comensales.

—¿Y puedo preguntar por qué te has embobado?

—Bueno, es evidente que porque me gustas. —Edda dejó caer la bomba a sabiendas que podía dinamitarlo todo, pero convencida de que la guerra debía decidirse ya, de uno u otro lado, puesto que estaba empezada.

Johanna Aldrich bajó la vista y continuó comiendo. Edda la desarmaba con frecuencia, y con aquella declaración, aún más. Quizá no había sido buena idea que trabajaran juntas. Se lo había propuesto porque veía en Kittel un talento que deseaba tener cerca. ¿Era eso, realmente? ¿O era la invisible conexión que se forjaba entre ambas cada vez que se sentían cerca? Pero Edda la había rechazado, y eso no lo olvidaba. ¿Qué demonios quería ahora? Tal vez se estuvieran confundiendo las dos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Edda, aterrada porque su silencio fuera el mensajero mudo de malas noticias. Quizá se había precipitado, pero ya no era capaz de contener lo que sentía, y hablar con Johanna como si fuera simplemente su jefa se le tornaba insoportable.

Johanna levantó la mirada. Tenía un velo opaco en los ojos, que se mostraron

fríos. Edda supo de inmediato que las cosas no iban bien y que, con seguridad, la editora interpondría un muro entre ellas lo suficientemente alto como para que no pudiera otear por encima.

—No. Solo que debemos de volver pronto a la oficina.

Era lo que temía escuchar, pero entonces Edda sintió de nuevo esa energía que le había acompañado segundos antes, y que le empujaba hacia el abismo; un precipicio tan peligroso como necesario.

—Perdona, me he equivocado —dijo.

Johanna inclinó levemente la cara, sin comprender. Edda continuó:

—No quería decirte eso. Lo que ocurre no es que me gustes: es que estoy perdidamente enamorada de ti. Desde siempre. Ahora, creo que, en efecto, debemos dejar de compartir despacho.

19

Las siguientes jornadas fueron extremadamente duras para Edda Kittel. Un intenso abatimiento se había apoderado de su semblante y la ilusión se le escapaba a chorros por todo su cuerpo.

Estar enamorada le hacía sufrir terriblemente, incluso ahora que la cercanía con Johanna era un hecho. O quizá por eso. Cualquier signo de acercamiento de la editora le parecía hiriente, porque sentía que mentía, que no era más que una travesura de la gran empresaria para desfogarse de sus momentos de ansiedad por el trabajo.

Pidió la baja médica después de una milagrosa gripe que vino a salvarla de tener que volver a la editorial en aquellas fechas. Pero la enfermedad pasó y, una semana después, tuvo que regresar a su mesa habitual, con los asuntos atrasados que ella misma había pedido bajar del despacho de Johanna.

Sus compañeros, desde que abandonara su puesto para colaborar directamente con Aldrich, la miraban con un respeto temeroso. Contentos por volver a tenerla cerca, sabían que algo importante había pasado para que su compañera regresara a la sección de Administración y Contenidos. Allí donde los empleados trabajaban a destajo sin el menor reconocimiento.

—Podéis seguir bromeando como de costumbre, chicos. Incluso de Aldrich. No se lo voy a contar.

Lo había dicho con un retintín amargo, aunque intentara parecer amistosa. Nadie abrió la boca. La tensión se percibía a cien leguas.

—¿No vais a decir nada? Estáis muy serios, últimamente —incidió.

Kristin apartó unas cartas y las dejó sobre un montón de folios que debían ser archivados. Frunció el ceño y se dirigió a Edda.

—No hemos dejado de bromear por eso, sino porque no te vemos bien. La redactora miró a los tres, uno detrás de otro.

—¿Que no me veis bien? No os entiendo. Me encuentro perfectamente. Maximilian Akori se encogió de hombros, sin querer entrar en detalles.

—Si tú lo dices.

—Podéis hablarme con total libertad —invitó ella.

Durante los siguientes segundos, nadie quiso ponerle el cascabel al gato.

—No es por nada en concreto —dijo finalmente Fred, apartando la pantalla de su ordenador para poder observar el rostro de Edda—, solo que te notamos... ¿Cómo decirlo? Triste.

—Eso es, triste —acompañó Kristin.

—Pues no lo estoy, os equivocáis. —Edda volvió a sumergirse en la pantalla de su computadora sin querer ofrecer mayores explicaciones.

—No te lo tomes a mal. Nosotros te apreciamos.

Max lo dijo con sinceridad, con ese aire de perrito faldero que lame las heridas de su dueño para intentar que cicatricen cuanto antes.

Edda comprendió que sobrevolaban demasiadas dudas en el ambiente:

—No me echó de su despacho, si así lo creéis. Me fui yo.

Guardaron un tenso silencio. Se había rumoreado por los pasillos que una acalorada discusión entre la empresaria y la redactora había terminado con esta volviendo a su anodina mesa de siempre. Otros aseguraron que la propia Aldrich tenía celos de la inteligencia de Edda, y que deseaba mantenerla lejos. Tampoco faltó quien argumentaba que el asunto tenía visos de tratarse de un amor no correspondido; lo que no quedaba claro era por parte de quién de las dos.

Sus tres compañeros no entraron en habladurías. Se conocían ya de muchas horas compartidas en la sección, los desayunos, los eventos de la editorial y alguna celebración de cumpleaños, así que se defendían entre ellos como los miembros de una manada frente a la vorágine del mundo empresarial.

—Supongo que se habrá dicho de mí cualquier cosa —dijo Edda, pensando que eso era precisamente lo que siempre había tratado de evitar. No por ella, sino para no poner en un aprieto a Johanna.

—Ya sabes lo que es una empresa donde trabaja tanta gente. Siempre hay habladurías —comentó Kristin.

—Pero no deben importarte. Como no nos importa tampoco a nosotros.

Fue Max quien tomó la palabra en nombre del resto, dejando sentada la opinión de los tres:

—Edda, nos trae sin cuidado lo que haya pasado. Te conocemos bien a ti y te queremos. Lo demás, no importa. Y si antes bromeábamos sobre Aldrich era porque todos nos sentíamos en este lado del barco, mientras ella navegaba desde la proa, al frente del timón. Ahora no te vemos feliz, por eso guardamos silencio y creemos que los chistes están de más.

Todos asintieron cada una de las palabras de Max. Edda pensó que, lejos de

las tensiones por el trabajo y la disparidad de opiniones en muchos asuntos laborales, sus compañeros eran grandes amigos. Además de conversaciones triviales sobre parejas, vacaciones o viajes, formaban una pequeña familia que se iba conociendo día a día. Que se respetaban cuando olían que algunos asuntos trascendentes, alejados de la común rutina, desvirtuaban la estabilidad de su relación.

—Gracias, chicos. Os lo agradezco.

Aunque había dos cosas que Edda no podía compartir con ellos. O no debía, al menos.

Porque se trataba de dos asuntos en las que se encontraban implicadas terceras personas.

Uno de ellos era el amor que sentía hacia Johanna Aldrich.

El otro, aún podía desvelarlo menos.

20

La policía salió con discreción del edificio de la editorial Shesays. Había llegado a primera hora de la mañana y sin avisar, queriendo hacer unas preguntas a algunos empleados de la sección de publicidad, a un contable, Federico Holer, al jefe de protocolo, Edward Suh, y a las tres socias mayoritarias, en relación con la muerte de Lucretia Lorenz. Lo hizo por turnos y de manera independiente, de manera que ninguno pudiera escuchar la declaración de los otros.

La noticia había corrido como un reguero de pólvora y nadie era ajeno a ella. La investigación seguía su curso y lo que en un principio pareció una muerte accidental provocada por un excesivo consumo de barbitúricos, había mutado en una inspección más seria.

—Tenemos abiertas varias líneas de investigación y todas las hipótesis —le había aclarado el inspector Koch a Jacob, ante las dudas de esta.

—Pensaba que el caso estaba cerrado —apuntó Aldrich.

—No, no es así. Aún tenemos dudas sobre lo que finalmente pudo suceder.

El policía se atusó su pelo blanco y abundante, que apenas apuntaba algunas entradas en la sien. Venía acompañado por otros dos agentes, ambos vestidos de uniforme, y la sesión de preguntas quedó terminada en poco más de una hora. Cuándo y de qué modo habían conocido a la escritora, cuándo la vieron por última vez, dónde se encontraban en el momento del suceso... Cuestiones que ya habían sido abordadas en un principio, al encontrarse el cuerpo de Lucretia Lorenz en su domicilio, pero que se repetían, esta vez pidiendo mayor concreción y detalles.

Al término de la rueda de interrogatorios, los empleados regresaron a sus puestos y las mujeres charlaron unos instantes con el comisario.

—Señor Koch, ¿tienen ustedes nuevas informaciones? ¿Algo que desconozcamos? —le preguntó Jacob.

El policía recogió sus folios, y algunas fotografías que habían sido mostradas, y lo introdujo todo en una cartera de piel.

—No, no exactamente. La autopsia ha sido concluyente. La señorita Lucretia

Lorenz murió por sobredosis de pastillas, mezcladas con alcohol.

—¿Entonces?

El agente subió la barbilla y estiró el cuello, queriendo dar realce a lo que estaba a punto de comunicar.

—Creemos que no estaba sola en el momento de su muerte.

Las tres socias se miraron entre sí. Aquello sí suponía una novedad respecto a lo que sabían.

—¿Lo tienen comprobado? —interrogó Aldrich.

—Aún tenemos que cotejar algunas huellas para estar completamente seguros.

—¿Hay huellas? —Carla Montana y Virginia Jacob preguntaron casi al unísono. Ahora se explicaban por qué habían sido solicitadas las de medio centenar de empleados y directivos de la editorial una semana antes.

—Las hay, en efecto.

—¿De alguien conocido?

—Señoras, no puedo facilitarles más datos.

Los policías se dirigieron a la puerta de salida de la sala de reuniones, donde había tenido lugar el encuentro.

Antes de perderse por ella, Koch se volvió:

—Si recuerdan algo más, por favor, notifíquelo en comisaría, se lo ruego.

Se fueron con la misma discreción con la que llegaron, a pesar de que su presencia no había pasado desapercibida para nadie. Las tres mujeres respiraron con cierto alivio, si bien el hecho de que la investigación no se hallara cerrada suponía una dosis más de aflicción.

—¿Qué opináis? —preguntó Aldrich a sus compañeras.

—Huellas. Interesante —susurró Jacob.

—Y desasosegador. ¿Mi opinión? —se adelantó Montana—. Que quizá tengamos aquí un buen argumento para una magnífica novela policíaca.

Edda Kittel había dejado de esperar a Johanna en el vestíbulo del edificio cada mañana, a las 8.55 horas.

Tampoco quería hacerse ya la encontradiza, ni se asomaba por encima de las cabezas cuando caminaba por el pasillo de cualquier planta, por ver si la editora pasaba. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. Un dolor profundo se había apoderado de su pecho y de su vientre. Un sufrimiento emocional que se reflejaba en su cuerpo físico hasta hacerle difícil incluso caminar erguida.

Sabía que sus días en la empresa estaban contados.

Sabía que no tardaría mucho en tener que abandonar su puesto, cuando el

dardo de las críticas y las habladurías se tornaran insoportables entre todos los empleados de la Shesays, inventándose a buen seguro cosas que no había sucedido, y que no llegarían a suceder.

Y cuando la indiferencia de Johanna, que había comenzado a leer en sus ojos en aquel almuerzo donde le había revelado sus sentimientos, se incrementara hasta hacerse insalvable.

Porque así sería. Edda lo pensaba con sinceridad. La editora de fama en todo el país, con ventas en medio mundo, no podría sino reírse del amor que le profesaba una modesta empleada de una sección invisible de su empresa. Como si una hormiga obrera intentara enamorar a la reina del hormiguero.

Lo mirara por donde lo mirara, no veía una salida.

Y no sabía qué le dolía más: la ausencia en su vida de Johanna o su desprecio. Ella no quería ser un juguete en manos de nadie.

Ni siquiera en las de la mujer de la que estaba enamorada.

21

Max llegó con aire distraído, mientras sus compañeros despachaban los asuntos del día, entre los que se encontraban las farragosas liquidaciones semestrales de derechos de autor de los novelistas en plantilla. Un laberinto de hojas Excel con cientos de pequeñas celdas y decenas de pestañas en la parte inferior. Akori llevaba también bajo el brazo unas delgadas carpetas de cartón con encargos de la sección de novedades editoriales para el otoño.

—Más trabajo, chicos.

Todos levantaron la cabeza al escucharlo, y su entusiasmo rodó por los suelos.

—Odio los finales de semestre —bufó Fred.

—Por cierto, Edda... —Max dejó caer sobre la mesa de un golpe todas las carpetas.

La aludida se rascó la nariz. Intuía que lo que iba a decirle su compañero podría acelerar sus nervios.

—Edda, la jefa quiere verte en su despacho.

Ahí estaba. No se había equivocado. Todos se agazaparon tras su pantalla, menos Edda, que miró a Max aterrada.

—¿Cómo?

—Eso, que subas a la oficina de Aldrich.

Parpadeó, mientras el resto se miraba de reojo, sin atreverse a realizar ningún comentario.

—¿Ahora?

Max se sentó en su puesto.

—Me temo que sí.

La mujer tomó un aire que se le escapaba a borbotones y volvió a engullirse en el Excel y los espacios rellenos con números que poblaban la pantalla de su ordenador.

—Ahora no puedo. Debo terminar esto —dijo, con fingida indiferencia.

—Edda... —Max puso los ojos en blanco.

—Después.

La mano de Kristin se posó cariñosa sobre la de su compañera.

—Edda, no seas testaruda: te ha mandado llamar la presidenta, no hay discusión. Tú eres una empleada suya. Punto. Aunque no te apetezca.

—Eso es. Aunque no te apetezca, debes ir —terminó de apuntillar Fred.

—Es que estoy ocupada con esto y lo suyo seguro que es una tontería.

—¡Edda, no seas niña!

—Más tarde.

—No. Ahora —dijo Kristin, tajante.

Max la miraba con ojos de perro Doberman a punto de saltar a la yugular más próxima, y Edda se sintió desarmada, sin posibilidad de defenderse mucho más.

—¡Oh, está bien! —bufó—. Sabéis cómo ponerlos insoportables.

Se levantó con toda la desidia del mundo y, arrastrando los pies, dejó atrás la mesa de trabajo, con seis ojos clavados en su espalda, para buscar el ascensor que le ascendiera a la octava planta y al despacho de la editora.

Aldrich se hallaba de pie, leyendo un informe en una *tablet* de última generación cuyas pantallas pasaba de prisa.

Manténía una actitud un tanto rígida, según le pareció a Kittel, lo cual no favorecía el encuentro en modo alguno. Se había quitado la americana, que descansaba en el respaldo de su sillón de directora, y lucía un jersey de cuello alto, ajustado a su cuerpo como un guante. La cuidada silueta de la directora se recortaba por la luz que traspasaba los amplios ventanales, abiertos a la parte más glamurosa y cosmopolita de Berlín. Estaba preciosa, se dijo Edda antes de cerrar los ojos para no seguir admirándola.

Había entrado después de ser anunciada por Sunny, quien le advirtió previamente que el humor de la editora aquella mañana era absolutamente indescifrable.

—No sabría decirte. Tiene uno de esos días neutros donde puede condecorarte o hacer estallar todo por los aires.

Edda suspiró.

—Me arriesgaré.

—Suerte —le dijo la secretaria, cruzando los dedos.

Una vez dentro, Edda comenzó a temblar ligeramente. No por miedo, sino por el nerviosismo de tener a Johanna de nuevo tan cerca.

—¿Sabes? —comentó esta al escucharla entrar, sin levantar aún la cabeza—. La gente cree que trabajar en una editorial es apasionante, siempre leyendo

novelas y apostando por nuevos valores. Pero lo cierto es que nos pasamos la vida analizando datos de lanzamiento, las variables de cifras de venta o cuadrando números para no irnos a pique en cualquier momento.

Edda se mantuvo en silencio.

—Creen que es un trabajo fácil. Y hasta creativo.

Alzó entonces los ojos y sus miradas se encontraron.

—Aun así —comenzó a hablar entonces Edda—, es mucho mejor que medio centenar de empleos que podría nombrar ahora mismo.

Aldrich la observó admirada, y no disimuló al recorrerla con la vista desde la punta de los pies hasta la cabeza. Aunque era su mente y su capacidad crítica y de raciocinio lo que más le atraía de ella.

—Me entusiasma tu positivismo. Eres una mujer decididamente optimista.

—Gracias.

—Ven, siéntate —invitó, abriendo una silla en un lado de la mesa.

Edda pensó de inmediato en la puerta de salida. Lo que más deseaba era huir de allí lo menos herida posible.

—He dejado mucho trabajo sobre mi mesa —se aventuró a decir.

—Puede esperar.

—No estoy segura. Se trata de las liquidaciones del semestre.

—Pues tráetelo aquí —señaló de nuevo la silla—. Vamos, siéntate.

Edda obedeció, y Johanna comenzó a caminar a su alrededor mientras hablaba, sin despegar los ojos del contenido de su dispositivo electrónico.

—Desde la última jornada de trabajo que mantuvimos, hay algunas cosas que no hemos definido.

—La editorial ha seguido funcionando.

Aldrich rio, pero se trató de una risa forzada. Era evidente que no se encontraba cómoda en aquella situación.

—Supongo. Pero cuando se trabaja en equipo y se hace bien, los asuntos fluyen con mayor facilidad.

—Algunos más que otros.

—Los estrictamente laborales —puntualizó la editora con rapidez.

—Los estrictamente laborales...

—Sobre los otros no estamos hablando.

Edda no tenía muy claro cuáles eran las pretensiones de Johanna, ni cómo iban a transcurrir los siguientes minutos. Hubiera dado cualquier cosa por no estar allí. Que jugara con ella le rompía el alma.

—Me habías mandado llamar, ¿no es cierto?

Aldrich pareció despertar de un sueño, o bajar de la nube donde estaba instalada desde que Edda Kittel traspasó la puerta.

—Sí. Necesito que vuelvas a trabajar aquí, conmigo.

—No sé si eso va a ser posible. Además, me encuentro muy cómoda en mi actual puesto.

—Olvídalo. Aquí serás más útil a la Shesays.

—La editorial funciona perfectamente así.

—La editorial también realiza ajustes dentro de su plantilla, y esto se trata de una decisión empresarial. Te modificaré el contrato.

Se acercó a su mesa y buscó entre un montón de papeles. Encontró un par de folios grapados y firmados con su rúbrica. Se los tendió a Edda, por primera vez con una sonrisa natural en los labios.

—Aquí está. Ya lo he formalizado, de hecho.

—Esto es... —los recogió, un tanto confusa.

—Tu nuevo contrato.

Edda creyó que se iba a desmayar allí mismo. ¿Qué debería hacer?

—Gracias, pero... —balbuceó.

—Edda, es tu nuevo contrato —sentenció Aldrich—. Y quiero que empieces hoy mismo. Hay mucho trabajo por hacer.

Se sentó enfrente de ella, dispuesta a empezar. Johanna Aldrich se dio cuenta de que se encontraba en uno de los momentos más más difíciles de su vida. Por un lado, no deseaba mantener una relación sentimental con una empleada de la empresa, algo que no estaba prohibido en la editorial, aunque sí sujeto a todo tipo de incómodos chismorreos. Por otro, la diferencia de estatus dentro de la misma podría ponerla en evidencia, y no pocos la enjuiciarían, atribuyéndole un abuso de poder sobre alguien inferior en la escala.

Qué sabían ellos.

Sin embargo, había que caminar con pies de plomo. Pensar las cosas y no dejarse llevar por pasiones encontradas. Quizá fuera todo tan solo una ilusión, una quimera, y aquel sentimiento que le atrapaba el alma no era sino ficticio, tan irreal como los argumentos de los manuscritos de novelas que estaba acostumbrada a diseccionar día tras día en el silencio de su despacho.

VI.

EL LOCAL DE BRAYS

22

Si en algún momento pensó que aquello iba a resultar una buena idea, y que el hecho de mantener a Edda a su lado trabajando favorecería que la desazón que sentía en su interior se aplacara, se equivocaba de pleno.

Lo comprobaba cada jornada. Edda Kittel entraba, resuelta y optimista, aunque algo menos alegre que cuando la conoció, y le desbarataba la vida con solo dirigirse a ella. Con sus notas manuscritas sobre los dosieres que preparaba, sus ideas siempre frescas y la iniciativa de llevar a cabo nuevas propuestas, Aldrich se dejaba aconsejar, mientras escuchaba sus explicaciones con atención a sus palabras, pero también a su boca y a sus hombros, o a la finísima curvatura de sus caderas. Cada roce de dedos, cada risa en sus oídos, se convertía en un pasaporta hacia el cielo.

—¿Y bien?

Era evidente que Edda había concluido una de sus disertaciones, y ahora aguardaba su aprobación con los brazos en jarra.

—¿Y bien? —Aldrich se sintió atrapada. Había perdido la concentración hacía minutos, algo de lo que no se arrepentía.

—¿Qué te ha parecido esta nueva batería de fórmulas?

—Ah, bien.

—¿Las has escuchado o estabas distraída?

—¡Por supuesto que las he escuchado! —Quiso sonar muy ofendida.

—Perdona, es que juraría que te he visto abstraída en otras cosas.

—No, no.

—Habrán sido figuraciones mías.

—Solo pensaba.

—¿Algo sobre lo expuesto?

—Sí, esta última línea... La del esquema.

—¿Cuál? —Repasó sus notas.

—La de la producción —Aldrich tenía experiencia como para atender a todo al mismo tiempo.

—¿Las propuestas a nuestros escritores para que mejoren su producción?

—Eso es. No sé si va a ser factible. Tendré que someterla al criterio del resto de socias.

—Contaba con ello, pero les gustará.

—Sí, están siempre abiertas a nuevas ideas, pero habrá que detallarlo un poco más.

—¿Quieres que lo haga? Puedo preparar un informe con las pautas de los años anteriores y las posibilidades que nos ofrece este plan.

—Números, resultados, Edda; eso es lo que van a pedirnos.

—Bien —estrelló sus dedos en los folios—, pues eso les daremos.

—Eres magnífica, ¿lo sabías?

Aldrich lo había dicho con toda franqueza, sin pensar en incomodar a la destinataria de sus todos sus pensamientos desde hacía días.

—Johanna, estamos trabajando.

A la editora no le gustó que se lo recordara, ni tampoco el escaso romanticismo con el que lo había hecho.

—Lo sé. Era solo una reflexión.

Tras pronunciar estas palabras, Aldrich no aguantó más el vaivén de su pecho, que palpitaba a mil por hora. Se levantó de pronto y bordeó la mesa para llegar hasta Edda que, de pie, la vio acercarse con la turbación en el rostro.

Se puso a su altura, a muy pocos centímetros de ella.

—Johanna...— murmuró, en un alegato inútil por pedir clemencia.

Johanna cogió con su mano el rostro de la mujer y lo acercó para sí. Sin pensarlo, y sin dejar que la mujer actuara, hundió su boca, bien abierta, en la de ella, saboreando el camino de labios y dientes, y penetrando con su lengua con una fuerza inusitada.

La besó con una fuerza salvaje, enjugando en aquellos movimientos toda la pasión contenida durante tanto tiempo. Edda se sorprendió al principio, pero después se mostró rendida ante el gesto. Ansiaba aquella cercanía, aquel ardor descontrolado de la editora, que le abrasaba el cuerpo entero y el corazón. Deseaba no solo besarla, sino poder tocar hasta el último centímetro de su alma; morder su piel, aspirar su olor con los cinco sentidos, engullirla por completo.

Mientras se devoraban, gimieron con sonidos sordos, abrazadas, besándose fogosamente sin tiempo para la pausa. Edda se sintió desfallecer. Había perdido por completo el norte, y el único instante en el que le apetecía vivir en los próximos años era en aquel beso. Hacerlo infinito, porque el contacto con Johanna le sumía en un éxtasis imposible de explicar, en una explosión de

sentimientos que afloraban con una intensidad de locos.

La editora alargó su brazo hasta la cintura de Edda y esta, sin ninguna timidez, apoyó la palma de su mano sobre su vientre. Johanna tembló al notar el tacto, se estremeció y su respiración se aceleró sin poder controlarla.

—Sigue —se escuchó decir. Quería más, necesitaba más de Edda.

—¿Seguro?

—Sigue, por favor...

Aquella súplica la llevó al delirio, pero, de repente Edda apartó los labios de la mujer y se retiró unos centímetros de ella.

Un juguete. Está jugando conmigo y solo soy un pedazo de carne para darle placer.

¿Qué pensarían sus compañeros al verla humillada? Todos dirían que ya se lo advirtieron.

—Lo siento —balbuceó, mientras bajaba la cabeza, avergonzada.

—Qué... qué pasa. —Aldrich la miró sorprendida, conteniendo sus ganas de avanzar.

—Nada. Solo que debo irme.

—¿Cómo que debes irte...? ¿Ahora? —Abrió los ojos en señal de asombro.

—Sí. —dijo, recolocándose la ropa. Luego, se giró sin decir nada, evitando encontrarse con su mirada.

—Pensaba que... que querías seguir —murmuró Johanna torpemente, sin pensar siquiera en sus palabras. Solo que necesitaba ir más allá o se volvería loca.

—Pues no, te has equivocado.

Se recompuso el pelo un poco y respiró hondo. Aún notaba el sabor salado del beso de Johanna en la boca, lo que no ayudaba mucho a la hora de retirarse.

—Debo irme. Supongo que nos veremos en otro momento.

—Claro. —A Johanna le dolió la frialdad con la que Edda había pronunciado aquellas palabras. ¿No había dicho que ella le gustaba? ¿A qué venía ahora todo aquello?

—En cuanto a lo del nuevo puesto...

Aldrich se dejó caer pesadamente en su sillón. Se sentía derrotada y muy malhumorada.

—Da igual, Edda.

—No, no da igual.

—No quiero que te veas comprometida.

—Y no lo haré —resolvió, tajante—. Mañana mismo empezaré. A las 8.55,

como de costumbre ¿no?

—¿Cómo? —La editora alzó el rostro, que había comenzado a nublarse con un velo sombrío y triste.

—¿No es eso lo que me has propuesto?

—Sí, pero... —La miró, aturdida.

—Hasta mañana —confirmó Edda.

Y dicho lo cual, giró sobre sus talones y se dirigió hasta la puerta para desaparecer por ella, dejando a Johanna tan confundida que no supo cómo reaccionar en los siguientes minutos.

23

Johanna Aldrich necesitaba una copa. El día había resultado extraño, así que la mejor opción era hacerle una visita a su buena amiga Brays Wood, en el *Die Haut*.

Salió de la oficina con la cartera llena de papeles y problemas a partes iguales, y la mente distraída por la última conversación mantenida con Edda. Aquella mujer le atraía sin poder remediarlo, pero también era capaz de confundirla hasta la exasperación.

¿Qué sentiría en verdad? ¿Era cierto que estaba enamorada, tal como le había dicho, o era una obnubilación hacia su puesto de directora?

A veces era difícil discernir si las personas que se le acercaban lo hacían con sentimientos reales o era todo mera ilusión. Y de ilusiones y ficción ella ya estaba más que sobrada.

Tampoco sabía si se sentía preparada para entregarle por completo el corazón a alguien. El pasado dolía, y mucho, y volver a empezar nunca es fácil.

La ciudad de Berlín estaba iluminada en aquellas horas del inicio de la noche, en un otoño que regalaba frío y algo de lluvia de forma continua.

Condujo pisando el acelerador más de lo conveniente, deseando llegar al local, ver a su amiga y poder olvidar muchos asuntos pendientes en la editorial y en su vida durante algunas horas.

—Hola, Samuel.

El sempiterno portero la saludó marcialmente. Iba, como siempre, pulcramente vestido, y nada que ocurriera a medio kilómetro a la redonda le pasaba desapercibido.

—Hola, señorita Aldrich. Me alegra verla de nuevo tan pronto.

—Sí, no quiero perder las buenas costumbres, ahora que las he retomado.

Entró en el local, que olía a alcohol y a distintos tipos de perfume. Johanna los aspiró uno a uno, por separado, dejándose embriagar por cada uno de ellos. La música aún sonaba suave, facilitando la conversación entre la clientela. Estiró el cuello para encontrar caras conocidas, pero las mujeres del bar eran casi todas

nuevas.

—Me hago mayor —se dijo, con una sonrisa entre los labios. En el fondo, le daba igual. Nada era comparable a la experiencia.

Encontró a Brays charlando con una muchacha al menos veinte años más joven. Sonrió. Su amiga no cambiaba. Le seguían gustando mucho más jóvenes que ella, aunque su verdadero amor había sido una mujer de su misma edad. Una mujer a la que conoció mientras viajaba en caravana por media Europa, hizo una escala en Berlín y no volvió a salir de la ciudad, ya que aparcó su remolque, vivió su amor y abrió un local para lesbianas.

La mujer era Johanna Aldrich, mucho antes de ser la prestigiosa editora en la que ahora se había convertido.

Brays Wood, sonrió Aldrich al verla. Genio y figura.

La había echado de menos muchas veces. O casi todo el tiempo durante años. Amantes, primero; luego y siempre amigas. Toda una vida juntas.

Ella se volvió en cuanto tuvo la certeza de que alguien le estaba traspasando la nuca con la mirada. Era la buena de Brays, con su estilo inconfundible de mujer que ha sobrevivido a mil batallas y aún le quedan fuerzas para dirigir a un ejército entero. Dejó la conversación que mantenía con una joven de vestido escotado y espalda semidesnuda, y fue a su encuentro.

—¡Me gusta que no esperes dos años para volver a verme!

Se abrazaron, recordando tiempos pasados en los que cada gesto de cariño era una invitación para subir a una habitación y hacer el amor durante horas.

—Ya lo ves. Pensaba antes que me estoy haciendo mayor y necesito mimos.

Wood la cogió del brazo y la llevó hasta la barra. A la dueña del *Die Haut* le encantaba vestir siempre con pantalones negros y zapatos bajos. Decía que le estilizaba las piernas y le facilitaba caminar a grandes zancadas, pareciendo más decidida e interesante.

—A ellas les gusto más así —afirmaba.

Se sentaron en dos taburetes, como dos viejas conocidas que tienen mil confidencias que hacerse.

—¿Puedo ayudarte en algo, Johan? —le dijo una vez acomodadas—. Te veo preocupada.

La aludida suspiró con fuerza.

—Lo estoy.

—¿Qué le pasa a mi niña? —Le cogió la mano y la encerró entre las suyas.

—Mil cosas.

—¿Asuntos de faldas? —preguntó, pícara.

—Por ejemplo.

—Ay, Johan, que te vuelves sensible cuando entra una mujer en tu vida.

Rieron. Las penas de su desamor estaban superadas desde hacía décadas. Ahora les restaba el calor de dos íntimas amigas que se conocen a la perfección.

—Puede ser. Para que luego me llamen fiera.

—Te lo llama quien no sabe que eres un oso agresivo por fuera, pero un peluche en la intimidad.

—Y sin zarpas.

—A veces arañas, pero no eres tan peligrosa. Anda, dime qué te ocurre.

—Antes necesitaría preguntarte una cosa.

—Adelante —invitó la dueña del local, que había pedido dos ginebras con soda al camarero.

—Lucretia Lorenz.

—¿La escritora?

—Sí. Sé que venía por aquí a menudo.

Brady rectificó:

—Más que a menudo, de vez en cuando. No se dejaba caer tanto por el local como puedas suponer.

—Pero la conocías bien.

—Sí, no te voy a decir que no.

—¿Alguna vez...?

Brady la miró recelosa.

—¿Acostarnos? No. Aunque Lucretia Lorenz era capaz de hacerlo con todas las mujeres que se cruzaran a su paso, ella no era mi tipo.

—¿Y sabes si era el de alguna de las chicas que suelen venir por aquí?

Brady se frotó la barbilla, intentando hacer memoria.

—Piensa —le animó su amiga.

—Lo estoy haciendo... No, no me suena verla con nadie en particular.

—¿Y en general?

—Venía aquí, bebía, hablaba con las clientas habituales o no tanto, volvía a beber, reía, bailaba. Lo normal.

—Lorenz no hacía nada normal. Todo en ella era excesivo.

—Mucha gente viene por aquí precisamente por eso: para hacer las cosas que no puede fuera de estas paredes. Y en cuestiones de sexo, aún más. Las chicas se divierten unas con otras, y no por eso buscan una relación sólida.

—En estos días ha estado de nuevo la policía en la editorial. Quieren saber cosas.

—Qué tipo de cosas.

—Si tenía amantes, o si había alguien especial en su vida.

—Entiendo. Y tú crees que puede ser que sí.

—Es una probabilidad. Después de todo, Lucretia tenía muchos espacios oscuros en su vida.

—¿Todas esas cosas no las sabía la editorial?

—No, en absoluto.

—Así que crees que pudo conocer aquí a alguien —sugirió Brays, dando el último sorbo su copa.

—Lorenz necesitaba estar siempre acompañada de una mujer. Era tan insegura que no podía vivir, ni escribir, sin alguien al lado. Por eso, ahora te pregunto: ¿vino aquí alguna vez con alguien?

—Nunca.

—¿Y se fue del local alguna vez con alguien?

—Cientos.

Johanna se encogió un poco. Aquello no representaba una gran ayuda. De todos era conocida la promiscuidad de Lorenz, por lo que suponer quién, si es que había sido así, pudo estar con ella en sus últimos momentos, se antojaba una tarea realmente compleja.

—Siento no poder ayudarte más. Al local vienen muchas clientas, y no puedo saber quién se va con quién al final de la noche —dijo Brays, sin poder aportar mayor información al caso.

—Cuando pensábamos que el asunto estaba cerrado, nos sorprendió la visita de la policía.

—Entonces, quizá también se pasen por aquí.

—No creo que vayan a preguntar a todos los garitos de Berlín, teniendo en cuenta que Lucretia los conocía casi todos.

—De cualquier modo, poco podré decirles. Que venía, bebía como una cuba, intentaba ligar con alguna mujer y en muchas ocasiones, se marchaba con ella.

—Su dinámica de vida en los últimos años.

—Era incombustible. No podía seguirla ni yo.

—Parece que también había vuelto a escribir con regularidad.

—Guardaba tantas incógnitas... Tú la conociste bien.

—Todas lo hicimos. Le encantaba flirtear. Era parte de su naturaleza.

—Unas más que otras, supongo. En todo caso, coincidirás conmigo que era una mujer deslumbrante cuando quería.

—Si la conocías en sus buenos momentos, sí. Sabía cómo engatusar y

convertirse en imprescindible. Al menos, hasta que decidió perderse por la vía fácil.

—Aquí nunca consumió, Johan. Nunca lo hubiera permitido —resolvió la dueña del local, tajante.

—Este es tan buen sitio como cualquier otro.

—No delante de mis ojos.

—Lo sé, Brays, pero la cocaína puede ser un gusano invisible en medio de cualquier parte. Y Lorenz era hábil para encontrarla. Aquí y en los bares y discotecas de todo Berlín.

—Lo que hiciera en otros sitios, escapa a mi control.

Aldrich suspiró.

—Ella te quería, Brady. Siempre lo supe.

—Y yo a ella. Aunque fuera a veces una persona engreída e insoportable.

—La echamos de menos.

—¿Brindamos por ella?

—Le hubiera gustado más que nos emborracháramos.

—Pero eso no vamos a hacerlo ¿no? —Y continuó: — ¿O sí?

—¿Por qué no?

Siguieron charlando hasta completar varias copas, y terminaron brindando por Lorenz, por la dicha que a menudo regalaba el negocio de los libros, y los antiguos amores, y las horas en un viejo local en el que hablar de recuerdos enredados en el tiempo.

Y por su incombustible amistad, por los momentos vividos en el pasado, y porque nada, absolutamente nada en el futuro, consiguiera separarlas nunca.

24

El regreso de Edda Kittel al despacho de Aldrich estuvo rodeado de nuevo de todo tipo de rumores. Las idas y venidas de la redactora eran carne de cañón para las tertulias del desayuno, y nadie quería dejar de ofrecer su opinión sobre el asunto. El hecho de que ninguna de las dos tuviera pareja conocida, y ambas fueran homosexuales, abría aún más canales de murmuración.

Sin embargo, más pronto que tarde, se disiparon; la gente, sumida en la espiral del trabajo cotidiano, lleno de plazos de entrega, correcciones, envíos y ventas, volvió a sus quehaceres y dejó de comentar. Al menos, por el momento y hasta que no hubiera noticias frescas.

La presencia de Kittel en algunos departamentos sirvió para normalizar las cosas, y sus antiguos compañeros no dejaban de hablar con ella sobre todas las novedades que se perdía por encontrarse sumida en la oficina de la octava planta.

A menudo, las dos mujeres buscaban el momento para ir a desayunar juntas en una cafetería o bar cercano. O a cenar en el restaurante más recóndito. Era su instante favorito de la jornada, cuando se reencontraban para hablar de ellas, aunque el tema fuera el que marcaba la actualidad de la empresa. Pero al final, cualquier argumento se reconducía para situarlas una frente a la otra, cada una con una mochila de sentimientos a la espalda.

Por la mañana, cuando aún mantenían la cabeza fresca y los temas de la editorial no las tenían abrumadas, despachaban el orden del día y el programa a tratar con las distintas áreas de la Shesays. Por ello, el café y las tostadas de las nueve y media de la mañana lo saboreaban de manera especial. Otras veces, lo hacían llevar hasta el despacho, a fin de no perder ni un minuto de un tiempo que precisaban.

Edda solía preferir siempre quedarse en el edificio, en la intimidad con Johanna que le proporcionaban las cuatro paredes del despacho, aunque, en esta segunda etapa, ninguna de las dos había intentado sobrepasarla.

Aquel día, sin embargo, aprovechando que no llovía, salieron a una crepería.
—Recuerda el evento del jueves —le dijo la empresaria, una vez sentadas,

sorbiendo un poco de té.

—¿Qué ocurre el jueves?

—La presentación pública de todas las novedades para Navidad.

—Ah, es cierto. Con el lío de estos días, lo había olvidado.

—Ya está todo en marcha, aunque quedan cosas por organizar.

—¿Necesitas ayuda de algún tipo?

Aldrich estuvo a punto de irrumpir en alguna broma grosera de connotación sexual, pero sabía que no era el momento propicio. En vez de eso, pronunció palabras políticamente correctas:

—No te preocupes, está todo bajo control.

Edda la escuchaba siempre con la máxima atención, intentando adivinar cada gesto, cada mohín o tic en su rostro. Su voz, aquella voz con un leve toque grave, era, no obstante, su perdición. Le volvía loca. Era cálida y fuerte a la vez. Enérgica y envolvente.

—¿Seguro? Si quieres, puedo echar una mano extra a algún departamento.

De nuevo tuvo ganas de decir otra insolencia. ¡Claro que le hubiese gustado que le echara una mano, pero a ella misma! Y por todos lados.

—No, no será necesario, pero sí quiero que estés presente en la fiesta posterior.

—Esas fiestas son solo para los peces gordos de las editoriales, Johanna. Yo no tengo hueco ahí.

—Esta vez sí.

—¿Bromeas? —preguntó Edda sorprendida.

—Pues claro que no. Irás como una de las ejecutivas de la Shesays.

Edda Kittel se sintió un poco abrumada. Ella no era una ejecutiva y la sola idea de codearse con aquel grupo de hombres y mujeres de punta en blanco, criticando a la competencia o adulando a quienes querían mantener en su bando, le ponía enferma.

Sacudió la cabeza:

—Johanna, te lo agradezco mucho, pero no puedo ir.

—¿Puede saberse por qué?

—¡Solo soy tu empleada! Y estará lleno de gente mirando al de al lado de forma desafiante. Son de ese tipo de encuentros laborales que intentas evitar a toda costa.

—La gente mira, y habla, y comenta. Es normal. No debe preocuparte.

—Me incomoda. ¿te parece poco?

—Forma parte también del trabajo editorial.

—Tal vez, pero yo no soy imprescindible en esa parte del engranaje.

—Lo eres para mí.

Edda se ruborizó. Le había gustado la apreciación de la editora, pero de nuevo, un pilotito rojo se encendió sobre su cabeza. Un piloto que le decía: *Cuidado. Peligro. Camino equivocado.*

—Gracias, pero me siento como una manzana fuera de la cesta. Todas tan limpias, tan perfectas, y yo sin pulir.

—No digas eso, le das más importancia de la que tiene. Es solo una fiesta.

—No iré, Johanna.

—Eres terca como una mula.

—Y tú muy insistente.

—Es lo que tienen los negocios: te enseñan a no darte por vencida.

—¿Soy tu negocio?

—¡Oh, venga, Edda, ¿a qué tienes miedo?

—¡A todo!

—¿A la prensa, por ejemplo?

—A la prensa, sí. No sabría cómo tratarla.

—No lo hagas. De hecho, cuanto menos la tratas, más en consideración te tienen. Funcionan a menudo así.

—No bromees.

—Está bien, está bien. Los chicos de la prensa tienen sus cosas, pero no son mala gente. Solo que tienen que llenar páginas, y cuantas más, mejor. En eso no se diferencian mucho de los escritores.

—Será que no me apetece que las llenen a mi costa.

—Entonces, ¿me tienes miedo a mí?

Edda calló. No quería facilitarle a la editora más mimbres para burlarse de ella.

—No, claro que no.

—¿Estás segura?

—Te lo diría si fuera así.

—Ahí soy yo la que no está tan segura.

Edda tampoco respondió. Dejó pasar el envite sin añadir nada, y sin querer perderse en los ojos de Johanna. ¿Por qué habré tenido que fijarme en ella? Hay miles de mujeres en todo el mundo. Millones. Y cientos a tiro de piedra en el propio Berlín.

Qué mala puntería había tenido. O la mejor de todas.

Por su lado, Johanna Aldrich no estaba dispuesta a seguir con aquella

conversación. Se había propuesto que Edda la acompañara y se sentía realmente feliz con la idea. Sabía hasta qué punto a ella también le terminaría por agradar, a pesar de sus recelos iniciales.

—No se hable más. Esta tarde, a la salida de la oficina, te acompañaré yo misma para que te compres algo acorde a la cita.

—¿Esta tarde?

—¿Tienes algún compromiso?

Edda dudó si no era más conveniente mentir, pero no lo hizo. Mejor ir con la verdad por delante para no caer en errores fatales. Solo tenía el corazón ocupado por alguien de la que apenas mediaban unos centímetros y dos consumiciones.

—No, pero... —susurró, aterrada, viéndose sin escapatoria. Lo había dicho de prisa para no albergar dudas. Aldrich suspiró aliviada. Soportar celos no era uno de sus fuertes. E imaginarse a aquella mujer con alguien, compartiendo un tiempo que ella deseaba para sí, le había dolido tanto como incrustarse pequeños cristales en el vientre.

Se detuvo un momento. ¿Se estaba enamorando de verdad de la mujer que le acompañaba?

—Entonces, decidido. Y no te preocupes por el precio. La empresa te añadirá un plus como gastos de representación.

—No lo necesito, pero muchas gracias.

—Lo necesitarás, porque vas a llevar el vestido más bonito de toda la fiesta. Tu carisma y tu sonrisa harán el resto. La inteligencia me la quedo para mí.

—Eso último suena muy pretencioso.

—De acuerdo; me la ganaré, entonces.

—Suponiendo que la tenga. La inteligencia, digo.

A Johanna le encantaban aquellos juegos de palabras en los que con frecuencia derivaban sus conversaciones. Edda era brillante e ingeniosa, y sabía utilizar el léxico siempre en su propio beneficio. Aldrich no solamente no tenía duda de que era una mujer muy inteligente, sino también de un encanto arrebatador.

La editora terminó de comer con una expresión de satisfacción que no le pasó inadvertida a su acompañante. Esta, por el contrario, no hubiera dudado en querer desaparecer allí mismo. Se llevó levemente las manos al rostro.

—En menudo lío voy a meterme, Johanna.

La editora sonrió:

—No te preocupes. Te ayudaré a salir de él con brillantez.

25

Llevaba un tiempo esperando en el restaurante. Demasiado y completamente sola, así que comenzó a sentirse un tanto incómoda. Miró a su alrededor, a las mesas atestadas de parejas brindándose arrumacos y palabras de amor, y ello no hizo que mejorara mucho su situación.

Se dedicó a consultar sus mensajes en el teléfono móvil, y las últimas llamadas recibidas, y observó de reojo al camarero, pululando alrededor para ver si se decidía a pedir alguna consumición.

—Estoy esperando, gracias —le dijo al fin, para respirar un poco—. Llegaré muy pronto.

La propia Aldrich había formalizado la reserva esa misma mañana. También aplazado la tarde de compras, para alivio de Edda, que no se sentía capaz de ponerse un vestido delante de la ejecutiva; ni, por supuesto, que esta la acompañara a los probadores. Hubieran tenido que sujetarla para no devorarla allí mismo, entre la intimidad de las cuatro paredes del cajón.

Aldrich la telefoneó desde el coche, de forma escueta y un tanto seca.

—Es importante, Edda —le había dicho—, tenemos que vernos.

—Llegaré en cuanto pueda.

—Yo también, aunque tengo una tarde complicada. Espérame allí, te lo ruego.

Era un día en el que los distintos asuntos del despacho les habían deparado caminos distintos. A Johanna, varias citas la mantenían fuera de Berlín, y a ella, el departamento de Contabilidad le había expuesto algunos problemas a los pagos de autores, lo que la entretuvo buena parte de la jornada.

En ello pensaba cuando una voz le sobresaltó a su espalda. Una voz inconfundible.

—¡Hola! —La cara radiante de Johanna asomó por encima de su hombro.

—Hola, Johanna. —Se levantó y se besaron en la mejilla, muy a pesar de ambas. Las dos hubieran querido algo más y, sin embargo, las dos lo evitaron.

—Lo siento. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, no mucho —mintió, pero la editora no la creyó.

—¿Veinte minutos?

—Media hora.

—Oh, lo siento, pequeña. —Le cogió la mano un instante, pero enseguida la soltó. Se acomodaron después en sus respectivos asientos. La editora llegaba con el pelo un poco desordenado por la humedad de las afueras de Berlín. Edda encontró a su acompañante especialmente bella. Siempre lo estaba, pero advertía un aura de misterio que la hacía aún más deseable.

Como siempre, cerró los ojos para no hacer ninguna locura. Debía mantener la mente centrada y la cordura en lo alto del mástil.

—No pasa nada. ¿Has solucionado cosas?

—Sí, eso creo. —Con una mano llamó al camarero, que ya se encontraba al tanto nada más verla sentarse.

—Tendrás hambre —afirmó Edda, a modo de pregunta.

La editora suspiró.

—Hoy me he comido varios problemas, así que tampoco.

El comentario jocoso distendió el ambiente. Pidieron sus platos de carne y albóndigas, algo más copiosos de lo que en ellas era habitual, y comenzaron de nuevo el diálogo.

Aldrich tomó la palabra, bajando la voz en tono de confidencia.

—¿Sabes? Resulta que Lucretia llevaba su siguiente novela más avanzada de lo que creíamos.

—¿Su nueva novela? Pensaba que escribía una cada cuatro años.

—Eso era antes, al parecer. Ahora, por fin, se estaba convirtiendo en una escritora responsable.

—¿Y es con eso con lo que has estado esta mañana?

—Sí.

—¿Y? Vienes muy escueta hoy.

—Lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Puedo ayudarte a desentrañarlas?

—Sí, creo que sí. De eso mismo quería hablarte.

—Pues adelante, te escucho. —Edda se revolvió incómoda en su silla.

—Antes, dime tú. ¿Qué tal tu día?

—Aburrido. Entre facturas.

—Oh, pobre. Me hubiera gustado haber estado contigo, pero me ha sido imposible.

—No te preocupes. Debes ocuparte de otras cosas.

—¿Lo habéis solucionado todo?

—Sí, Contabilidad ya está al tanto.

—Buenas chicas —aprobó la editora.

—Y ahora, tú. —Sonrió. Estaba deseando escuchar las cosas que abatían a Johanna.

Los ojos de esta se oscurecieron.

—Pues... No sé por dónde empezar.

—Hazlo por algún sitio, Johan. —La miró, dulce.

—Edda, creo que tienes cosas que contarme.

—¿Sobre qué? —Se mostró cautelosa.

—¿No te lo imaginas?

—Realmente, no.

—Esta mañana, una de mis citas era con la policía.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Alguna noticia nueva sobre el caso de Lorenz?

—Varias. Me han informado de los últimos registros en su casa.

—Vaya, no se dan por vencidos. Eso está muy bien.

—Sí, y han encontrado objetos interesantes. Lucretia sabía bien dónde guardar las cosas.

—Era una mujer muy inteligente, de eso no hay duda.

—Veo que lo sabes. —Entornó los ojos, en una actitud de desconfianza que a su compañera no le agradó.

—Lo intuyo. Solo hay que ver cómo escribía.

—Pues sí, lo era. También era desconfiada, maníaco depresiva y, en el fondo, y a pesar de todas sus impertinencias y sus vicios, una persona noble.

¿Por qué le contaba a ella todo aquello sobre la escritora? Edda se sintió en una situación cada vez más embarazosa.

—¿Y qué ha encontrado la policía? Espero que todo se vaya resolviendo.

—Un diario. O unos escritos, porque Lorenz odiaba rellenar diarios. Siempre le oí decir que era una costumbre de adolescentes.

—Un diario, o unos escritos... ¿Y qué decían? ¿Se sabe algo?

Aldrich tomó aire. Le resultaba muy difícil expresar lo que tenía en mente, así que tomó la frase más corta de las que fue capaz de articular en su cabeza.

—Edda, ¿cómo la conociste?

La redactora frunció el ceño.

—Johanna...

—No me mientas.

—Yo...

—Sé que la trataste personalmente, lo que no sé es hasta qué punto.

—Johan...

—Te lo repito: por favor, no me mientas. Hay huellas tuyas en su casa. Por todas partes. La policía me lo ha confirmado.

VI.

DIME, ¿CÓMO LA CONOCISTE?

26

«Desde hace mucho tiempo ya no soy capaz de escribir una sola línea. Mucho menos un capítulo o una página completa. Mis novelas naufragan en verdaderos océanos de alcohol dentro de mi cabeza y no veo más que personajes e historias a la deriva, sin la mayor coherencia.

¿Estoy acabada? Creo que desde hace demasiado. Mi editorial sigue confiando en mí, como si creyera que, por arte de magia, voy a poder escribir otro de aquellos *bestsellers* de mis inicios. A veces me llama una de las editoras, me ofrece buenas palabras y algo parecido a una palmadita en la espalda.

Pero eso terminó. No puedo hacer más. Ya no tengo historias dentro. En realidad, ya no tengo nada.

Solo oscuridad.

Y lo cierto es que ni siquiera en la Shesays se preguntan nada. Simplemente, aguardarán a que el plazo dado expire para mandar a buscar mi manuscrito. No les interesa mucho más, creo. O quizá sí, pero el mundo editorial todo lo engulle. Y no solo los libros; también a las personas.

A veces me reprenden porque me encuentran entre un charco de güisqui en algún tugurio, o me sacan de entre los brazos de una joven o de una prostituta de lujo. Pero son mis momentos de felicidad, por eso los defiendo como míos, muy míos. Son instantes que yo elijo cómo y de qué forma vivirlos, y los disfruto porque así tengo concebidos ahora mis días.

Con todo, y en estas circunstancias, apareció ella.

Llegó hasta mí por un anuncio que puse en la prensa para encontrar a alguien que me ayudara como secretaria para todo. Precisaba alguien que organizara mi vida y pusiera coto a mi caos profesional. Y en solo veinticuatro horas surgieron docenas de solicitudes. Las había de todos los tipos, escogí unas cuantas y las llamé a todas.

Al final, me quedé con una.

—Edda...

Johanna Aldrich puso su mano sobre la suya, en un gesto propio muy característico.

—Edda, cuéntame: ¿cómo la conociste?

La redactora pareció dejar atrás sus recuerdos y centrarse en el presente. Volvió a mirar a la mujer a la que quería, buscando su aprobación.

—No sé si eso es importante...

—En este momento, claro que lo es —le contestó con cariño—. Cualquiera cosa lo es. Dime, ¿cómo la conociste?

—Ya se lo conté a la policía en su momento.

—Lo sé, me lo han dicho.

—Se lo conté todo.

—Sí, pero a mí no, Edda.

Medió un silencio que a ambas se les hizo eterno. Un silencio que ninguna se atrevía a romper.

—Un anuncio. Fue a través de un anuncio.

«—Le he traído un poco de café.

Lucretia Lorenz suspiró.

—No hacía falta.

—Perdone, pero creo que lo necesita.

—¿Tú crees? ¿Y por qué?

—Tómeselo. Le hará bien. —Le tendió una taza humeante. Eran las doce de la mañana y Lorenz acababa de levantarse. La casa lucía todo lo ordenada que Edda había sido capaz de hacer en el poco tiempo que llevaba desde que había entrado con llave al domicilio de la escritora, dos horas antes.

—Gracias, pero no te contraté para que me cuidaras.

No lo dijo con un tono desafiante, ni tampoco había un mal gesto en su rostro. Simplemente, y a eso ya se había acostumbrado Edda, era su manera

habitual de comportarse.

—Aunque sí lo hizo para que pusiera un poco de disciplina en su vida, ¿no? Pues tómele este café antes de entrar a la ducha.

Lucretia cogió finalmente la taza. Era consciente de mostrar un aspecto lastimoso y desarrapado, que contrastaba con el limpio de su ayudante.

—¿Qué hora es?

Edda consultó su reloj.

—Las doce y cinco.

—Vaya, hoy me he levantado antes que otros días. Cuando salgo la noche anterior hay veces que no me despierto hasta las dos o las tres.

—Pues hoy ha madrugado.

A la escritora le hizo gracia la broma de la mujer. Tendría veinte años menos que ella, como mínimo, y un descarado cariñoso que le forzaba a sonreír, a pesar de todo.

—¿Y sabes si ayer dormí con alguien? Es pura curiosidad.

—No había nadie más en la casa cuando he llegado.

—Bueno, eso no es prueba de nada. Suelen marcharse antes.

—Entonces, no lo sé.

Sorbió un poco del café.

—¿Y tú, has desayunado?

—Lo hice esta mañana, señora Lorenz.

—Ah, es verdad; tú eres de las que madrugas.

—Lo hice a las ocho. Ya conoce el refrán: a quien madruga...

—Sí, sí. —Lorenz acompañó su mano con un mohín de hastío.

—Supongo que cada uno es como es.

—¿Y tú, cómo eres? —Se había sentado delante de una pequeña mesa camilla, desde donde observaba a Edda, que permanecía de pie.

—¿Cómo soy? No sé. Muy normal. —De pronto, se sintió algo intimidada. Aquella mujer representaba todo un misterio. Podía ser maravillosa o distante, generosa o enormemente tacaña. Encantadora o superficial y ruin.

—¿Eres lesbiana? Reconozco que te escogí, entre otras cosas, porque me lo pareciste en la entrevista.

—¿De verdad lo parezco?

—Es algo sutil, pero mi radar no falla. Perro viejo, ya sabes.

—Nunca me lo habían dicho. Que lo pareciera, quiero decir.

—A ojos finos, sí. Al gran vulgo, supongo que no.

—Vaya.

—Pero lo eres, ¿no?

—Sí, señora Lorenz.

—Me alegra oírlo. Espero que no te moleste que te lo haya preguntado así, de forma tan directa.

—Oh, no, no. —Tomó asiento enfrente de ella—. Me es indiferente parecerlo o no. No me avergüenzo de nada.

—¿Y por qué ibas a avergonzarte? —protestó Lucretia—. Amar a una mujer es lo más hermoso del mundo.

—Lo es.

—¿Tú has amado a muchas?

Edda sonrió con tibieza. La timidez le impedía hablar abiertamente de algunas cosas tan íntimas como aquella. Y más ante una casi desconocida como Lucretia Lorenz.

—Dime, ¿has amado a muchas?

—No, a muchas no.

Una mueca malévola surgió como de la nada en el rostro de la escritora, que pareció de repente una muñeca ajada.

—¿Quieres que te cuente un secreto? Yo tampoco. En realidad, a ninguna.

28

—Le hacía recados, me encargaba de tener al día sus facturas, médicos, etc. Eso era todo, Johan. Su vida era pura anarquía y supongo que solo quería un poco de orden.

—En la editorial no lo sabíamos.

—Conocí a Lucretia antes de entrar en la editorial. De hecho, fue por ella por lo que supe que buscaban a alguien con experiencia en escribir para cubrir varios puestos administrativos. Después, y hasta su muerte, compaginé ambas labores. — A Edda, la pena le oprimía el pecho.

—Ven, salgamos de aquí. Tomar un poco el aire te vendrá bien.

«—¿Te he dicho ya que la Shesays busca a gente que sepa escribir bien para su departamento de no sé qué? —Se llevó las manos a los ojos, tratando de recordar.

—¿La Shesays? ¿Me está hablando de su editorial?

—Sí. No sé para qué sección, pero en una editorial tú encajarías perfectamente. No sabes la cantidad de gente que trabaja en una sin tener ni idea de libros.

—Se lo agradezco, pero no tengo experiencia en el sector. No me cogerían nunca.

—¡Claro que sí! Tienes más ingenio y tablas a la hora de escribir que más de la mitad de quienes están allí. ¿O crees que en una editorial todos sus empleados son escritores? Ni siquiera frustrados. La mayoría son administrativos con ínfulas. Sacan adelante cuatro papeles y cinco trámites y se creen imprescindibles en la vida cultural del país.

Lorenz tomo aliento para continuar. Se acercó a un escritorio y sacó de un cajón un manuscrito encuadernado.

—Mira esto. Es el borrador de mi primera novela. Con ella di de comer a toda la editorial, y aún lo hago.

Se trataba de *Elipsis*, el libro que había revolucionado el panorama literario hacía ocho años. Edda lo había leído en su día. Le apasionó. Lo que nunca pensó

es que algún día se encontraría delante de su autora, escuchando sus reproches sobre quien le había llevado a la fama. La historia era brillante, pero, ahora lo sabía Edda, sin el espectacular despliegue publicitario en medios de comunicación que había tenido lugar durante meses, nunca hubiera llegado tan alto.

La Shesays necesitaba un barco para darlo todo y dirigirlo hacia el éxito más absoluto. Una voz nueva, diferente, con una novela que supiera enganchar a un público ávido por descubrir autores. *Elipsis* no era mejor que muchos libros que Edda había leído en su vida; sin embargo, cuando la maquinaria de una editorial se pone al servicio de una novela, es implacable.

—No seas boba y preséntate. Di que vas de mi parte, si quieres. Te puedo escribir unas notas de referencia.

—No, muchas gracias, señora Lorenz. Si lo hago, prefiero no llevar nada y que me escojan por mi valía, si es el caso.

—Me parece honesto.

—Quizá me presente. Si tengo algo de suerte, podré dejar la oficina de almacenaje donde trabajo.

—No necesitas suerte, Edda Kittel. Yo sé que encajarías perfectamente en cualquiera de esos puestos. No pierdas el tiempo en otros empleos. Estoy segura de que tú serás capaz de ofrecer un poco de brillo a esta basura de mundo editorial en el que todos vivimos.

—Y así entré en la Shesays. Pasé una prueba, luego una segunda y hasta una tercera, hasta que me escogieron.

La tarde era fría y gris, oscureciéndose por instantes, con un gélido viento del norte que había llegado para quedarse.

—No sabía que habías entrado así, porque Lucretia te animó —dijo Aldrich, sorprendida.

—Ella siempre puso mucho empeño en que nadie estuviera al tanto de que nos conocíamos.

Sintió vértigo. Por un momento, por la mente de Aldrich sobrevoló una duda, y se sorprendió del dolor que le causaba. Quizá aquellas dos mujeres habían mantenido algún tipo de relación clandestina, oculta al resto de los compañeros de la empresa, y algo muy parecido a la tortura de los celos se adueñó de ella.

—Edda, ¿sabes algo que quieras ahora decirme?

Edda Kittel hubiera querido acurrucarse en el pecho de Johanna, buscando su calor y su protección como una niña, a pesar de que ello desembocara después en un deseo aún mayor, de buscar con ahínco su boca y de acariciar su cintura

por debajo del jersey. Así que, desechando aquellos pensamientos voluptuosos, se limitó a contestar escuetamente:

—No.

—¿No?

Era evidente que Aldrich no la creía. Su mirada, entre incisiva y tierna, no le dejaba respiro.

—Bueno, no creo.

—Edda...

La propia Johanna veía sus defensas derribadas. Por un momento pensó lo que le gustaría abrazarla. La veía tan frágil, allí, delante de ella, luchando contra sí misma.

—¿Y bien?

Edda dudó. ¿Era adecuado confesarle a su jefa todo lo que sabía de Lucretia Lorenz? ¿No era eso quebrantar su intimidad?

Qué tontería. Lorenz estaba muerta, enterrada en un ataúd del que no saldría jamás. ¿A qué venían esos remilgos?

De pronto, Aldrich, quien siempre parecía sorprenderla, la tomó del brazo y la empujó levemente a caminar junto a ella. Sintió su mano en la espalda, que hubiera jurado que se mantenía allí más de lo necesario, y, ajustando su paso, escuchó que le dijo:

—Edda, puedes confiar en mí. Cuéntame lo que sepas de Lorenz y quizá así podamos descifrar un poco mejor las circunstancias que rodearon su pérdida.

Kittel aspiró una buena bocanada de aire, no solo por el recuerdo de la escritora, sino por el nerviosismo que le producía la confianza depositada de Johanna.

—De acuerdo. Te diré lo que ella me contó. También se lo dije a la policía la primera vez que hablaron conmigo.

Arrancó como si la vida le fuera en ello:

—Lorenz estaba metida en un lío importante, del que ahora veo que no supo salir.

—¿Qué clase de lío?

—Me dijo que, en una de sus noches de borrachera, había..., había atropellado a un hombre y se había dado a la fuga.

—¡Lorenz ...! —se quejó amargamente la editora, como si el atropello le hubiera pasado por encima a ella misma.

—Eso le dije. ¿Por qué hizo eso? Ella me contestó que por miedo. Creyó que había matado a aquel peatón y que eso sería un escándalo, el fin de su carrera.

Tenía que haber parado, le dije, y asistir al herido. No se puede dejar a alguien en esas condiciones. Entonces ella se puso hecha una furia, me dijo que yo no era nadie para darle lecciones ni para hablarle así. Ni siquiera para estar en su vida. Que no sabía por qué me lo había contado.

—Hiciste lo correcto, Edda.

—A partir de ahí, nada fue igual. Me reprochaba continuamente que yo era insignificante a su lado, que ella era la superventas de Alemania y que nadie tenía derecho a inmiscuirse en su vida con consejos baratos.

Aldrich volvió a depositar la mano en la espalda de Kittel, apretándola levemente en señal de consuelo. Edda sintió una tristeza profunda al recordar aquellas escenas, y a punto estuvo de echarse a llorar.

—Me sentí muy mal, Johanna. Me menospreció con crueldad, diciéndome otras muchas cosas que no voy a repetir. Pero ahora no lo siento por eso, sino porque no fui capaz de ayudarla.

—Nadie fue capaz de ayudar de verdad a Lucretia, Edda. Ella nunca se dejaba ayudar. Lo tomaba como una ofensa.

—A partir de ahí, todo fue aún más extremo. Bebía más, fumaba insistentemente y a todas horas, incluso consumía drogas de forma regular. Yo estuve a punto de contarlo en la editorial, pero ella me retenía, diciéndome que aquello era asunto suyo, que estaba metida en líos muy gordos, con un modelo de vida que sus jefas reprobaban y que, de enterarse en la Shesays, rescindirían su contrato inmediatamente. Sería su final.

—Eso no hubiera pasado nunca, como no ocurrió, a pesar de que sabíamos muchas cosas sobre ella —protestó Aldrich.

—Se volvió imposible en el trato, Johan. En una verdadera déspota.

—Me lo imagino. Continúa, por favor.

Lo haré, si vuelves a colocarme la mano sobre la espalda, se dijo Edda. Y, como si sus deseos hubieran sido escuchados, Johanna la agarró muy levemente de la cintura, en un gesto aparentemente casual.

—Creo que los líos a los que Lorenz se refería procedían de su consumo de drogas, y de un cargo de conciencia por lo del accidente que nunca llegó a superar. No me lo contaba, pero la veía a veces cabizbaja, rehuyendo a la gente, temerosa. Ya no escribía, ni leía, ni salía o hablaba con nadie. Un día me pidió que investigara qué había pasado con aquel peatón. Estaba obsesionada por si publicaban algo del suceso y eso le repercutía. Yo fui a la policía, a las hemerotecas, a los hospitales. Durante semanas removí todo Berlín.

—¿Y qué encontraste?

—Nada. Nadie sabía nada. Si aquel hecho había sido cierto, se lo había tragado la tierra.

Aldrid se sorprendió vivamente.

—¿Crees que se lo pudo inventar?

—Nunca encontré a ningún muerto. Pudiera ser que atropellara a alguien, pero sin llegar a matarlo y este abandonara el lugar, o lo encontraran después herido. Quizá solo lo rozó o estuvo a punto de hacerlo, y el efecto de las drogas le hiciera ver otra cosa. No lo sé. Nunca lo sabré.

—Nunca lo sabremos, seguramente.

—¡Estaba tan desequilibrada, Johan!

—Lorenz, Lorenz... —Aldrich agachó la cabeza—. Nosotras hubiéramos intentado ayudarte en todo, como siempre hicimos.

Edda sintió de nuevo ganas de llorar.

—Yo no sabía qué hacer. Pensé que, tarde o temprano, se le pasaría. Lucretia vivía en su propio mundo y a menudo también sabía escaparse de él. Lo que no dejaba es que lo compartieras con ella.

Aldrich se volvió y la abrazó, tal como llevaba deseando desde que habían salido a la calle. Edda se estremeció al sentir su cuerpo y se apretó aún más.

—A menudo era fuerte, y violenta, y nada era capaz de hacerle daño. Si no que lo hacía ella. Vivía en una constante contradicción. Había dejado de creer en sí misma, como persona y como escritora, y solo encontraba consuelo en el alcohol y en las malditas drogas. Salía muy tarde y no volvía en días. Luego me llamaba para que fuera a arreglarle algunos asuntos o comprarle somníferos. A esto me negué siempre —sollozó.

—Tranquila —susurró la editora, mientras le besaba la cabeza. Cerró los ojos para aspirar el aroma de su pelo.

Edda se relajó. Las lágrimas le corrían por las mejillas sin que pudiera evitarlo. No deseaba mostrarse así, tan frágil, delante de Johanna.

—Abrazame más fuerte, Johan —musitó.

Lo hizo. Con toda su alma.

Y la noche de Berlín se tornó entonces menos fría y oscura.

29

«Abrió la puerta, sabiendo bien la mujer que se encontraba al otro lado.

—Buenos días —le dijo a quien se apostaba en el quicio.

—Muy buenos, ya lo veo —rumió la visitante.

Lucretia la esperaba desde hacía horas, consumiendo su tiempo de las formas más banales, dejándose la vida en cada minuto. La atrajo para sí sin decir una sola palabra, hambrienta de deseo. Se miraron a los ojos, unos ojos que destilaban una pasión que ninguna de las dos podía controlar.

Ambas entremezclaron sus cuerpos primero, y sus bocas después, en un beso profundo y tosco, más salvaje que cálido.

La escritora cerró de un portazo y arrastró a la mujer por la cintura.

—Cuánto has tardado —susurró entre gemidos, comiéndole con fruición el lóbulo de la oreja, y bajando después en búsqueda de su boca.

—He llegado en cuanto he podido —contestó en un leve intervalo en el que se separaron.

—No es suficiente —bramó Lucretia, atrayéndola de nuevo en un beso más largo—. Sabes que no puedo estar sin ti.

—¿Esto es lo que le dices a todas?

—Solo te lo digo a ti.

Las dos se dejaron llevar por una pasión a la que ninguna ponía límites. Una locura que ambas conocían muy bien, y en la que se sumergían no sin cierta violencia.

Lucretia asió la cintura de la mujer, y esta se dejó llevar en volandas hasta la cama. La tumbó y fue quitándole las prendas con verdadero furor.

—Veo que, a pesar de los años, nunca pierdes tu encanto —consiguió pronunciar la mujer en medio del éxtasis, con la espalda apoyada en la cama y los brazos extendidos, agarradas las manos a los barrotes sobre su cabeza.

—Muy al contrario. La experiencia me hace saber gozar más. ¿A ti no?

—Supongo.

La boca de Lorenz se sumergió en todos los recovecos de la figura de su

amada, explorando rincones por los que navegaba con la saliva en los labios. Recorría su piel como siempre que se encontraba con ella: de una manera distinta. Distinta a las veces que lo hacía con otras mujeres, en las que buscaba el cuerpo que ahora tenía entre sus brazos.

—¿Por qué te querré tanto, si me haces sufrir? —le dijo, tan perdida por el deseo que sus palabras sonaron a queja y a halago a la vez.

El silencio y la humedad de la habitación se tornaron espesos como las oscuras entrañas de un túnel.

—Porque nos rompimos una vez mutuamente y solo podemos recomponer nuestros pedazos entre nosotras.

Lorenz levantó la cabeza. Estaba a punto de perderse entre las piernas de la mujer, pero la reflexión le hizo también meditar:

—¿Eso es una manera de decirme que también me amas?

Su amante le acarició el cabello, canoso como el suyo, recuerdo del que había conocido hacía muchos años, y que seguía adorando ahora. Entornó los ojos:

—Es una manera, sí.

—¿No tienes otras mejores?

—No; en literatura, esta me ha parecido la mejor.

Lorenz sintió que la emoción y el deseo cabalgaban a la par, descontrolados, y que no podía haber nada en el mundo equiparable a tener a aquella mujer madura bajo su cuerpo, inmóvil pero suplicante de besos.

Trataban de reparar sus vidas cada vez que se veían, en medio de las confidencias a media noche, tras la paz dejada por el orgasmo. Entonces la ternura, y las miradas en la penumbra, cerraban su letanía al fundirse una en la otra. Así había sido siempre.

Hubo un tiempo en que Lucretia Lorenz fue feliz. Lo fue porque estaba enamorada, tenía un proyecto de futuro y cierto éxito como autora. Las páginas surgían con facilidad de sus dedos, y las noches estaban plagadas de amor, con un ardor que podría hacer enrojecer a cualquiera.

Después, el vacío.

Los celos la convirtieron en una mujer rota, vencida. Dejó de escribir porque dejó de respirar; dejó de hablar porque ya no tenía nada que contar, y la oscuridad veló sus ojos con la madre de todas las tristezas. Drogas, alcohol, aislamiento, dolor. Las horas, los días, le ahogaban.

Nada tenía sentido. Porque el sentido había muerto en la nada.

Pero cuando volvía a tenerla a ella, todo recobraba su fulgor. Estaba allí, con

ella, de nuevo, y no iba a dejarla escapar nunca más.

—¿Me quieres?

Siempre le preguntaba lo mismo, siempre la misma pregunta. ¿Me quieres? Lo hacía como una autómeta, como alguien que no puede controlar su voz interior, porque las manijas del mecanismo están rotas y ni el mejor mecánico del mundo puede recomponerlas.

Y esperaba con ansiedad la respuesta. En ello le iba la vida, o, mejor, en ello se le iba. Porque mientras aguardaba a que ella contestara, el pulso se paraba y el corazón cesaba de bombear.

—¿Me quieres?

Ella siempre la miraba con sorpresa, como no comprendiendo su insistencia.

—¿Me lo preguntas de nuevo?

—Sí.

—¿No sabes la respuesta?

—Quiero escucharla de ti.

Ella sonrió, formándose arrugas que cercaban sus ojos.

—Sí. Lo sabes.

Era cierto que lo sabía.

Era cierto que no mentía y que aquella mujer, que un día se llevó su alma a fuego como si fuera el mismísimo diablo, la amaba también. Lucretia entonces, a pesar de los cristales del tiempo, que habían cortado sus venas en forma de dudas, cerraba los ojos, mientras una lágrima corría por ellos.

Entró en su cuerpo con sus dedos hasta que su amante, que gemía con desesperación, se retorció de placer. Sintió su calidez derramándose por la mano. La otra le sirvió para seguir acariciando el pecho, antes de subir y besarlo con delicadeza, primero, y presa de la excitación después.

Lucretia se dejó caer rendida sobre aquel cuerpo, sobre su vientre y sus piernas, que eran los de alguien ajado de años y peso, con las caderas prominentes y los pliegues maravillosos de quien luce más de medio siglo de vida.

Recorrió cada centímetro con la lengua; cada arruga, cada señal dejada por el tiempo. ¡Al infierno aquellos cuerpos de plástico que solía alquilar por una noche para olvidar al que de verdad amaba!

—¿En qué piensas?

—En nada.

—No pares ahora —gimió ella.

Y Lucretia, entre jadeos, buscó con sus manos el sexo para cubrirlo y

excitarlo aún más. Estaba mojado, y caliente, y suave, muy suave. Parecía de terciopelo.

Después, se incorporó para aplastar su cuerpo contra el de la mujer, buscando su boca de una forma violenta y desesperada:

—¿Así?

—Así. No pares, por favor.

Y ella se escuchó decirle:

—No lo haré nunca.

VIII.

UN AMOR ENTRE PÁGINAS

30

El vestido que había comprado le quedaba como un guante. Edda no había querido que la acompañara Johanna cuando esta se lo volvió a proponer. Seguía sin fuerzas para enfrentarse a ello. Era rojo, a juego con unos preciosos zapatos de tacón, no muy alto, y un bolso negro.

Había dicho que sí a la fiesta. No sabía aún muy bien por qué, pero aceptó. Quizá fuera el hecho de la complicidad que demostró con ella la editora. Aquello le dio seguridad y, de alguna manera, quería agradecerse.

Una vez se miró ante el espejo con él puesto, sus dudas se disiparon. Estaba deseando ver la cara que pondría ella cuando la viera llegar así. La trasladaría en el coche Max, que también estaba invitado. Aldrich se hallaría entonces atendiendo a sus compañeros y amigos del mundo cultural berlinés, y ella, Edda Kittel, aparecería ante sus ojos...

Suspiró. Se trató de un suspiro de amor, de melancolía y de cierto dolor. Quería estar perfecta para ella, caminar perfecta para ella, sonreír y hablar perfectamente para ella. Lo deseaba de corazón. Lo que pudiera pasar después, lo ignoraba, pero al menos anhelaba impresionarla.

De nuevo, el maldito miedo podía con todo.

Se miró de nuevo. Subió la barbilla y puso la espalda recta. Dio un par de pasos a un lado y a otro de la habitación. Se encontró atractiva. Treinta y seis años bien llevados, sobre todo porque un rayo de felicidad cruzaba su rostro. Qué lejos de las sensaciones del día que los cumplió.

Desde que le confesara todo lo concerniente a Lucretia Lorenz, también una losa se le había quitado de encima y las dos mujeres habían intimado aún más. Ella no tenía nada que ver con su fallecimiento, y la policía lo sabía.

Max vestía un elegante traje azul marino, con un pañuelo blanco asomando en el bolsillo delantero. La corbata, en tonos carmesíes y dorados, le ofrecía cierto aire sofisticado.

La recogió en la puerta de su casa, una hora antes del comienzo del evento.

—Espero que no lleguemos demasiado tarde —le dijo cuando Edda entró en

el coche con retraso.

—Lo siento, me faltaban mil cosas por hacer cuando me has llamado —se disculpó Edda.

—No te preocupes, iremos por un atajo. Además, veo que has empleado bien tu tiempo.

Lo dijo con admiración, contemplando lo bellísima que encontraba a su compañera.

—Gracias, no sabes el trabajo que me ha costado todo. Y estos zapatos...

En cuanto subió al asiento del copiloto, se descalzó, ante la mirada burlona de su amigo.

—No te preocupes, le vas a gustar igual.

Edda se volvió, fulminándolo con los ojos.

—¿A quién?

—A ella, ¿a quién va a ser? ¿O has venido así vestida para gustarme a mí?

—No seas tonto.

—Pues eso.

—Aún no me has dicho quién es ella —trató de disimular. Los nervios le estaban haciendo perder grasa por segundos.

—La jefa. Aldrich.

—No sé de qué me hablas.

Max hizo un giro imprevisto al volante. Edda soltó un grito de espanto.

—¡Maximilian Akori! ¿Te has vuelto loco?

—Era para ver si despertabas. Y sí.

—¡No tiene gracia!

—No te has despeinado un pelo, tranquila. Espero que yo tampoco —dijo, mirándose al retrovisor.

—Eres un diablo cuando quieres... —Su tono se dulcificó y ambos soltaron una risotada.

—Así me gusta, que te rías. Te veía muy tensa.

—¿Y querías relajarme con el volantazo? Muy bonito.

—Confiesa que ha dado resultado.

Edda asintió.

—Sí, estoy mejor. Gracias.

—No hay nada como un buen susto para liberar tensiones.

—Oh, Max... —lloriqueó ella—. ¿De verdad tú crees que le gustaré?

Su amigo no pudo reprimir una carcajada.

—¡Edda!

—¡Deseo tanto hacerlo!

—Con ese traje vas a causar un terremoto, hazme caso.

—Solo se lo quiero causar a ella.

Max la miró un instante, sin perder de reojo el asfalto.

—Tienes que tranquilizarte, pequeña. Estás perfecta. ¿Cuándo te he mentido yo?

—Espero que nunca.

—Nunca. Y en esta ocasión, menos. Por cierto, ¿cómo va lo vuestro?

Edda acarició la piel de su zapato, de un rojo tan intenso como el carmín de Marilyn Monroe.

—¿Lo nuestro? No sé si hay nuestro. No sé lo que hay, en realidad.

—Pero a ti te gusta, ¿no es cierto?

Edda meditó un segundo.

—No iba a venir a este acto, Max. No me apetecía ni lo veía apropiado.

Akori preguntó entonces con tono más serio de lo que en él era habitual:

—Pero si vienes, es por ella, ¿no Edda?

Un silencio elocuente actuó por toda respuesta.

Llegaron a la puerta del inmenso edificio de la editorial. Los chóferes comenzaban a aparcar sus autos, y la gente se arremolinaba ante la entrada giratoria. Había saludos y palabras de presentación, algunas caras conocidas y muchos empleados de la Shesays esforzándose para que todo fuera un éxito. Edda se dio cuenta de que, a pesar de ser su lugar de trabajo de todos los días, la decoración, el glamour, los elegantes invitados atestando la calle y la prensa, hacían de él uno totalmente distinto. Había visto aquel tipo de fiestas muchas veces en los periódicos, pero nunca pensó que llegaría a formar parte de alguna de ellas.

—Ya estamos. Y a tiempo —afirmó Max.

Aparcó en la zona exclusiva dedicada a los trabajadores de la editorial, acondicionada al efecto para que no tuvieran que perder el tiempo buscando dónde alojar su coche.

—Es curioso. Parece que hemos ido a parar a otro sitio —le comentó Edda.

Su compañero miró a través de la luna delantera del auto.

—Es cierto. Lo que hace una buena puesta en escena. Bien por los compañeros de protocolo. Y seguro que el bufé estará de lujo. Para estas cosas, la Shesays no suele andarse con remilgos.

Se volvió hacia ella:

—¿Y querías perdértelo?

Edda bajó la cabeza.

—Lo sé, Max. Es solo que no me veía aquí.

—¿Por qué no? Eres ahora una persona de confianza de Johanna. Estás trabajando con ella, tienes tu sitio asegurado por valía propia.

—Habrá gente importante.

—Sí, y otra que no lo es tanto, ¿y qué? Nosotros también lo somos, nena. Quítate ese complejo de inferioridad de la cabeza.

—Tienes razón —admitió.

—Sobre todo, si quieres impresionarla.

—Oh, no deseo otra cosa. —Comenzó a morderse las uñas, en un gesto que tenía olvidado desde hacía años.

—Entonces. Apunta y dispara, Edda. Porque esta noche va a ser tuya.

31

Se había dispuesto la sala con un centenar de sillas y una veintena de mesas. Las guirnaldas engalanaban las paredes y por todas partes lucía el logotipo de la Shesays. Una pantalla digital pasaba de modo automático las portadas de las novedades a presentar, así como los rostros de todos los escritores en plantilla.

Max y Edda entraron tímidamente, como si el gran salón de actos del edificio no fuera en sí su casa. Encontraron a compañeros a los que saludaron, pero los grandes editores de la competencia se mantenían ajenos a todo, charlando en sus propios espacios.

—Todas vienen vestidas de cóctel, con maquillaje hasta las cejas y perfumes caros. ¿Dónde ha quedado la revolución femenina? —bromeó Max, pero Edda sabía que tenía buena parte de razón.

Max quiso rebajar su comentario anterior.

—No te sientas mal. Estás muy guapa —le dijo, mientras le apretaba cariñosamente el brazo.

Carla Montana, tranquila y con una sonrisa en los labios, subió al estrado, cercada por dos enormes cartelones con el nombre de la empresa y el motivo del encuentro. Edda supuso que Johanna no podría estar muy lejos, así que oteó el horizonte de cabezas tratando de localizarla hasta que al fin dio con ella. A su vez, y buscando con disimulo, esta hacía lo propio.

Cuando Edda encontró a Johanna, la editora la estaba mirando.

En realidad, no sabía desde cuándo, pero allí se encontraba, tropezando con sus ojos.

Le invadió una sensación de mezcla de orgullo y timidez, porque la editora no la observaba en sí, sino que la admiraba. Aldrich, aún a una decena de metros, estaba repasando cada centímetro de su cuerpo.

A descubrirse la una a la otra, Johanna no lo dudó y avanzó hasta ella. A Edda le comenzaron a temblar las piernas.

—Max...

Pero él se había percatado de la situación y le susurró al oído:

—Toda tuya.

—No me dejes...

Aquello no facilitaba las cosas. Sintió un frío repentino, favorecido por el generoso escote de su vestido y la parte de la espalda que quedaba al descubierto. Un abrigo de tres cuartos lo había mitigado hasta ahora, pero la visión de Johanna lo volvía a trastocar todo.

Max encontró distracción en un grupo de conocidos de la prensa y se separó de ella, no sin antes hacerle un guiño de complicidad.

—Sin miedo, Edda.

—¿Te vas?

—Sí, voy a ver si yo también ligo. No te preocupes, vas a estar bien escoltada.

La editora se fue aproximando hasta que llegó hasta ella y, de la manera más natural, la saludó con su habitual beso en la mejilla. Sin esperarlo, Edda sintió cómo los brazos de la ejecutiva se enroscaban en su cuerpo.

—¡Hola, Edda! Me alegra que al final no te echaras para atrás.

Tenía el rostro caliente, pensó la redactora, y los ojos brillantes como las chispas de una fogata.

—Sí —balbuceó.

Aldrich le cogió la mano y se separó unos centímetros, para decir:

—Estás muy guapa. Veo que has encontrado el vestido perfecto.

Edda se sonrojó. La mirada de Johanna era mucho más penetrante de lo que el halago exigía, pero no le importó. Muy al contrario, sintió una satisfacción muy cercana al éxtasis.

—Gracias por tus consejos.

—Eres la perla de la fiesta —le dijo, mientras volvía a romper la brecha que las separaba—, y no voy a dejar que te pierdas ni un instante, si me lo permites.

La agarró del brazo y la introdujo en el centro de los oyentes, que comenzaban a prestar toda su atención a una Carla dispuesta ya a hablar al público. El discurso de presentación de la editora versó en torno a las novedades editoriales de la próxima Navidad y del resto del año, sin dejar de mencionar, en un cálido recuerdo, a su escritora estrella, Lucretia Lorenz.

Mientras, Edda notaba el roce del cuerpo de Johanna a su lado. A pesar de encontrarse rodeadas de gente, las dos parecían haberse incluido en una burbuja propia. Johanna se preguntaba por qué tenía que compartir a aquella mujer con el resto de invitados, si lo que quería era ser ella el único centro de su atención.

—Estás deslumbrante, ¿te lo he dicho ya?

Edda ni siquiera se volvió. Se quedó petrificada ante el comentario de la ejecutiva. En otros momentos, hubiera dado su mano derecha por escuchar aquello en voz de su amada, pero ahora experimentaba ese miedo aterrador que ya conocía.

—Mu... muchas gracias —contestó, entrecortadamente.

—Estás llamando la atención de todos.

Lo dijo en tono bajo para no alterar la audición de los presentes hacia las palabras de Montana, pero sin importarle un ápice quién las pudiera escuchar.

—Pues no era mi propósito.

—Ya lo sé. Y no te sientas culpable, al contrario. Luces como una estrella.

Edda no se había dado cuenta, pero muchos ojos la estudiaban concienzudamente, aunque nadie como Johanna Aldrich. No solamente había conseguido vestir con elegancia, sino que una desconocida seguridad en sí misma, quizá impostada para causar la admiración de la editora, se adueñaba de cada uno de sus movimientos.

—Pensaba que te ibas a sentir incómoda.

La redactora sonrió levemente.

—Me voy acostumbrando —respondió con descaro.

Los besos y saludos siguieron el curso normal, y Edda advirtió cómo Johanna lo observaba todo por el rabillo del ojo.

Cuando Carla terminó su breve charla, se mezcló otra vez entre los invitados. Estos se fueron acomodando después en sus asientos, siguiendo los carteles que incluían sus nombres. Los canapés, la comida y las botellas de vino blanco y champán corrieron por las mesas. Aldrich y Kittel, sentada a su lado derecho, compartían una.

—Qué casualidad, nos han colocado juntas —ironizó la presidenta.

—Sí, una agradable casualidad.

Johanna se acercó para susurrarle al oído.

—Mañana, las secciones culturales de los periódicos tratarán de sacar los máximos cotilleos de esta fiesta —rio.

—¿También de nosotras? —Podía notar el cálido vaho de Johanna en su mejilla.

—No sé si la prensa en general, pero los círculos gays, seguro. Siempre están buscando novedades al respecto.

—¿Y qué dirán? —quiso saber Edda, entre curiosa y pícara.

—Que estamos liadas. Que tenemos un flirteo. Qué se yo.

—Entiendo.

—¿Tú qué crees, Edda? —Se acercó para decírselo, en tono de confianza
— ¿Les damos la razón?

Edda se sintió herida. Como imaginaba, eso era para Johanna: un flirteo, un pasatiempo entre la poderosa editora y una humilde redactora venida a más.

A punto estuvo de levantarse e irse, pero no lo hizo para no llamar aún más la atención del resto de invitados a la mesa, donde un escritor de una editorial de la que no recordaba ni el nombre no dejaba de mirarla. En vez de eso, sus ojos se aguaron con las primeras lágrimas. Aldrich no se dio cuenta de ello.

La velada transcurrió tranquila, con risas por parte de Johanna, feliz por hallarse cerca de Edda, que le reportaba alegría y una sensación de frescura muy agradable. Esta, por su parte, se mantuvo serena durante toda la noche, intentando no arruinarle la fiesta a su jefa, pero con pocas ganas de continuar allí. Centrarse en las conversaciones de sus compañeros de mesa le ayudaba a distanciarse un poco de su estado de ánimo, sin pensar si le agradaba o no que los demás notaran la atracción que sentía por la editora.

—¿Estás bien? —le preguntó Johanna en un momento de distensión, acariciándole el antebrazo.

—Sí, perfectamente.

—Pues no lo parece.

—Será el vestido, que me aprieta un poco.

Johanna rio. No sabía cuánto había de cierto en aquella frase, pero le pareció encantadora. Siempre quedaba desarmada ante muchas de aquellas contestaciones. Adoraba su rapidez mental y su ironía, y ese desparpajo tan natural que hacía de ella una mujer muy interesante para compartir momentos.

Edda no pudo por menos que seguirla y sonrió ante su propio comentario. Seguía profundamente enamorada de la editora, y solo sus miedos y sus prejuicios estaban separándolas.

Johanna tampoco podía apartar los ojos de su compañera de mesa, y el corazón se le arqueaba cada vez que sentía un leve roce.

—Eso habrá que arreglarlo —contestó la ejecutiva, risueña.

—¿El qué? —Edda se hizo la ingenua.

—Lo del vestido —ironizó, sin importarle ser o no escuchada.

Aunque a la persona a la que iba dirigida la broma, o lo que fuera, no terminó de hacerle mucha gracia convertirse de pronto en el centro de todas las miradas.

32

—Voy a pedir un taxi.

Aldrich pestañeó ante la ocurrencia de Edda.

—¿Qué estás diciendo? Te llevaré yo.

—No, seguro que tienes muchos compromisos aún que atender.

La editora acababa de dar por finalizada la reunión. Todavía quedaban comensales charlando sobre lo divino y lo humano, sobre el mundo de las letras y el de los números, el de los libros y el de las cifras de ventas, pero para ella ya era suficiente. Edda, por su parte, hacía tiempo que hubiera querido irse, pero la atracción magnética que sentía por su jefa la mantuvo allí sin margen alguno de reacción.

—No pienso tener ninguno. Que se arreglen como puedan sin mí.

A Edda le atraía la manera en la que Aldrich se esforzaba porque estuvieran juntas, así que dejó a un lado sus miramientos y aceptó.

—De acuerdo.

—Ven, salgamos cuanto antes.

Ambas desfilaron por la sala de eventos hacia el vestíbulo principal, donde, tras saludar a los guardias de seguridad, se encaminaron hasta la salida.

Hacía frío, mucho frío fuera. Edda observó cómo Johanna se colocaba sus guantes. Le gustaba mirarla realizando los gestos más cotidianos: ponerse unos guantes, rascarse la nariz, coger con fuerza su maletín lleno de manuscritos, sonreír... Le ardían los ojos al tenerla tan cerca, sin nadie alrededor.

—¿Tan fea estoy? —Johanna se había dado cuenta y bromeaba.

—¿Perdona?

—Como no dejas de mirarme...

Se dirigieron al aparcamiento, ya que la editora había rechazado que el portero del edificio le acercara su coche.

—Muchas gracias, preferimos ir caminando —le dijo.

Ahora iban a la par, intentando sobreponerse a la gélida noche y a la emoción del momento.

—¿Te estaba mirando? —contestó Edda con bochorno—. No me he dado cuenta.

—Juraría que sí.

—Perdona si...

—No, no, tranquila. Me gusta.

—No pretendía...

—No pasa nada, Edda. Siempre estás a la defensiva.

Kittel se detuvo un instante. Johanna tenía razón.

A llegar al automóvil, las dos tomaron la misma dirección, chocando levemente entre sí.

—Lo siento —se disculpó Johanna.

Abrieron después sus respectivas puertas.

—Entra deprisa. Te vas a congelar.

Mientras Edda había escogido un elegantísimo vestido rojo, la editora hizo lo propio con un sencillo traje de chaqueta de raya diplomática, sobre una blusa blanca y escotada.

La primera no pudo evitar mirarle el escote a su compañera cuando esta se sentó al volante. Puso los ojos en blanco, intentando enfriar su mente.

—Era en Wedding, ¿no? —preguntó la conductora.

—Sí, pero me puedes dejar donde te venga mejor.

—Me viene bien llevarte, no te preocupes.

Bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire y la subió a los pocos segundos. Después, puso la calefacción.

La calle ofrecía una bonita vista de la vida de Berlín, siempre dispuesta al jolgorio y a celebrar todo lo bueno.

—Qué bella eres —musitó Johanna.

—¿Cómo?

—La noche de esta ciudad. Es siempre maravillosa, sobre todo en los días fríos como el de hoy, y en los del comienzo de la primavera. No me digas por qué, pero tiene un halo difícil de explicar.

—Es preciosa. Mira qué luna. —Edda se asomó por el cristal delantero y observó una esfera grande y redonda, mientras la editora se fijaba en ella, sin poder centrarse en otra cosa que no fuera en la silueta de su acompañante.

—Sí, aunque supongo que todos dirán lo mismo de la luna sobre su ciudad.

—Lo que le procura esa magia es el momento en el que la contemplamos y con quien, ¿no crees?

Los ojos de Johanna se iluminaron. No podía dejar de sentirse dependiente

de la compañía de aquella mujer.

Paró el coche en la calle Amsterdamer, ante su casa, un edificio de pisos pequeños y ventanas grandes que dejaban pasar la tenue luz de Berlín buena parte del año.

—Parece un sitio tranquilo.

—No lo creas. Está lleno de bares bohemios y ruidosos, pero eso también da alegría.

—No me has dicho qué te ha parecido la fiesta.

Johanna se volvió para encontrarse frente a Edda, quien se ponía los zapatos que hacía quince minutos se había quitado.

—Me he divertido mucho.

—No pareces muy creíble.

—Me compensa si tú has estado a gusto, Johanna.

Aldrich sintió un estremecimiento al escucharlo. Se fijó en los hombros de Edda y sintió verdaderos deseos de besarlos.

—Lo he estado, créeme. Y más a tu lado, aunque creo que no me dices toda la verdad.

—¿Ah, no?

—No, sé que ha habido algo, o varias cosas, que te han incomodado.

—No estaba en mi hábitat, Johan.

—Eso puedo entenderlo, aunque no lo comparta. Tú te merecías como la que más el estar en la cena.

Edda la miró un segundo. Estaba tan arrebatadora que no supo si iba a poder contenerse.

—Gracias, ahora debo irme.

—Espera, Edda.

Pero ella salió deprisa del coche, antes de que se arrepintiera y corriera a abrazarla allí mismo.

Hacía demasiado frío y Johanna se acercó deprisa a Edda para ayudarle a ponerse el abrigo.

—Estás helada.

Era verdad, estaba temblando, y mucho más cuando la editora le pasó los brazos por los hombros queriendo reconfortarla.

—Tú también.

Los ojos de ambas refulgieron, a pesar de que intentaban ocultarlo. Pero las milésimas de segundo en las que se cruzaron, valieron por todas las palabras del mundo.

¿Debía invitarla a subir? ¿Debía decirle que la acompañara para resguardarse de las bajas temperaturas y de la noche y de los sentimientos que ambas mantenían en la cuerda floja? La encontraba muy guapa, esbelta como siempre, relajada y decididamente feliz.

Al recoger el abrigo que le pasaba por los hombros, sus manos se rozaron levemente, y una descarga eléctrica similar a la producida por mil voltios se desencadenó en sus cuerpos. Entró por la cabeza y fue recorriendo cada pliegue de sus brazos, el pecho, la cadera, el vientre y las piernas hasta la punta de los pies. Todo en segundos. Como un inmenso orgasmo simultáneo.

—Estás cansada...

—Tanta gente me ha agotado, pero no importa. Tú también lo estarás — afirmó la empresaria.

—Quizá. No sé —dijo sin saber muy bien qué objetar. Se encontraba más emocionada, y con aquel flujo de sensaciones bullendo en su interior, que cansada, en realidad.

Johanna se recolocó su chaqueta y se dispuso a abrir de nuevo su coche.

El corazón de Edda latía con violencia.

—¿Quieres subir? —Oyó decirse, e instantes después se preguntó si aquella había sido su voz, su tono, su intención.

Johanna parpadeó varias veces seguidas, en un gesto apenas perceptible, pero que denotaba su sorpresa ante lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba si querías subir.

—¿Quieres que suba?

—Te estás quedando como un muñeco de nieve.

Johanna se miró a sí misma. No había nieve, ni una zanahoria por nariz, ni un sombrero de copa encima de la cabeza; solo vio a una mujer rendida, capaz de aceptar una invitación que sabía que no debía.

—Gracias, pero creo que debo irme.

Todas las alarmas imaginarias sonaron a la vez en la cabeza de Edda Kittel. Deseaba a aquella mujer más que a nada en el mundo, y ella estaba dudando sobre si quedarse o no. Su obsesión por ser solo la diversión de Johanna, quizá un poco de agua en el desierto, algo que olvidaría pronto, le aterraba hasta nublarle la capacidad de acción.

Se dio cuenta de que el camino, su camino, seguía un rumbo que terminaba allí. Era hora de acotarlo.

—No —sentenció de pronto, en un impulso de voz.

La editora, tan confundida como su interlocutora, preguntó de nuevo:

—¿Cómo?

Edda Kittel se armó de valor.

—Que no voy a dejarte ir, Johan. Hoy no.

33

Había soñado tantas veces en coger de la mano a Johanna y llevarla por los corredores de sus pensamientos que, cuando la asió de verdad para introducirla en el portal, le pareció imposible.

Lo cerró tras de sí, y no pudo esperar a subir las escaleras. Se abrazó a su cintura y buscó su boca.

El beso fue prolongado y tan profundo que todo alrededor comenzó a darles vueltas.

—Edda...

—Chistsss...

Johanna sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. Un temblor en el que también escuchó los latidos de sus sienes y la sangre bombeando en sus arterias.

—Vamos arriba.

Tomaron el ascensor sin que detuvieran los besos en el cuello, en la garganta, en los hombros.

—Como sigamos así, creo que no voy a aguantar —jadeó Aldrich.

La puerta se abrió y salieron a toda prisa al rellano. Edda buscó torpemente las llaves en su bolsillo, mientras Johanna la besaba a intervalos.

—Podemos hacerlo aquí mismo...

Pero Edda no quería amarla con prisas y de cualquier modo. Consiguió introducir la llave en la cerradura y la puerta se abrió en un suspiro.

Encendió la luz. La editora no tenía el menor interés en distraerse admirando la casa de su compañera. Suspiraba por llegar a más con Edda. Se moría por tenerla tumbada a su lado, o debajo, o encima, le era igual. Su cuerpo le pedía a gritos que continuara sin perder un segundo. La vida se concentraba allí, entre ambas, en el furor que nacía de su piel, de cada uno de sus nervios, de su sangre concentrada hasta hacer que se partieran en dos al unísono.

Edda la empujó sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre ella, sin dejar de besarla. Aldrich se iba quitando la ropa como podía, y por momentos era ayudada por su pareja.

—Oh, Edda. Edda...

Pero Edda Kittel se encontraba en otro espacio, en un universo donde solo habitaban ellas dos, dos mujeres consumidas por el deseo, que hervían a una temperatura imposible de calibrar.

La redactora bajó hacia las rodillas de Johanna, que abrió cuidadosamente. Acarició con los dedos cada centímetro de piel, disfrutando con el goce ahogado que provocaba. Después, lanzó una mirada furtiva a la mujer que se retorció a un lado y otro de la cama y lamió su sexo por encima de las bragas. Lo hizo con brío, subiendo y bajando por entero, sin dejar de centrarse en un recorrido que le estaba excitando hasta la desesperación.

—No puedo más... Edda...

Johanna sabía que no tardaría en explotar de pasión. Sintió la humedad entre sus piernas, y la saliva cruzando y ascendiendo por ellas.

De pronto, y sin que pudiera apresarlos, un conjunto de convulsiones le hicieron estallar. Los espasmos fueron violentos, acompañados por unos ruidosos gemidos de placer que exhaló con la boca abierta.

Su cuerpo le agradecía todo aquel amor después de años.

Edda estaba tan excitada que tampoco tardó en gozar de su orgasmo. Había deseado tanto aquel momento, encontrarse en esa situación, que su piel reaccionó de forma automática. En cuanto Johanna acercó la palma de su mano a su sexo, Edda no pudo dominarse.

Nunca había sentido nada igual; nada podía comparársele. Por un momento, todas sus anteriores parejas quedaron desdibujadas, y supo que la silueta de Johanna cabalgando sobre ella sería para siempre su único tatuaje.

—Johan, te amo —dijo cuando recuperó el respiro.

—Edda, te amo con todo mi corazón.

Minutos después, en la penumbra de una habitación a la que ni siquiera habían intentado iluminar, Johanna buscó los ojos de su amor, queriendo perderse en ellos eternamente.

—¿Sabes? Siempre pensé que algún día aparecerías —le susurró.

Edda sonrió:

—Yo ya te había encontrado. Estabas en un despacho de la planta octava de la Shesays.

IX.

¿QUIÉRES ESCRIBIR PARA MÍ?

34

—Johan.

—¿Sí?

Las dos mujeres, frente a frente y aún tumbadas en la cama, habían perdido la noción del tiempo. Tampoco importaba. Debían ser las cuatro de la mañana, o quizá más tarde. Exhaustas pero inmensamente felices, con las manos cogidas, charlaban de forma distendida unas veces, y otras con tono más grave.

—¿Me quieres? —preguntó Edda.

—Rotundamente.

—¿Rotundamente sí?

—Rotundamente sí. —Johanna la abrazó, entre risas. Parecían dos adolescentes, en vez de dos mujeres que frisaban la cuarentena.

—Me gusta escucharlo de ti.

—Te quiero.

—Pues no dejes de hacerlo nunca.

—No tengo la menor intención.

—Eso me tranquiliza. —Y, tras una pausa: —Siento que mi casa sea una vivienda modesta.

—¡Edda! ¡Es perfecta! Y la cama, no digamos. —Metió la cabeza por debajo de su camiseta. Encontró un vientre cálido, palpitando con fuerza.

—¡Johan, me haces cosquillas!

La ejecutiva se sentía como una niña, entre sensaciones maravillosas que la alejaban de cualquier problema. De pronto olvidó recuerdos frustrantes o situaciones dolorosas, también antiguas relaciones que habían sido o que no habían llegado a ser.

Solo veía el presente. Solo tenía el presente. Cualquier otro tipo de pensamiento navegaba a la deriva, o se deslizaba por su cerebro sin conseguir hacerle daño. Su alma se encontraba fundida con otra alma, sus manos, entrelazadas con fuerza, o con ternura, con otras manos. Sus poros, exhaustos de tanto amor. Las sábanas no eran sino el lienzo que ahora aparecía en blanco,

después de vaciarse por entero de pinturas pasadas.

—Me encanta hacerte cosquillas.

—Y seguro que puedes hacerlas aún mejor...

La mirada desvergonzada de la mujer hizo que Johanna perdiera el sentido de las cosas.

—Es cierto, con la lengua soy aún mejor. ¿O todavía no lo has comprobado?

—No lo recuerdo —siguió el juego.

Durante los siguientes veinte minutos, los labios de Johanna fueron recorriendo de nuevo el agotado cuerpo de Edda, hasta que su boca buscó la de su compañera.

—Siempre supe que besarías así de bien —le dijo a la editora, quien recibió la frase con una mueca de sorpresa.

—¿Ah sí? ¿Y en qué te basabas?

—En nada. Era pura imaginación.

—Así que lo imaginabas...

—Todos los días. Y todas las noches.

—¿Las noches también? —bromeó.

—No, las noches más.

—Cuéntame eso.

—¿Ahora? Es largo.

—No importa. Te escucho.

Edda Kittel le fue narrando los días que pasaba con la silueta de la editora impresa en sus ojos, y en los jadeos que tenía que silenciar cuando soñaba con ella cada noche. Le explicó cómo, al llegar a la Shesays, un torrente de sensaciones nació al verla. No pudo saber nunca por qué. La amó desde el primer momento en el que se cruzó con ella. Fue como reconocerla entre los millones de mujeres que poblaban el mundo. Como reencontrarse después del curso de muchas vidas pasadas.

—Y todos los días, a las 8.55 horas, inventaba una excusa para bajar al vestíbulo y encontrarte.

Las palabras de aquella mujer eran música celestial a sus oídos. Sentía su aliento muy cerca, y cada sílaba esculpida con él hacía que deseara no desprenderse de su abrazo jamás.

—¿Todos los días? ¿Cómo lo hacías?

—No era fácil.

—Lo supongo. Todos los días...

—Mi estrategia era llegar treinta minutos antes, y así alcanzar el trabajo

suficiente como para formalizar un encargo o un recado. Si no lo tenía, lo creaba yo.

La misma hora durante meses, los mismos comentarios jocosos escuchados día tras día por parte de sus compañeros. Pero ella no sabía que aquella mujer por la que había perdido toda brújula, no era el ogro que muchos decían. Solo una trabajadora contumaz y una jefa exigente.

—Soy igual de exigente en la cama, ¿sabes?

—Ohh —Edda fingió ruborizarse—. ¿Y he cumplido las expectativas?

—Sobradamente.

Sus cuerpos se juntaron de nuevo, sin mucho más que tener que decir. El pequeño pecho de Edda rozó el de Johanna hasta que se fundieron. Entonces, esta acarició su espalda, despacio, arriba y abajo, muy lentamente. La ternura de su gesto envolvió a Edda, que comenzó a arañar con dulzura a su amante, para después comenzar con movimientos acompasados a sus caderas, cada vez más intensos. Ambas se estremecieron al unísono.

—¿Crees que podremos otro? —le preguntó al oído Edda.

—Estoy segura.

La tormenta, con todos sus rayos y truenos, no tardó en llegar. Vino acompañada por todas las luces del mundo, que se alinearon con los latidos de sus corazones.

Desplomadas en la cama, completamente exhaustas, se durmieron una en brazos de la otra hasta la llegada del amanecer. Entre sueños, Aldrich le susurró:

—Aún no conoces mi casa. Te gustará.

Edda sonrió.

—No tengo ninguna duda.

—Hoy dormirás conmigo allí.

35

La casa de Johanna Aldrich, en el acomodado y tranquilo barrio de Charlotteburg, ofrecía una estancia cálida, con habitaciones amplias de techos altísimos.

—Es preciosa.

Edda la estudiaba mientras mantenía la boca abierta por la expectación. Alabó el mobiliario minimalista y cosmopolita, la pared acristalada que daba a una calle con arboleda, la iluminación de distintos espacios, el diván del habitáculo central...

Habían llegado después de un día de trabajo en el que ninguna de las dos fue capaz de concentrarse, intentando formalizar los asuntos de la editorial de la forma más rápida y eficaz posible.

—¡Tengo tantas ganas de reír contigo, Edda! ¡De disfrutar de la vida a tu lado! —le había dicho la editora antes de salir del despacho.

Una vez en su coche, Johanna bordeó la Puerta de Branderburgo para salir del centro. Dentro del auto, apretó con fuerza la mano de su acompañante. Esta se la besó, sin ser capaz de pronunciar una sola palabra.

Ahora Johanna le cogía de la cintura, enseñándole la casa.

—¿Te gusta?

—¡Oh, Johan, me encanta!

—Me alegro, porque desde hoy es tuya también.

La atrajo hacia sí y la besó.

Edda se derritió allí mismo.

«—¿Y cómo comenzaste a escribir?

Lucretia Lorenz la miraba con curiosidad, mientras daba vueltas a un vaso de agua con unos polvos blancos en su interior. Edda acababa de subirle un recado de la farmacia y la compra, donde había incluido abundantes verduras, que estaba segura que la escritora no probaba desde hacía meses.

—No me mires así. Es para quitarme el dolor de cabeza —añadió.

Le formuló de nuevo la pregunta, mientras Edda metía todo en la nevera:

—Escribes muy bien. ¿Cuándo comenzaste?

Sin volverse a ella, porque a menudo sus preguntas escondían pequeños puñales entre líneas, le fue contestando.

—No lo recuerdo. No fue un día concreto. Sucedió, sin más.

—Pero tendrías un motivo.

—No exactamente. Sé que estaba viviendo una situación angustiosa. Mis padres estaban enfermos, yo no tenía más que números rojos en mi cuenta bancaria y mi trabajo se tambaleaba. Así que nació como una manera de desahogarme. En ello encontraba paz, y continué llenando cada vez más páginas. Cuando me quise dar cuenta, mi mente funcionaba solo en términos de historias, tramas y argumentos. Desarrollaba la evolución de los personajes, y sus diálogos, mientras caminaba por la calle, tomaba un café o entraba a comprar al supermercado.

—Interesante.

—Cada vez leía y escribía más y más, en una espiral que nunca he abandonado.

—Aún sigues.

—Sí.

—¿Y no has pensado en publicar?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo que escribo es solo para mí y no he pensado en que la gente lo lea.

—¡Oh, nena, eso es una estupidez! ¡Todo el que escribe lo hace para ser leído por los demás! O no me dirás que escribes diarios. Se trata de una costumbre infantil, que debe ser abandonada tras la niñez.

—Tampoco escribo diarios.

—Gracias a Dios...

—Pero los escribía de niña.

—Yo escribo pensamientos, recuerdos, cosas que no son aptas para ser publicadas, pero que tampoco considero diarios.

—Es algo parecido, ¿no?

—Según se mire. Lo hago para que, cuando me convierta en una vieja que solo babee y no pueda ni comer sola, al leerlos recuerde parte de lo que fue mi vida. Después de todo, será ya lo único que me quede.

—Eso no será nunca así, señora Lorenz. Además, habla de un futuro lejano.

—¿Y para qué escribimos nosotros, sino para trascender? Somos almas que pensamos en el día de mañana. Otra cosa son nuestros cuerpos, que suelen ir a lo suyo.

—Ya.

—Lo dijo el bueno de Epicuro: «*comamos y bebamos, que mañana moriremos*». No hay que perder tiempo.

—Gran frase.

—¿La de Epicuro o la mía?

—Ambas.

—Edda, a veces no me dices lo que piensas —le reprendió Lucretia.

La mujer había terminado de colocar toda la compra entre la mesa de la cocina y la nevera.

—Meditaba sobre todo. También lo de escribir para el futuro.

—Es que no puede haber nada más. Quien decida escribir para hoy, mañana no será recordado.

Edda recogió los últimos papeles y los tiró a la basura. Pasó una bayeta por la mesa para quitar restos de comida y gotas de caldo.

—Bueno, pues ya está.

—¿Te vas a marchar ya?

—Si no hay mucho más que hacer... Tiene puré de guisantes en la nevera.

—Espera —Se levantó, aunque los huesos le pesaba como si estuvieran cincelados en plomo—, voy a leerte algo de lo que escribí ayer.

—¿Ahora?

—Si no te importa, será solo un momento. ¿O tienes prisa?

—No, no.

—Entonces, ven.

Se dirigieron al salón, donde unos cojines maltrechos daban color a un sofá viejo y desgastado. Lucretia se sentó en él, apoyando la espalda por completo.

—Alcánzame esa carpeta, por favor.

—¿La azul?

Edda fue al estante donde le señalaba y allí, bajo varios libros a medio leer, recuperó una carpetilla de plástico con algunos folios dentro. Se la tendió.

—Aquí lo tengo todo guardado. Siéntate —dijo Lucretia, al recibirla.

Edda se acomodó en un silloncito que aún conservaba manchas de grasa de los últimos dueños de la casa, antes de ser alquilada por Lorenz.

La escritora extrajo con parsimonia, y con manos un tanto temblorosas, hojas sueltas y un cuaderno lleno de marcas y separaciones. Buscó las últimas frases,

escritas a bolígrafo azul con abundantes tachaduras.

—¿Es para su nueva novela?

—No. Apenas soy capaz de escribir una sola línea para ella; sin embargo, no paro de hacerlo en esta libreta sobre cosas cotidianas.

Y tras una pausa, en la que se colocó unas gafas que llevaba guardadas en uno de sus bolsillos, dijo:

—Escucha, aquí hablo de ti.

—¿De mí? —Se encogió un poco.

—Sí, pero no te asustes. Lo hago con cariño.

36

La editora le retiró un mechón de pelo y se lo puso tras la oreja.

—Edda, los manuscritos encontrados de Lucretia Lorenz te mencionaban.

Ambas se encontraban en la casa de Johanna Aldrich, tendidas en la cama, desnudas y tapadas levemente por una sábana, que a Edda no le cubría más arriba de la cintura. Las cercaba una tenue penumbra de un día que aún no había abierto, mientras esperaban abrazadas al amanecer.

—Lo sé. Ella misma me lo dijo.

—¿Sabes lo que ponían?

—Algo me leyó. Cómo había contactado conmigo por un anuncio, lo mucho que me agradecía que ordenara su vida, lo que le gustaba mi manera de escribir... Esas cosas.

—¿Llegó a ver textos tuyos?

—Sí, en varias ocasiones.

—¿Y qué más, Edda?

—¿Qué más quieres que te cuente?

—No sé. Lo que aún no me hayas dicho.

—Si te inquieta lo de las huellas...

—No, claro que no.

—Hay mías por todas partes en su casa, Johan. Y es lógico; en los últimos meses he pasado muchas horas allí.

—No te preocupes. La policía se alarmó porque encontró las tuyas y también las de otras mujeres que pasaban con ella las noches, pero ha quedado demostrado que ninguna tiene nada que ver con su muerte. Nadie tiene nada que ver con el suceso. Lorenz se excedió con los barbitúricos y el alcohol, en una mezcla que es explosiva cuando además le añades un poco de droga y de desencanto ante la vida.

—Aunque su trato hacia mí era ya insoportable, es muy posible que yo fuera la última persona que estuvo en su casa, días antes de que muriera.

—Según los datos de la investigación, se acostó con una jovencita después.

Fue la que durmió con ella parte de esa noche. Luego se fue, regresó a última hora de la mañana a subirle comida y la descubrió muerta. Lo tienen comprobado.

—Dios mío... No sabía nada. ¿Y quién es ella?

—Alguien con la que intimó en el barrio gay. En todo Schoneberg, Lucretia era una persona bien conocida, y ni siquiera le importaba aparecer por allí en pésimas condiciones y que la vieran de ese modo.

—Quizá si yo hubiera estado más cerca...

Johanna la abrazó con toda la ternura de la que fue capaz.

—Oh, cariño, no digas eso. Nadie pudo hacer más por ella. Quiso destruirse poco a poco y esa fue su decisión. En la editorial nos hemos pasado años sacándola de tugurios y agujeros y metiéndola en clínicas de desintoxicación, de donde se escapaba a los dos días. Le hemos contratado secretarías, psicólogas, médicos privados, terapeutas... Y nada funcionó. Lucretia Lorenz era así, difícil y egoísta, y nunca puso nada de su parte para cambiar.

—Lo sé, pero a veces me parece que yo sufrí su peor versión. —Se dejó arrullar por Johanna.

—Nunca amó a nadie. Solo se desfogaba sexualmente, pero sin sentimientos. Era su personalidad, y así fue desde que la conocí. La resaca de su primer gran éxito tampoco le benefició. Convertirse en una de las escritoras más leídas del país, tanto entre los lectores homosexuales como entre los heteros, desestabilizó una personalidad ya de por sí débil. Después, la pérdida de inspiración y la presión a la que se sometía, terminó por derrumbarla.

—¿Sabías que no podía escribir? ¿Que, como ella afirmaba, no le nacían las palabras?

—Eso argumentaba, pero ahora no tengo claro que fuera cierto.

—¿Por qué lo dudas?

—Porque se pasó los últimos dos años diciendo que no era capaz de escribir ya, que su imaginación se había secado. Sin embargo, nos ofreció una estupenda novela, *Acerca del Infierno*, con el estilo y la brillantez de la primera, después de algunos libros irregulares. Aún más, en su casa se ha encontrado un centenar de páginas de lo que habría de ser su siguiente novela.

¿Debía decírselo ahora?

¿Debía confesarle a Johanna algo que Lucretia le pidió un día, o preservarlo en su memoria para siempre? ¿Sería aquella una manera de atentar contra su integridad como autora reputada de la Shesays? ¿Debía mantener el secreto tras su muerte?

Los juicios. Edda se había pasado la vida enjuiciándolo todo, incluso su propia conducta. Cualquiera cosa que pudiera ser calibrada, era sometida al eje de un exigente veredicto. Se preguntó si ya era hora de terminar con aquellas sentencias que no le reportaba más que infelicidad. Como el hecho de haber tardado tanto en aceptar lo inevitable con Johanna.

Decidió finalmente que debía confesarlo para soltar lastre, y para conseguir liberarse de una vez por todas de las cargas que pesaban en su conciencia.

—Johan, he de decirte algo.

—¿Sobre Lorenz?

—No creo que esto mancille su recuerdo.

Aldrich se incorporó, extrañada.

—Edda, ¿de qué estás hablando?

—Hay algunas cosas sobre ella que quizás desconozcáis, y que he de confesar. Ignoro si ella estaría de acuerdo o no, pero creo que me lo debe. Me lo debe por todo lo que me hizo sufrir con su actitud, con sus desprecios y sus burlas. Su manera de hablar y de tratarme. Al comienzo, se comportaba como una mujer normal, pero con el tiempo fue sacando a relucir su propia frustración. La de una escritora vencida, que no puede desarrollar su creatividad porque ya no la tiene. Y por eso buscaba refugio en estímulos exteriores, en drogas, en noches de alcohol e incontinencia, de frivolidad y lujuria sin sentido.

—Edda, ¿alguna vez a ti...?

—¿Insinuarse? No, nunca. Creo que me respetaba demasiado. O quizá fuera porque, en el fondo, me necesitaba, y no podía permitirse el lujo de perderme.

—Entonces...

—Johan, mi amor, Lucretia Lorenz guardaba un secreto. Un secreto por nadie conocido. Solo por mí.

Johanna se incorporó de la cama. Al hacerlo y ponerse de frente a su pareja, la sábana resbaló, dejando ver su torso y su pecho, terso como el de una niña. Tenía la piel clara, tan blanca que parecía de porcelana.

Antes de seguir, y ante aquella visión, Edda se abrazó al cuerpo que tenía delante.

—Oh, Johan.

La editora le besó la cabeza y le acarició el pelo.

—¿Qué ocurrió, mi niña?

Edda se apretó más y más fuerte, hasta que despegó su rostro del pecho de su compañera. Esta vio cómo una lágrima bajaba por su mejilla.

—De acuerdo. —Se recompuso—. Te contaré algo. Era cierto que Lucretia

ya no escribía. Y no lo hacía desde mucho antes de lo que pudieras imaginarte. Un día, tras leer algunas cosas mías, me pidió que le ayudara a terminar un capítulo de su novela. Ayudar es un eufemismo. En realidad, se lo hice entero. El borrador que me enseñó era un completo desastre. No había una sola idea plasmada con lógica, ni ningún planteamiento original. Los diálogos aparecían desbrozados y, en numerosas ocasiones, carecían de sentido. Tachones y reescrituras daban al texto una apariencia sucia y descuidada. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Ahí entendí su dolor! ¡Una escritora a la que no le salían las palabras!

—¿Y qué hiciste?

—¡Yo la admiraba! La admiré desde el primer momento en el que leí un libro suyo.

—Y ella lo sabía.

—Sí. Y creo también que fue consciente de lo que me estaba entregando. Sabía que era malo, pero necesitaba unos ojos que lo advirtieran desde fuera y se lo dijeran. Me pidió que reescribiera con ella algunos párrafos. Al final, poco a poco, y viendo que con Lorenz no salía un texto de cierta calidad, terminé por echarme la tarea a la espalda. Así, durante muchos meses fui escribiendo *Acerca del Infierno*.

Johanna Aldrich dio un respingo.

—¿Cómo?!

—Fijándome en su estilo, claro está, que yo conocía bien porque había devorado sus libros. Y, tras una especie de contrato verbal, Lorenz me fue pagando puntualmente por el trabajo.

—Espera, espera un momento... —Parpadeó. —¿En qué medida eres autora de *Acerca del Infierno*?

—Pues..., tirando por lo bajo... Del noventa y ocho por ciento.

Johanna se levantó y se puso frente a ella.

—¡¡Edda!! ¿Por qué no me lo dijiste? Más aún, ¿por qué no lo reconociste en la editorial?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Alguien me hubiera creído?

—¡Yo! Y todas, estoy segura.

—En mi casa tengo los borradores sobre los que trabajaba. También las notas sobre personajes, el esquema de capítulos, la documentación sobre descripciones de lugares... Todo.

—¡Oh, Edda! Eso es...

—Siento si te he decepcionado —interrumpió, bajando la cara, avergonzada.

—¡Eso es maravilloso! —La abrazó con tanta fuerza que los huesos de su pareja estuvieron a punto de crujir.

Edda la miró, no sin temor.

—¿En serio?

—Pero mi amor... ¿Tú sabes la novela que has escrito? Es una delicia. ¡Todos han quedado fascinados! ¡Eres una gran escritora!

—No creo que... —Estaba tan aturdida que no sabía qué decir.

—Algo de lo que nunca he dudado, por cierto. ¡Y ya es hora de que se entere todo el mundo!

Saltó sobre la cama, le cogió la mano a su pareja y la invitó con energía a salir de ella.

—¡Ven! Tenemos muchas cosas que hacer.

—¿A dónde vamos?

—¡A la calle! ¡A la Shesays! ¡Al mundo! —gritó como una loca una entusiasta Johanna Aldrich.

—Entonces, ¿el nuevo manuscrito que hallamos en la casa de Lorenz?

—Es mío. Entero. Quería terminárselo dentro de cinco o seis meses.

—Oh, mi amor...

—A ello me comprometí.

—¿Y nunca hubieras dicho nada?

—No. Me bastaba mi trabajo, y lo único que deseaba era que Lorenz consiguiera de alguna manera encauzar su vida y mejorara nuestra relación.

Johanna silbó mientras metía la tercera marcha en su coche. Se trasladaban al edificio editorial de la Postdamer Platz, donde había convocado a sus dos socias para orquestar una nueva estrategia y redactar el contrato con una escritora que pasaría a formar parte de la plantilla en unas horas.

Edda parecía preocupada.

—Pero, cariño, le he contado esto a mi pareja, no a Johanna Aldrich en calidad de editora de la Shesays. Por ello, te ruego que lo guardes para ti y no lo compartas con nadie. Lorenz debe seguir gozando de todo su prestigio. Dime que lo harás.

—Lo haré —asintió, aunque de buena gana lo hubiera hecho saber a los cuatro vientos. Quizá algún día se lo confesara a Virginia y a Carla, pero de momento, Edda tenía razón: no ganaría nada comunicándolo a los fervientes seguidores de Lucretia Lorenz en todo el mundo, más que un escándalo mayúsculo y un descrédito de la autora.

Sintió una profunda admiración por Edda.

—Eres muy generosa.

Ella se encogió de hombros.

—No sé si lo soy o no, pero dejemos la memoria de los muertos descansar en paz, ¿no crees?

Edda Kittel sabía que iba enfrentarse a continuación ante la mirada, aprobatoria o no, de las dos socias restantes de la Shesays. La mulata y reflexiva Virginia Jacob, tranquila y fría en sus apreciaciones.

Y Carla Montana, la agresiva editora de la empresa. Y la persona que siempre estuvo enamorada de Lucretia Lorenz.

Porque Carla Montana sintió una pasión arrolladora por la escritora desde que el día en el que la conoció. Un amor tan intenso y sincero como imposible y no correspondido, y que la propia Lucretia confesó a Edda.

«—Te dije un día que no había amado a ninguna mujer —le contó, en una tarde de complicidad.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y lo creíste?

—Me costó hacerlo.

—Pues es verdad. Por mi cama han pasado decenas de mujeres, pero no me he enamorado de ninguna...

—Vaya, tampoco es para celebrarlo.

—Es posible. Por eso quiero pedirte algo.

—¿A mí? Claro.

—Quiero que escribas una escena de amor, una escena preciosa e intensa, de esas que tan bien sabes crear. Aunque esta vez no será para mi libro.

—¿Una escena aparte?

—Eso es. Te la pagaré bien.

—¿Y para qué...?

—Quiero que sea un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí, a alguien que sé que me quiere con todo su corazón, pero a quien yo no respondo en la misma medida. Necesito que la escribas como si ambas estuviéramos hechas la una para la otra. Como si yo, Lucretia Lorenz, me derritiera entre sus brazos. ¿Crees que podrás?

Edda la miró muy sorprendida. ¿Le estaba hablando en serio?

—Sí, podré, pero ¿no debería ser usted quien la hiciera? Sería lo adecuado, ¿no?

—No has entendido nada, niña. —Resopló—. Soy incapaz de sentir eso que mucha gente llama amor. Cuando escribo situaciones de pasión en mis novelas, lo hago porque es mi oficio y vivo de expresar cualquier tipo de sentimiento. Pero no son míos, sino parte del proceso creativo. Por eso quiero que esto lo hagas tú, pensando en la que persona de la que estés enamorada de verdad. Te pido una escena, solo una escena, en la que te dejes el cuerpo y el alma.

—¿Y ella...?

—A ella le encantará.

—Pensará que ha sido escrito por usted.

—Esa es la idea. Ese es mi regalo.

—Y después, ¿qué pasará?

—Supongo que nada, porque yo no quiero que pase nada.

—¿Y si ella se enamora aún más al leerla?

—Es un riesgo que corro, pero también creo que es algo que se merece.

Edda suspiró hondo. Nunca le habían hecho un encargo tan extraño.

—Está bien, ¿cuál es su nombre?

Lucrecia dudó. Al final, olvidó todos sus celos.

—Carla. Carla Montana. Pero no lo incluyas en el texto, te lo ruego. Por si algún día cayera en manos de alguien. Nadie debe saber nada.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿lo harás?

—Claro.

Y lo hizo. Sin saber quién era la aludida.

Una escena pensada punto por punto en la mujer a la que amaba, Johanna Aldrich, y en toda la intensidad que su amor era capaz de provocarle, pero con el nombre de Lucrecia y su amante anónima en el papel.

Ahora, muchos meses después de aquella petición, y muerta Lorenz, solo se preguntaba si Carla Montana continuaba enamorada de la compleja escritora.

Y si Lucretia alguna vez llegó a entregarle su curioso regalo.

38

Ante el despacho de Johanna, Sunny sonrió a su jefa y a Edda.

—Cuando estén, haz que pasen sin dilación, por favor.

—Sí, señora Aldrich. La señora Jacob disculpó primero su presencia, pero luego ha llamado para confirmarla. Será puntual.

—Perfecto. —La editora abrió su oficina, empujando levemente con el brazo a Edda.

Una vez en el interior, y cerrada convenientemente la puerta, Johanna la cogió de la cintura y la volvió para sí. Ambas se fundieron en un beso en silencio, sin necesidad de decir nada.

—Te quiero —susurró la primera.

—Y yo más, no lo dudes.

—Pues llevas más de quince minutos sin decírmelo —le recriminó, con una voz intencionadamente melosa.

—Eso tendré que arreglarlo inmediatamente.

Edda le cogió la cabeza entre las dos manos y buscó con ahínco sus labios. Besar a aquella mujer era entrar en un paraje donde el tiempo se detenía. El solo hecho de tropezar con ella la dejaba envuelta en un mar de arenas movedizas.

—¿Satisfecha?

Cuando se despegaron, ambas se encontraban levemente mareadas, subidas a una nube a la que no querían poner freno.

—Como continúes... —Johanna sintió un calor muy agradable más abajo de su vientre.

—No debemos. Están a punto de llegar. —Edda tenía la respiración agitada de puro deseo.

—¿Otro beso?

Aquella invitación al volcán de su boca era demasiado y a punto estuvo de caer en el abismo de nuevo. Se separaron rápidamente cuando escucharon unos nudillos golpear la puerta.

Montana y Jacob entraron como un huracán, acompañada esta por un

inmenso puro habano aún no encendido.

—¿Noticias, Johan? —Jacob fue la primera en volver el respaldo y sentarse en uno de los sillones dispuestos ante la mesa.

—La urgencia de esta convocatoria se debe a... —inquirió Carla Montana, curiosa.

Aldrich interrumpió a su socia:

—Acomodaos, chicas.

Las dos miraron de forma interrogante a Edda.

—No os preocupéis. Ella debe estar presente —afirmó Aldrich, adivinando sus reticencias.

—Pensaba que era una reunión de empresa —inquirió Jacob—, pero no me importa que esté.

—A mí tampoco —confirmó Montana.

—Si lo está, no es algo baladí —dijo Aldrich, sonriente. —De hecho, quería presentaros a nuestra nueva adquisición.

Sus compañeras la miraron extrañadas. Ella prosiguió.

—Os he mandado llamar porque sabéis que vivimos momentos complicados desde la desaparición de Lucretia Lorenz. Su muerte nos ha dejado un poco huérfanas a todas. Bien, pues he encontrado la solución en forma de diamante. Aunque el mérito no es sí mío; lo es su inmenso talento. Sí, ya sé que ello depende de vuestra aprobación, pero tened la seguridad de que nos hacemos con oro puro. He leído sus manuscritos y ¡sin duda será la próxima *bestseller* de la editorial! ¡Nadie va a poder sustituir nunca a Lorenz, pero ella será una digna sucesora!

Ante los ojos de sus compañeras, desplegó en la mesa el centenar de páginas que Edda había estado escribiendo en los últimos meses, y que ambas habían recogido de su casa de la calle Amsterdamer.

—Johanna, ¿qué es esto? —Montana y Jacob se miraron entre sí, y luego buscaron los ojos de Aldrich.

—Miradlo bien.

—Sí, pero...

—Qué es...

—El próximo éxito de la Shesays.

—Unas páginas de un manuscrito...

—Una novela a punto de ser terminada —añadió Aldrich—. Aún sin título.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Montana con toda naturalidad, ansiosa por escuchar mayor información.

Una sonrisa de parte a parte iluminó de felicidad el rostro de su socia. A su lado, Edda permanecía en una calma solo aparente, sin que se le notara que las piernas apenas le sostenían. Muy nerviosa y en completo silencio, sus ojos oscilaban entre el suelo y el rostro de Johanna.

—La tenéis ante vosotras —afirmó, mientras señalaba a una sonrojada Edda—. ¡Edda Kittel. La próxima superventas de la Shesays!

Sus compañeras no supieron cómo reaccionar. Apenas conocían a aquella redactora, salvo por los informes que les habían llegado desde que trabajara con Aldrich.

—Johanna... —comenzó Virginia Jacob, pero fue interrumpida por la vehemente oratoria de su amiga.

—¡No, no os aventuréis a decir nada! Dejad que os lo demuestre. Os voy a leer unos capítulos y luego juzgáis. Después, decidme si no estáis ante la persona que, por su innegable talento, pronto conquistará a millones de lectores.

La editora respiró hondo, antes de continuar:

—Como, ya os adelanto, ha conseguido conquistar por completo y para siempre mi corazón.

Edda pensó, al escucharlo, que con esta última parte de la frase le era más que suficiente para ser feliz.

NOTA FINAL

La autora quiere aclarar que los nombres y personajes de esta novela pertenecen exclusivamente a su imaginación, así como los lugares y las situaciones que en ella se describen. Son todos ellos pura ficción, y en modo alguno se basan en ninguna realidad concreta.

La elección de Berlín ha obedecido a cuestiones puramente literarias, ya que se trata de una moderna y magnífica ciudad, que encajaba muy bien en el perfil de la historia. También porque la autora estuvo a punto de visitarla semanas antes de comenzar a escribir esta novela. No lo hizo y concluyó el libro teniendo aún pendiente el viaje.

Algún día espera saldar esa deuda.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

La fotografía de viajes

(venta exclusiva en Amazon)

Cuando Tess Peters se embarque en un viaje para olvidar un reciente fracaso sentimental, estará lejos de sospechar que la presencia de una mujer le conducirá a una pasión sin límites, donde los secretos, las dudas, el peligro y las muertes inesperadas, formarán parte de su vida a partir de ese momento, en una historia que deberá decidir si desea continuar o no.